

EN BUSCA DE LO IMPOSIBLE

Crónicas de un reportero de Cuarto Milenio

Javier Pérez Campos

Prólogo de Iker Jiménez

Lectulandia

¿Puede matar un lugar? ¿Quién o qué era el ser que atemorizó a todo un pueblo asturiano en el otoño de 1972? ¿Existió un monstruo en las cloacas de Sabadell? ¿Se puede morir de miedo? Son preguntas inquietantes, casos extraños, enigmas olvidados e inéditos que Javier Pérez Campos te descubre en este libro. Un viaje de más de 7.000 kilómetros en busca de lo imposible en el que el autor ha sentido el miedo muy de cerca perdido en los bosques del río Nalón, descendiendo a los subsuelos de una gran urbe o pernoctando en un hotel aparentemente encantado. Una experiencia en busca del misterio tras la que nada volverá a ser igual...

Lectulandia

Javier Pérez Campos

En busca de lo imposible

Crónicas de un reportero de Cuarto Milenio

ePUB v1.0

AlexAinhoa 11.02.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *En busca de lo imposible - Crónicas de un reportero de Cuarto Milenio*

© Copyright de los textos: Javier Pérez Campos, 2012

© Copyright de las fotografías: Javier Pérez Campos

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)

ePub base v2.1

«Es en busca de lo imposible como el hombre ha realizado lo posible. Los que sabiamente se han dedicado a lo que les parecía posible, no han dado nunca un solo paso»

M. Bakunin

Este libro está dedicado a Iker Jiménez, que, sin saberlo,
encendió en mí la llama del misterio e insufló esperanza suficiente
para mantenerla viva.

También está dedicado a Ángel y Toñi,
que son la representación de todos los valores que aparecen en este trabajo;
el reflejo perfecto de este apasionante esfuerzo.

Y, por supuesto, a Celia López.

Ella escuchó paciente cada una de estas historias
y compartió conmigo anhelos, ilusiones y también desvelos...

Agradecimientos

Son muchos los amigos que han puesto su remo para navegar junto a mí en este trabajo. Todos ellos confiaron en mí desde el primer momento y siguen acompañándome hoy en un camino alejado de convencionalismos.

Sería injusto no empezar agradeciendo a todos los testigos de lo insólito su valor para contar sus experiencias. En ocasiones, no ha sido fácil y, en otros casos, hemos acabado compartiendo miedos y esperanzas a partes iguales.

Gracias a mi tío Agustín, que guardaba en su biblioteca una joya de pastas blancas que acabó convirtiéndose en el fruto de mis sueños y pesadillas. Él inculcó en mí el valor del misterio.

También quiero dar las gracias a quienes, sin ser conscientes de ello, me guiaron hacia un camino de búsqueda. Algunos son Carmen Porter, Javier Sierra, Clara Tahoces, Fernando Martínez, Jesús Callejo, Pablo Villarrubia, Paco P. Caballero, y otros tantos que sería imposible mencionar aquí.

Por supuesto, a todos los amigos y familiares que, antes o después, también han puesto su granito de arena para que esto saliera adelante: Ana Pérez, Miguel Ángel Pérez, Pepe Expósito, Ana Pérez, Toñi Pérez, Fernando Poblete, Jesús Muñoz, Virginia Poblete, Laura García, Esther Isidro, Raquel Poblete, Benjamín Carrero, Marilena, Ana Isidro, Regino Pérez, Rosa Cerrato, Kety Oiver, Juan Sánchez, Luis Sánchez... Estoy seguro de que me dejo a mucha gente, pero, aunque no aparezcan escritos, también están aquí.

Por supuesto, también a los compañeros y amigos de *Cuarto Milenio* que me han acompañado en las aventuras aquí recogidas: José Alberto Gómez, Guillermo Seijo, Paco Rodríguez, Marcos Macarro...

Tampoco habría sido posible sin la valiente confianza de Susana Krahe y José María Mourelle, de Anaya.

Finalmente, quiero agradecer a todos los que, aún hoy, emprenden el camino solitario de la búsqueda incesante. Ésa que se aleja de cualquier convencionalismo.

Prólogo

Estas páginas son un balón de oxígeno. Aire puro digno de otro tiempo, de épocas legendarias donde aún existían los caballeros andantes.

Llega mi amigo Javier, alma antigua en cuerpo joven, con su libro de aventuras, glorias y andanzas, en el momento preciso. Así lo creo. Y viene con fuerza para quien quiera leerlo y para constatar que no todo está perdido. También, y no es pequeña la empresa, para que sepamos que algunos todavía sienten, todavía quieren, todavía se preguntan por las cosas que de verdad importan. Esas que han sido desterradas de muchos lugares, pero que anidan en lo profundo del corazón.

Sí, aún quedan hidalgos de enjuta figura que quieren defender con valor la mágica verdad en la que vivimos todos sin llegar a darnos cuenta. Esa que nos haría mejores, conscientes de nuestro misterio y de nuestra luz, pero que muchos quieren borrar de nuestros recuerdos, leyendas y genes. Porque desean condenarnos a la fría sombra de lo material y lo tangible. A una vida reducida a lo más básico. A lo más superfluo.

En mitad de este marasmo en el que nos dejamos teledirigir por lo chabacano, lo primitivo, lo soez, lo ruin y lo grosero; en medio de la marea del 2012 en que el panorama de la moral humana no puede estar más destartado en su propio Apocalipsis, esta obra es un grito de esperanza, porque leyéndola entendemos al instante que aún rondan por esos caminos de la España Eterna los caballeros que persiguen sueños. Los niños grandes, herejes ellos, que no han dejado su propia senda llena de entuertos con las sombras y las luces que pululan en las fronteras de lo irracional.

Me importa menos la casuística, el dato. Aún importándome, que uno ha sido cocinero antes que fraile y sabe lo que es rodar y rodas por los páramos nocturnos con un nudo en la garganta, lo que me llega, lo que me cala, lo que me reconcilia, es la actitud. Es la valentía. Es el alarido escrito por un ser que ha logrado cumplir sus anhelos de la infancia. Sueños mágicos en los que solo unos pocos pueden creer.

A fin de cuentas, los aparecidos, las luminarias, las voces y los ecos de los fenómenos son emisarios, daimones, egregores que nos susurran, a quien quiera oír, que no lo conocemos todo. Y se presentan como un jarro de agua helada que nos cae por la espalda para decirnos que en verdad no sabemos casi nada. Para colocarnos en nuestro justo sitio. Para indicarnos por un instante que vivimos en un ensueño, pobres humanos sabios poseedores de la verdad del mundo, mientras el mundo auténtico, en su profundidad y misterio, se nos escapa entre los dedos. Pues solo dos certezas tiene el ser humano con todos sus logros y todo su poder acumulado durante milenios de soberbia; que nace un día y que muere otro. Antes y después, todo es incógnita. Incógnita eterna.

Los encuentros con lo desconocido, desdibujados como sonidos entremezclados,

como visiones del inconsciente colectivo que una y otra vez nos recuerda algo para que nunca lo olvidemos, no hacen sino comunicarnos lo que realmente somos. Una mota ínfima en mitad de unos engranajes infinitos, coherentes, que nuestra limitada mente no acierta ni quiere comprender.

Los fenómenos existen y bien lo saben quienes han estado a un palmo de ellos. Hay un buen surtido de ejemplos en este libro. Nombres, apellidos, expedientes viejos y nuevos, como mandan los cánones. Pero, como digo, se percibe algo superior en toda esta búsqueda. No ocurre ni aparece en la mayoría de las obras de estas temáticas, claro, solo en algunas muy concretas. Y se siente enseguida. Es la única forma de detectarlo. Me refiero al genuino espíritu mágico. Un corpus que se alimenta de un sinfín de sensaciones y que acaba siendo un cordel invisible que lo hila todo firmemente. Un cordel milenario, una columna vertebral compuesta de piezas que nos llevan desde el presente hasta la Prehistoria y más allá. Un esqueleto cuyas vértebras han sido cimentadas por herejes, alquimistas poetas y buscadores del propio enigma de la vida.

Este libro es una pieza más. El último eslabón... que, por fortuna, nunca acaba de serlo, porque en futuras generaciones llegarán otros para que el pensamiento mágico no muera nunca. Llegarán otros para gritarnos, en mitad del mundo paranoico, ortodoxo, mecánico, cuadriculado e inamovible en el que nos quieren enjaular, que aún existe lo desconocido, que aún pasa lo imposible, que aún resuena en el mundo el eco de lo poco que somos ante los insondables enigmas de la realidad.

Y dentro de diez o quince años, con una cotidianidad seguramente más hosca e involucionada que la de hoy, alguien, impulsándose como un atleta en lo profundo y sólido de este libro, en la verdad sincera que transmite, seguirá la labor. Pese a quien pese. Por muy solitario que se sienta, aunque soplen todos los vientos en contra. Porque así debe estar escrito en algún lugar.

Es, por tanto, la esencia del pensamiento mágico la que se destila aquí. Y ese, para mi, es el verdadero milagro. El hallazgo. Una postura vital. Una forma de ser y pensar. Es un paso adelante del que nunca uno se puede arrepentir.

Javier Pérez Campos ha firmado su acta oficial como loco en un mundo de cuerdos uniformados por el pensamiento único. Y eso es un acto que sobrecoge, por su juventud y por lo difícil de la tarea. Ya se ha postulado como incorregible desertor de lo aceptado y aceptable. Ya ha estampado con decisión su rúbrica eterna para pertenecer al club de los que aún sentimos en nuestras venas el poderoso latir de lo desconocido. Del extraño colegio invisible cuyos alumnos fuimos deslumbrados en plena niñez por la llamada irracional, inexplicable y envolvente, del misterio.

El proceso no lo acabamos de entender del todo, pero ocurrió. Eso sí que lo sabemos con certeza imborrable. Ocurrió como si un caballo nos hubiese dado una coz en el centro del pecho. En un momento de nuestra historia, en lo más temprano,

supimos que esto de perseguir la maravilla iba a ser lo nuestro. Nuestra misión sin colofón. Nuestra carrera perenne sin meta definida.

Quienes no lo entiendan, la inmensa mayoría, podrían pensar en otros motivos más mundanos: oficio, profesión, periodismo, deseos de triunfo y éxito. Lógico buscar una explicación a tanta locura. Propio de los cuerdos. Pero se equivocan de pleno. Lo esencial, lo vital, lo imposible de maquillar, es la pasión, el entusiasmo, la ilusión... algo que lleva en volandas hacia una nueva aventura. Algo que, cuando uno lo madura y lo piensa con el paso de los años, coloca a contracorriente de las cosas. Algo que, como si emanara de nuestra naturaleza más auténtica, nos mantiene firmes en mitad de la marea global que piensa y cree en un solo sentido.

Algo que nos hace intuir que, a pesar de la incompreensión que encontraremos a lo largo del camino, esa búsqueda, ese aprendizaje, esa reflexión y ese enriquecimiento de nuestro espíritu, habrán merecido la pena.

Es más, sabemos que no habrá nada en el mundo comparable a estar en esa situación. La de haber comulgado con el sagrado pensamiento mágico. La de encomendar nuestra alma a la más alta empresa que jamás hubiésemos imaginado. La de ser narradores de algo que nunca muere y a lo que llamamos, por no encontrar el término exacto y preciso, *Misterio*.

Un día, hace algunos años, entré a una caverna a oscuras. Quizá la caverna más importante de todas. Altamira me reservaba una sorpresa inesperada. O quizá esperada desde siempre, desde aquella mañana del chispazo al leer un libro que marcó mi vida, mi espíritu y mi forma de ser. Cuando me dejaron solo en la gran sala de los bisontes y los seres antropomórficos sin nombre, daimones del primer templo de la humanidad, escuchando una música que debía sonar en aquel momento y que yo portaba en mi pequeño iPod, sentí que todo cobraba sentido. Esa fue mi comunión. Todos estos años, todas estas preguntas, todos estos viajes, todos estos programas, todos los éxitos y fracasos. Todo se iluminó de pronto como si uno fuese consciente por un instante de la *Conciencia Cósmica*. Como si encajasen las piezas de un puzzle y uno comprendiera mejor que nunca su misión de agitador de mentes, de encuestador de lo imposible, de hereje de las masas homogéneas. Yo lo comprendí, supe que lo trascendente era la verdad y el camino, aunque siga lleno de preguntas sin responder, claro. Una cosa no quita la otra. Pero soy feliz sabiendo que esa luz en el camino me impulsa sin miedo a sentirme cada vez más mágico, más consciente de la maravilla y el milagro de la vida que tantos intentan limitar, recortar y limar para manejarnos como un rebaño global empobrecido.

De esos recortes no habla nadie. Del páramo al que hemos condenado a la sensibilidad, al arte, a lo trascendente, tampoco. Forma parte de la conspiración para arrancar al ser humano su raíz espiritual y sagrada. Dos conceptos que van mucho más allá de las religiones y creencias establecidas. Definiciones que han sido

utilizadas por los humanos y que ya solo guardan una lejana reverberación de lo que un día fueron. Y ahí veo yo la batalla. Una batalla en la que algunos empeñamos la vida.

Como decía más arriba, vivimos en la cárcel del ego, sobresaturados de reclamos primarios, zafios, burdos, planos. Nos atiborran en lo material a conciencia, desechando y burlándose de cualquier más alta mira. Por eso ya hasta se ríen de los caballeros andantes. Ya no son ejemplo de nada. Más bien al contrario. Ahora solo importa tener y aparentar sin importar el modo, embruteciéndonos mentalmente como nunca en la Historia. Parece realmente un plan diabólico y orquestado desde hace mucho. Nutren nuestro ego con basura mental desde todas las tribunas, desde todos los medios, con toda la publicidad, con todos los hipnotismos sensoriales.

Y con eso han dejado a la especie mágica, de cósmicas y milagrosas posibilidades, a aquellos que dieron el inexplicable salto infinito, en una caricatura babeante, hedonista, necia y alejada de cualquier valor positivo, moral y trascendente.

El ego es todo lo contrario al SER. Me lo dijo un verdadero sabio. Y el SER, si ha sido honesto en su verdad y en su búsqueda, a veces se encuentra con una iluminación repentina. Y comprende su misión, incluso en el lugar más insospechado.

Yo sé que a mi amigo y admirado Javier, con su juventud, con sus ganas, con su genuino entusiasmo, con su talento y con su trabajo también le ocurrirá algún día. Si sigue su rumbo, si es fiel a si mismo y al impulso primigenio que le catapultó desde un viejo libro de misterios ahora hace una década, si no se deja engañar por los múltiples cantos de sirena del ego, tendrá su propio encuentro con la Conciencia Cósmica. Y entonces sentirá que todo cobra sentido. No será algo científico, ni demostrable para nadie más. Pero será una experiencia cumbre que no se parece a nada de este mundo.

Y no conozco mayor recompensa vital.

Ahora, amigos, disculpándome ante todos ustedes después de esta extraña ensalada de ideas y pensamientos tan inusuales como propios, les invito a que disfruten de este libro, que es lo verdaderamente importante. De esta aventura personal, la obra de un espíritu inquieto. Porque Javier no se ha dejado nada en el tintero y, siguiendo la línea de otros locos maravillosos, caballeros andantes y errantes con coche y cuaderno de campo, ha narrado lo que pasa tras la cámara y el micrófono. Para hacerles partícipes de lo que se siente en cada lance en busca del misterio. Porque los datos no lo son todo, y la vida auténtica e irrepetible sí.

Yo sé, tengo la absoluta certeza, de que ya vive un niño, o un niña, que leerá este libro dentro de unos años. Porque un libro escrito con el alma mágica puede transformar más que cualquier otra cosa. Aunque nos lo nieguen, aunque no nos crean. Y también sé que lo leerá para sentir el extraño e indefinible chispazo que le cambiara la vida. Como le ocurrió a Javier. Como me ocurrió a mi. De la misma,

increíble y exacta manera. Y ocurrirá porque esta obra, este pensamiento, esta fuerza ancestral plasmada en las páginas que vienen a continuación, son el eslabón de algo enorme, incalculable, inserto en nuestro ADN y en nuestro inconsciente colectivo. Algo iniciado hace mucho, quizá en el inicio de todos los inicios, y que tampoco acertamos a comprender. Algo que parece estar detrás de casi todo y que para mí es la más maravillosa historia que uno pueda imaginar y que de momento, a través del misterio, nos ha conducido hasta aquí. Una historia real transmitida por quijotes que a veces no parecen de este mundo.

Iker Jiménez

Introducción

Misterio: humildad y camino

A principios del siglo XX, el periodismo vivía uno de sus mejores momentos literarios; los textos, escritos casi a modo de novela, hacían al lector sumergirse en las propias aventuras y vicisitudes del reportero, que se convertía también en parte de la noticia. No sólo importaba lo que se contaba, sino cómo se contaba. Uno de los mejores ejemplos de ese periodismo, por desgracia ya casi extinto, es Alardo Prats.

En 1929, Prats dejó todas las comodidades propias de un reputado periodista de la capital para emprender un viaje no sólo al fondo de las tinieblas, sino también al de su alma. Durante tres días convivió con los endemoniados que cada año acudían en masa para sanarse en el santuario de la Virgen de la Balma, en Castellón. Aquella expedición supuso una transformación en su forma de entender todo cuanto nos rodea, una variación que puede vislumbrarse en los textos que él mismo escribió durante aquellas setenta y dos horas. Los artículos, que dieron lugar a una serie de casi una decena de páginas completas en un periódico de importante crédito y prestigio como *La Libertad*, son hoy una verdadera joya para quienes amamos el periodismo de misterio, pues constituye una de las más importantes crónicas del siglo XX sobre los exorcismos en nuestro país.

Sin embargo, Alardo no se limitó a narrar objetivamente lo que iba sucediendo ante sus ojos. También contaba, asombrado, cómo dichos sucesos iban derrumbando a golpetazos los esquemas que él mismo se había forjado a base de prejuicios y escepticismo.

Ante la sorpresa de todos, los artículos gozaron de gran éxito y gentes de toda España acudieron al santuario tras la lectura de las crónicas de Prats.

Fue una de las primeras muestras de la fuerza que posee la llamada del misterio. Con el paso del tiempo muchos medios se dieron cuenta de su éxito e hicieron lo propio: informar sobre lo insólito. Las portadas y páginas interiores de importantes periódicos y semanarios como *Estampa*, *Crónica*, *El País* o *ABC* fueron, de forma habitual, dedicadas a personajes enlutados que aparecían en la oscuridad de algunos caminos para después desvanecerse, a duendes que revolucionaron a barrios enteros o a objetos luminosos que llegaron a perseguir a atormentados testigos. Algunos continuaron informando detalladamente sobre estos sucesos hasta bien entrado el siglo XX y muy pocos siguen haciéndolo hoy en día, siendo observados con recelo por quienes no aceptan la existencia de aquello que no pueden ver, tocar o leer en un libro de ciencia. Y yo me pregunto: ¿y si nunca nadie hubiera dedicado su esfuerzo a estudiar lo imposible? ¿Y si nunca hubiéramos aceptado la existencia de nuevos

planteamientos y nos hubiéramos limitado a aceptar lo que nos contaban como único e inmutable? Quizá hoy seguiríamos creyendo en una Tierra plana, en el calor como un fluido o en la teoría geocéntrica. Sin embargo, los auténticos científicos, siempre en vanguardia, incorporaron nuevos elementos que, además, no por ser invisibles resultan inexistentes: las ondas de radio, los rayos gamma, las redes wi-fi... Todos ellos nos rodean cada día, conviven con nosotros y, en ocasiones, parece que llegan a influir en nuestra salud sin ser nosotros muy conscientes de ello.

Uno debe aceptar que no somos dioses dueños y conocedores de todo cuanto nos rodea. Por eso el misterio es una actitud de humildad ante la vida, una forma de reconocer nuestra ignorancia y estar dispuesto a aprender en la búsqueda, a disfrutar de las preguntas, como el niño de alma inquieta que a cada paso cuestiona todo cuanto lo rodea.

Durante mis investigaciones en busca de lo insólito, he escuchado a casi un centenar de testigos de todos los ámbitos sociales que en algún momento de sus vidas se han topado con algo que escapaba a la lógica y a los convencionalismos de lo que les enseñaron en la escuela. En ocasiones, incluso en compañía de varias personas que relataban lo mismo con pasmosa exactitud.

Este trabajo, que recoge más de 7.000 de kilómetros tras la pista de lo imposible, pretende dar voz a los testigos, pero también a los expertos. A veces nos han acompañado científicos de lujo e incluso hemos recurrido a la ayuda de laboratorios para el análisis de muestras, llegando así a obtener respuesta a algunos enigmas.

También era importante sentir el latido del misterio; por eso he caminado en soledad por diversos puntos de nuestra geografía donde una vez lo extraño pareció cobrar forma. En muchos de esos lugares he llegado a sentir auténtico pavor y no me avergüenza decirlo. He sentido el miedo, corazón galopante, perdido en el espesor de un bosque asturiano o al borde de un precipicio en la oscuridad de la noche ibicenca. También el latigazo de la incertidumbre en el interior de un cálido inmueble rodeado de gente o en las entrañas de un edificio aparentemente maldito. He sentido la inquietud tras pernoctar en la habitación encantada de un hotel y el latir de lo insólito en tierras de la Rioja. He sentido muy de cerca el golpetazo de la censura instaurada desde hace siglos por algunos a quienes no interesaba que la verdad saliera a la luz.

Pero también he sentido la esperanza. La esperanza de sentirse alejado de un mundo donde la política o el fútbol copan las portadas de nuestros periódicos, por vivir días inolvidables, con el privilegio que ofrece el alma inquieta e inconformista. Dicha sensación de esperanzado aislamiento aparece recogida a la perfección en el libro de un buen amigo: *La noche del miedo*, de Iker Jiménez. Seguro que me permitirá recoger sus palabras para explicarlo mejor:

En el exterior, a casi cuarenta grados, la vida seguía normal. Con sus

preocupaciones de siempre. Con mucha gente pendiente de los debates de la tele. Del resultado del equipo. Del romance del famoso. Del cubata de fin de semana. Del bajarse de Internet. De las rebajas del hipermercado. De los gritos. De los poemas por móvil. De la apariencia. De la ropa de moda. Del coche más lujoso. Del sexo zafio omnipresente. De la película con efectos especiales y sin actores. De las cremas de belleza que rejuvenecen veinte años. De los nuevos ídolos de la nada. De los que marcan la tendencia. De los programas del corazón. De los tertulianos. De los políticos y sus mentiras. De los cedés piratas. De los periodistas y sus miserias. De la comida rápida. De las risotadas del ignorante. De la malicia del sabihondo. De las ansias. De la demagogia. De la falsedad. De lo prefabricado. De lo chabacano. De lo grotesco. De lo fácil

Los valores del siglo XXI, en definitiva. Yo me sentía feliz sin pensar en ninguna de esas cosas tan importantes. Aislado, como en otro mundo. Como si se me hubiese permitido entrar en una cápsula fuera del espacio tiempo, asistiendo a una historia de sentimientos

Muchas de estas historias han llegado a provocar en mí una sana obsesión; eran muchas las noches que, ya de madrugada, continuaba leyendo recortes y evidencias de las historias que investigaba en cada momento. Insomnio periodístico causado por las dudas y, en ocasiones, también por la sugestión. Tampoco fueron pocas en las que los sobrecogedores testimonios acudieron a mi memoria, desvelándome por completo y haciéndome casi brincar de la cama, con vívidas y terribles imágenes aún en la retina.

Por eso, aunque éste es un trabajo sobre algo tan humano como nuestras dudas más ancestrales, también es una aventura a la vieja usanza. Un recorrido por la España mágica, donde absolutamente cualquier cosa es posible. Sólo hay que abrir bien los ojos y dejarse llevar...

Javier Pérez Campos

Primera Parte:

Tragedias y fantasmas

«Es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas»

Mariano José de Larra

«El hombre prudente sabe lo que no sabe y el hombre cauteloso respeta lo que no domina»

Jay Anson

Expediente 1: Operación Belchite

«POCOS CAMPOS SIGUEN TAN DE CUERPO PRESENTE COMO BELCHITE, COMARCA DEL CAMPO DE BELCHITE. NINGUNA RUINA VIVA ESTÁ TAN MUERTA... ¿O SERÁ QUE NINGUNA RUINA MUERTA SIGUE TAN VIVA?»

La Vanguardia, 09/12/06.

Un esqueleto en el horizonte

El Seat Alhambra avanzaba rápidamente entre los desérticos parajes que atraviesa la Nacional 232, Carretera de Belchite al Burgo.

Transcurría la última semana de agosto y el asfixiante calor parecía generar olas de gas sobre el asfalto ardiente. En la radio del coche una voz monocorde ofrecía las noticias de la tarde, como el único nexo que todos cuanto íbamos a bordo manteníamos con la realidad, pues nos encontrábamos inmersos en una historia de misterio mítica en nuestro país. Llevábamos varios días sumergidos en la preparación de una investigación en el pueblo viejo de Belchite, en Zaragoza, donde desde hace más de veinticinco años varios investigadores y curiosos aseguran haber sido testigos de fenómenos inexplicables.

Viajaba junto a dos grandes investigadores, Iker Jiménez y Carmen Porter, director y subdirectora del programa *Cuarto Milenio*. Nos acompañaba también Sergio Fernández de Pinedo, jefe de realización, junto a otros dos miembros del equipo. La parte trasera de la furgoneta iba cargada hasta arriba con todo el equipo que íbamos a necesitar durante la noche de investigación: proyectores, cámaras, ordenadores, un hexacóptero con el que registraríamos imágenes aéreas y un generador eléctrico, entre otras muchas cosas.

Iba imbuido en una conversación con Iker acerca de Belchite y de cómo a lo largo de sus años de investigador ésta sería la primera vez que pondría un pie en el lugar. No sabíamos aún lo impactante que acabaría resultando la experiencia para todos.

Abrí entonces mi cuaderno Moleskine y revisé alguno de los sobrecogedores apuntes que había anotado en los días previos...

* * *

Belchite viejo, año 1900: 3.333 habitantes.

Belchite viejo, año 2012: 0 habitantes.

¿Qué ocurrió en ese periodo de tiempo para que miles de almas desaparecieran de un lugar? La guerra. La barbarie humana. El ensañamiento que producen las ideologías cegadoras que nada entiende de familias, lazos o unión.

La Guerra Civil había sido especialmente dura en un pueblo que prometía futura riqueza por su gran desarrollo. Cuentan, de hecho, que los primeros coches de Zaragoza se encontraban en Belchite.

Lo que no mucha gente sabe es que hubo una batalla previa, antes de la famosa batalla de Belchite, en 1809, durante la Guerra de la Independencia española. Pero

fue en 1937 cuando se produjo la más conocida por lo sangrienta. La más sangrienta, incluso, de la propia Guerra Civil. Consecuencia: más de 6.000 muertos y un pueblo completamente destruido en cuestión de quince días. Una terrible media aritmética de 400 muertos al día.

Las calles se convirtieron en auténticas alfombras de cadáveres, ríos de sangre que los habitantes de las casas esquivaban rompiendo los muros que comunicaban entre sus hogares para poder avanzar por el pueblo sin salir al exterior...

Los bombardeos habían causado estragos y con el tiempo el pueblo fue quedándose abandonado, al construirse un Belchite Nuevo, justo al lado de la destrucción.

El Belchite Viejo había quedado allí, anclado en el espacio y el tiempo. Dicen que Franco ordenó dejarlo tal cual, como una dantesca muestra del horror más absoluto.

* * *

Habíamos recorrido ya los cerca de cincuenta kilómetros que separan Zaragoza de Belchite, nuestro destino, a través de los infinitos páramos anaranjados que parecían fundirse con el cielo a través del horizonte.

Pudimos ver entonces la silueta de la iglesia de San Martín de Tours, con su torre picuda levantada hacia el cielo y dejando pasar la luz a través de sus agujeros por ventanas. Habíamos charlado durante todo el viaje, pero en ese preciso instante un silencio sepulcral se apoderó por completo del vehículo. Todos dirigimos entonces nuestra mirada hacia el exterior, a través de las ventanillas del lateral derecho del automóvil.

Allí estaba el pueblo viejo de Belchite, testigo mudo de la tragedia que, precisamente esa noche, iba a estar dispuesto a contar algo a quienes estuvieran dispuestos a escuchar...

Pueblo de sombras

Al bajar del coche una brisa de fuego nos dio la bienvenida. Decidimos, antes de nada, recorrer el pueblo para intentar familiarizarnos con él, pues tendríamos que transitarlo de noche. Así, durante cuarenta minutos, caminamos como quien asiste solemne a un museo de la barbarie. Sobraban los comentarios; ahí estaban los edificios ya vacíos para siempre, quizá cargados de emociones y viejos recuerdos, aunque también pesadillas. El esqueleto de una cruz de hierro presidía una pequeña plaza, mientras los cascotes de piedra nos dificultaban la labor de caminar. Las balconadas, completamente vacías, carecían ya de suelos, haciendo que las barras de hierro negro y oxidado colgaran sin sentido de las paredes asemejándose a una bizarra muestra de arte moderno.

El polvo parecía flotar ingravido a nuestro paso mientras el eco de las pisadas se colaba por las portezuelas, grietas y agujeros de bala que aún marcaban las fachadas como señales de muerte. Eran los signos de lo inhumano, de lo incomprensible y del dolor. Heridas en piedra aún sin cicatrizar.

Algunos desalmados habían aprovechado para robar los muebles y enseres que habían quedado en las casas de los antiguos belchitanos. En el centro de la vieja calle Mayor podía verse un sofá de dos plazas que alguien había abandonado allí en el último momento tras sacarlo, no sin esfuerzo, de una de las casas, quizá en un último instante de racional sensatez; un preciso segundo de lucidez en que había sido consciente de estar robando a un pueblo muerto, aprovechándose de la desgracia. Puede que el miedo, la lástima o una prudencia que sólo produce el entrelazamiento de las dos anteriores, le hubieran obligado moralmente a dejarlo allí, al único amparo de la solera aragonesa o de las lluvias del invierno. Ahí seguía, luchando por resistir junto al resto de fachadas, capiteles y ventanucos. Al igual que resistieron las gentes de distintas ideologías que se vieron abocadas a la extinción por causas que algunos ni llegaban a entender.



La calle Mayor de Belchite, completamente abandonada en la actualidad, como testigo mudo de la barbarie más absoluta.

A nuestro trayecto el sol iba cayendo lentamente hasta acabar permitiendo a las sombras que se adueñaran de Belchite. El pueblo había cambiado por completo. En aquel momento ya sólo era visible la inmensa bóveda celeste que arrojaba silenciosa a una luna nueva.

Encendimos entonces nuestras linternas, que nos ofrecían una visión polvorienta a través del haz de luz blanquecina, y caminamos hasta el otro extremo de la villa, justo donde un portón de madera al amparo de un arco de piedra conectaba el pueblo viejo con Belchite Nuevo, el lugar que se había construido para dar cobijo a los antiguos vecinos que habían visto su hogar reducido a escombros.

Aquél era el punto de encuentro con varios amigos que iban a contarnos acerca de sus investigaciones y experiencias en el lugar.

Al atravesar las dos grandes puertas, como el que regresa de un mundo sombrío, la luz de las farolas nos dio la bienvenida a una plazuela solitaria. Allí, la presencia de tres coches nos indicaba que posiblemente nuestros invitados ya habían llegado, adelantándose unos minutos a la hora estipulada.

Uno de ellos era Carlos Bogdanich, hipnólogo clínico e investigador, que dirigía un programa mítico de misterio en Radio Heraldo: *Cuarta Dimensión*. Precisamente, trabajando para ese programa en 1986, obtuvo unos resultados sorprendentes que aún hoy siguen siendo recordados. Fueron las psicofonías más claras grabadas nunca

antes en nuestro país.

—*Aquello fue un impacto enorme, ninguno esperábamos captar nada* —nos explicaría Bogdanich minutos después, al amparo de las derruidas bóvedas de la iglesia de San Agustín, donde los murciélagos campaban a sus anchas y las hiedras trepaban sigilosas, tapando los murales que representaban escenas caducas de salvación. Iker describió acertadamente el lugar como «*el interior de un enorme dinosaurio muerto*». Desde el interior del oratorio, eran visibles las titilantes estrellas, brillando ajenas a nuestra experiencia, desde millones de kilómetros de distancia. Todo ello a través de los arcos del tejado, único elemento arquitectónico que quedaba del mismo, como un enorme costillar abierto al infinito.

—*Sin embargo, ocurrió...* —dijo Iker, absorbido por la historia que el investigador zaragozano nos estaba contando.

—*¡Vaya si ocurrió! Vinimos aquí, precisamente a esta iglesia, pensando que si la teoría de la impregnación^[1] era cierta, éste sería el mejor lugar para obtener resultados. Un pueblo donde han ocurrido este tipo de tragedias... Así que dejamos grabadoras en diversos puntos, para captar cualquier cosa. Es curioso, pero en todo momento nos sentíamos vigilados, a pesar de que no había nadie por aquí. Éramos varios compañeros y todos teníamos las mismas sensaciones.*

—*¿Y vosotros llegasteis a escuchar algo mientras realizabais a cabo la investigación? ¿Algo que quizá pudiera colarse en las grabaciones de audio?* —le pregunté, intrigado.

—*Para nada... Fue una noche totalmente tranquila. Por eso, no esperábamos que ocurriera nada. Pero, cuando días después empezamos a analizar el material en el estudio, nos quedamos de piedra. En dichas grabaciones aparecían sonidos de bombas que reverberaban, en la lejanía, disparos de antiguos fusiles y el motor de avionetas con aparente solera. Tras emitir dichos sonidos en el programa Cuarta Dimensión, el equipo empezó a recibir cartas de supervivientes de la guerra o de expertos de la aviación que les confirmaban que el sonido de los motores eran propios de avionetas utilizadas en la Guerra Civil, al igual que las bombas y otros tañidos captados por las grabadoras. Fue como abrir una caja de Pandora; desde entonces, han sido miles las personas que han pasado por Belchite tratando de captar algo similar. No han sido pocos los que lo han conseguido. Algunos, incluso, han llegado a capturar voces que parecían de otro tiempo, refiriéndose a aparentes escenas pasadas... Aquella fue una noche aparentemente normal, pero las sorpresas vinieron después. Por eso creo que esta madrugada también es propicia para que ocurran cosas. De hecho, yo ya empiezo a sentirme vigilado como aquella vez...*

El expediente Belchite

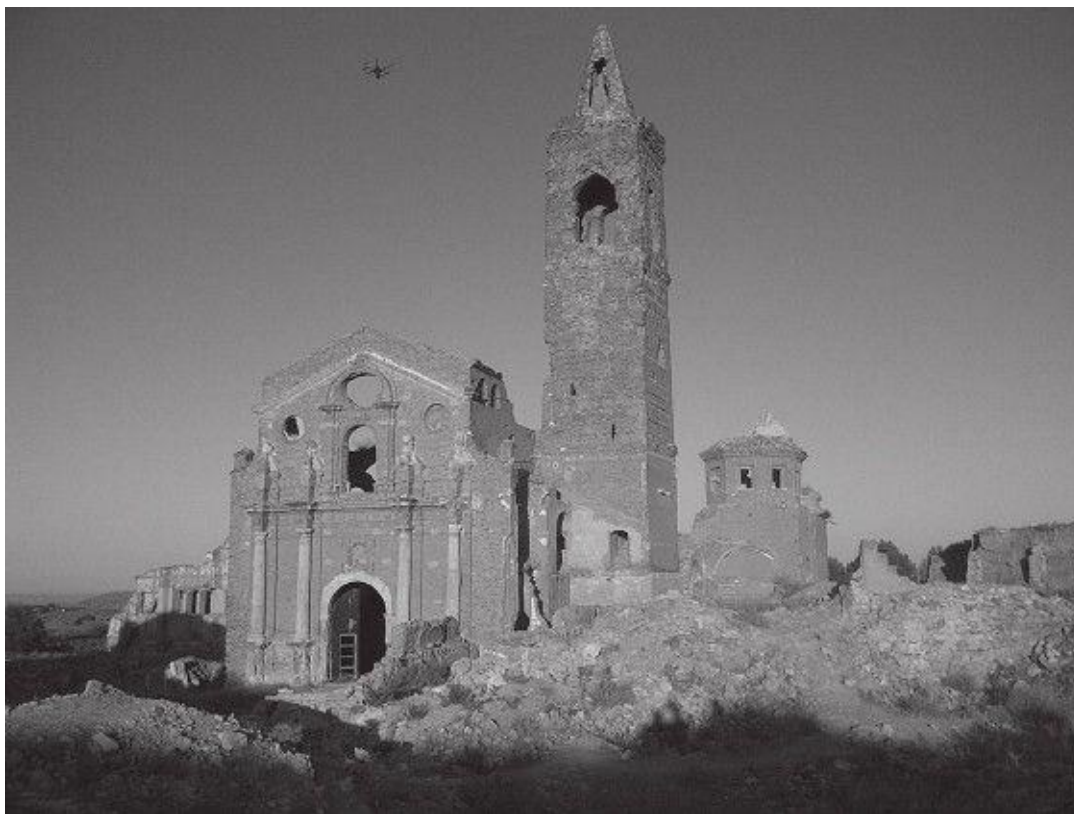
Pasaban las horas y lo cierto es que la oscuridad y el abandono de Belchite iban haciendo mella en el equipo. Aunque nadie decía nada, todos parecíamos mucho más desconfiados que durante la tarde anterior. En ocasiones, alguno miraba hacia atrás con el sigilo y disimulo.

Llevamos a cabo otra experiencia con perros especialmente adiestrados para el rastreo de cadáveres; según algunos testimonios, muchos seguirían hoy inhumados en el interior del pueblo por haber sido imposible el traslado de todos los cuerpos al cementerio, aunque también acudimos a él; un memorial a las víctimas escondido en un rincón del pueblo. Tras ascender una escalinata de piedra, nos topamos con la puerta de hierro negro, sobre cuyo arco de ladrillo alguien escribió: «En memoria a los caídos».

Los animales seguían olfateando, pero ninguno parecía encontrar nada extraño. Los guías ya nos habían avisado de que podía pasar, pues era bastante complicado que los canes pudieran encontrar huesos de más de cincuenta años de antigüedad.

Otra persona que nos acompañó aquella noche para contarnos su experiencia fue Óscar Parra, director de cine. Bajo la silenciosa mirada de los ángeles pétreos que coronaban los capiteles de la iglesia de San Martín, Parra nos contó cómo una noche todo el equipo de grabación tuvo que abandonar el lugar por miedo a lo que estaban viviendo.

Cuando estaban preparando una de las últimas escenas para terminar el rodaje de una cinta de terror titulada *El expediente Belchite*, el gran foco que llevaban para la grabación se apagó completamente solo.



Iglesia de San Martín de Tours siendo sobrevolada por una cámara hexacóptera, desde la que registramos una vista aérea de todo el pueblo de Belchite.

—Ocurrió varias veces, no sólo una. No había nadie junto al foco y todos escuchamos el «clac» que hace el botón de apagado. No fue una sobrecarga, porque el resto del equipo seguía funcionando. La primera vez no quisimos darle importancia, pero, cuando ocurrió de forma repetida, todos nos asustamos bastante.

—¿Y qué hicisteis en ese momento? —pregunté.

—Pues para evitar que la situación se descontrolara tuve que ponerme muy serio y decirles a todos: «Aquí no ha pasado nada. Vamos a seguir grabando y nos olvidamos del asunto». Para entonces, ya se había generado una situación muy incómoda, en la que ningún miembro del equipo quería quedarse solo en ningún momento. Pero, en ocasiones, el guión lo requería. Por eso, decidimos marcharnos de aquí. Yo no había vuelto nunca hasta ahora.

—¿Por falta de ocasión o de ganas?

—De ganas, más bien...

La temperatura iba descendiendo por momentos y había pasado la medianoche, por lo que decidimos cenar antes de continuar con el reportaje.

Mientras comíamos unos bocadillos junto al coche ante la única luz de sus faros, Sergio tuvo una idea que acabaría marcando los resultados de la investigación.

—¿Por qué no hacemos una experiencia de aislamiento? —propuso.

—¿En qué consiste y cómo lo hacemos? —le preguntó Iker.

—Se trataría de dejar a alguien del equipo solo en un lugar, para ver cómo responde, si siente algo, si la sugestión juega un papel importante... Para eso, podríamos dejar dos cámaras grabándolo constantemente y también unas grabadoras de sonido para ver si capta algo. Además, la persona que se quede puede tener un walkie para estar comunicado con el resto del equipo, por si pasa algo.

A todos nos pareció una gran idea y elegimos un lugar por unanimidad: la iglesia de San Martín de Tours, que a todos nos había parecido impactante desde el primer minuto.

El siguiente paso era elegir al miembro del equipo que iba a quedarse allí solo. Aquello me parecía una experiencia posiblemente irreplicable y algo me decía que vivirla en primera persona lo sería aún más.

Por tanto, tras meditar unos minutos, concluimos que yo sería la persona que se quedaría allí. En ese instante, no alcanzaba siquiera a imaginar que lo que ocurriría en las horas posteriores acabaría quitándome el sueño, no sólo durante esa noche, sino también en las sucesivas...

Experiencia de aislamiento

Eran las 2.16 del 28 de agosto de 2011. El equipo había caminado esquivando cascotes y pedruscos, iluminando parcialmente la oscuridad con el haz de las linternas, ante la inquietud que produce la incertidumbre de no saber lo que te rodea. Daba la sensación de que Belchite no estaba muerto, sino dormido, y que en cualquier momento alguna figura oscura de rostro irreconocible se asomaría al balcón del número 3 de la calle Mayor.

Habíamos llegado de nuevo a la iglesia de San Martín, camuflada ahora en las sombras de la noche sin luna. En la puerta de entrada, oxidada por el efecto impiadoso de la lluvia, se leían ahora los míticos versos que un vecino anónimo había escrito años atrás:

*«Pueblo viejo de Belchite,
ya no te rondan zagales,
ya no se oirán las jotás
que cantaban nuestros padres».*

Como el breve epitafio que encierra una larga historia. Las letras blanquecinas bailaban forzosas para adaptarse al tamaño de la puerta combada. Alguien escribió acerca de ellas que se deslizaban como hielo por el espinazo, y no le faltaba razón.

El equipo entró en lo que una vez fue el altar mayor y elegimos el punto exacto donde iba a quedarme sentado: un rincón al fondo del destartado santuario, cerca de donde estuvo situada la pila bautismal, frente a un pozo del que muchos aseguraban haber escuchado surgir lamentos y cánticos atemporales. Colocaron cámaras y grabadoras, mientras Carmen recorría el lugar para comprobar que no existía ningún elemento extraño que pudiera alterar el resultado de la experiencia.

Así, tras unas últimas palabras aclaratorias, el equipo se marchó, dejándome completamente solo en el lugar, sumido en la más absoluta oscuridad, con el único sonido de sus pasos alejándose y el débil zumbido de la cinta en el interior de la cámara de vídeo. A partir de ese momento, estaba registrándose todo; cualquier cosa que ocurriera sería grabada por las cámaras de *Cuarto Milenio*.

Minutos después ya no había nadie a mi alrededor en varios metros a la redonda. Oscuridad absoluta en un lugar envuelto de una densidad especial. En el interior de la vieja iglesia, que ya no acogía feligreses, se escuchaba el sonido de algún pequeño animal que caminaba a ciegas entre la maleza y la cantinela de varios grillos en la lejanía. Sobre mí, una cúpula medio destruida por las bombas y la pequeña cabeza de un ángel que me vigilaba desde arriba. Como si quisiera contar, con desesperada

mirada de impotencia, todo lo que había visto...

—*PSSSSHHHGGGG... ¿Javi, me recibes?*

La voz de Iker, surgiendo desde el *walkie-talkie*, me sacó bruscamente del ensimismamiento.

—*Te recibo, Iker.*

—*¿Alguna novedad?* —preguntó entre el estridente ruido del aparato.

—*Nada de momento. Sólo escucho algo moverse delante de mí, debe ser algún animal que está por ahí rondando...*

De pronto ocurre algo. Veo que la entrada de la iglesia, situada en un ángulo de 45 grados frente a mí, se ilumina tenuemente, llegando a proyectar una sombra en el muro que se encuentra a mis espaldas. Una titilante luz anaranjada.

Frente a mí, esos ruidos que parecían de animales ahora no lo parecen. Ahora son pasos. Pasos claros. Pasos cortos y breves. Ligeros. Pasos de zapatos sobre la gravilla. Pasos infantiles, pienso. E imagino pequeños zapatos de charol, tal vez por el sonido. ¿Alucinaciones?

Contengo el aliento y agudizo aún más el oído. Para ello, cierro los ojos, tratando de centrarme en la audición. Plac... Silencio. Plac... Plac... Plac... Silencio. Se escuchan paralelos al muro de piedra de la entrada y luego parece que dan la vuelta y recorren el camino andado. Así una y otra vez, de forma intermitente. Tan claros como el sonido de mi cada vez más acelerada respiración. Cuando abro los ojos la luz sigue ahí, bailando en la oscuridad, iluminando tenuemente la nave central. De nuevo, esos pequeños pasos. Pienso entonces que hay alguien en la iglesia. Alguien se ha colado a las 02.25 de la madrugada de un domingo de agosto. Pero ¿por qué? ¿Para qué?

—*Iker, escucho pasos y veo una luz... ¿Hay alguien del equipo por aquí?* —pregunto incómodo pero tranquilo, pensando que la claridad de lo que estoy viviendo descartaría cualquier posibilidad de algo extraño.

—*Negativo* —responde intrigado desde un centenar de metros. Ellos se encontraban a suficiente distancia de la iglesia como para no llegar a escucharlos si no fuera por el *walkie*. Sin embargo, ellos, desde la Calle Mayor, sí podían ver la fachada de la iglesia y todo lo que ocurría a su alrededor...

—*¿No habéis visto entrar a nadie?* —pregunto, ahora más inquieto.

—*No...*

Me quedo muy desconcertado. La negativa de Iker es como un jarro de agua fría. Allí dentro hay alguien. Hay alguien conmigo. Veo su luz, escucho sus pasos y noto su presencia. Pienso, automáticamente y sin saber por qué, en una presencia infantil. Pero ¿qué diablos hace un niño a las 02.25 de la madrugada en una iglesia abandonada?

De repente, tras la tenue luminaria, llego a atisbar una pequeña sombra

ligeramente alargada por el efecto de la luz. Distingo, sin ninguna duda, los hombros, el cuello y una pequeña cabeza ahuevada.

—*Iker, hay alguien en la iglesia* —afirmo esta vez insistente.

Miro fijamente a la oscuridad. Cierro los ojos con fuerza y los abro todo lo que puedo, para descartar que la oscuridad esté jugándome una mala pasada. Pero ahí sigue y los pequeños pasos también.

En ningún momento se me pasa por la cabeza levantarme de la piedra donde estoy sentado. Parece que el miedo se ha apoderado de mí. Pregunto entonces si hay alguien y, aunque nadie responde, en ese preciso instante los pasos dejan de escucharse. Como si alguien que no lo esperaba se hubiera sentido delatado. Pasados los segundos, vuelvo a escuchar un paso. Y otro. Plac... Plac... Plac... Como si alguien se acercara a mí lentamente, de forma irregular. Plac... Plac...

Noto el corazón galopante en mi pecho y una desagradable flojera en la espina dorsal que hace que el vello de mi brazo se erice de forma instantánea.

—*PSSSHHHGGG... Javi, no ha entrado nadie. Vamos para allá* —dice Iker, con voz de preocupación.

De pronto, esos pasos desaparecen. Han muerto en la negrura más infinita.

La espera se me hizo eterna, aunque sólo pasaron unos segundos hasta que la tenue luz que llevaba viendo casi desde el inicio de mi experiencia se diluyó con la luz artificial del foco de la cámara del equipo, que estaba entrando por la misma puerta de la que procedía la luz y los sonidos de los que había sido testigo.

—*PSSHHHGGG... Estamos dentro, Javi.*

La voz de Iker, procedente del *walkie*, se escuchaba a la vez desde la entrada. Al ver las sombras del equipo me sentí mucho más reconfortado. Les expliqué entonces toda la experiencia; todo lo que había visto y escuchado. Como si alguien hubiera estado conmigo. Ellos me aseguraron que no habían visto entrar ni salir a nadie y que tenían visibilidad de la zona desde donde se encontraban. Además, se lo habrían cruzado al salir.

Les acompañaban dos jóvenes con cierta solera en las investigaciones en Belchite, que reconocieron en mi cara la misma incertidumbre que les había sorprendido a ellos en varias ocasiones.

—*Eso de los pasos nos ha pasado en varias ocasiones, al igual que a otra gente con la que nos hemos cruzado* —dijo el más joven.

Enmudecido por el desconcierto y aún receloso, apenas pude articular palabra para mantener una conversación con ellos. Recorrimos la iglesia en busca de huellas o de cualquier cosa que pudiera indicarnos si allí había entrado alguien. Pero no encontramos ni rastro.

Unas horas después, ya en el polo opuesto del pueblo, tras despedirnos de Carlos Bogdanich y acompañarlo su coche, decidí contarle a Iker un último detalle que había

omitido anteriormente.

—Esto no lo he dicho porque ya es sólo una impresión y puede ser cosa de la sugestión —empecé—. Pero, al escuchar los pasos, he pensado automáticamente en un niño.

En ese momento, su cara cambió drásticamente.

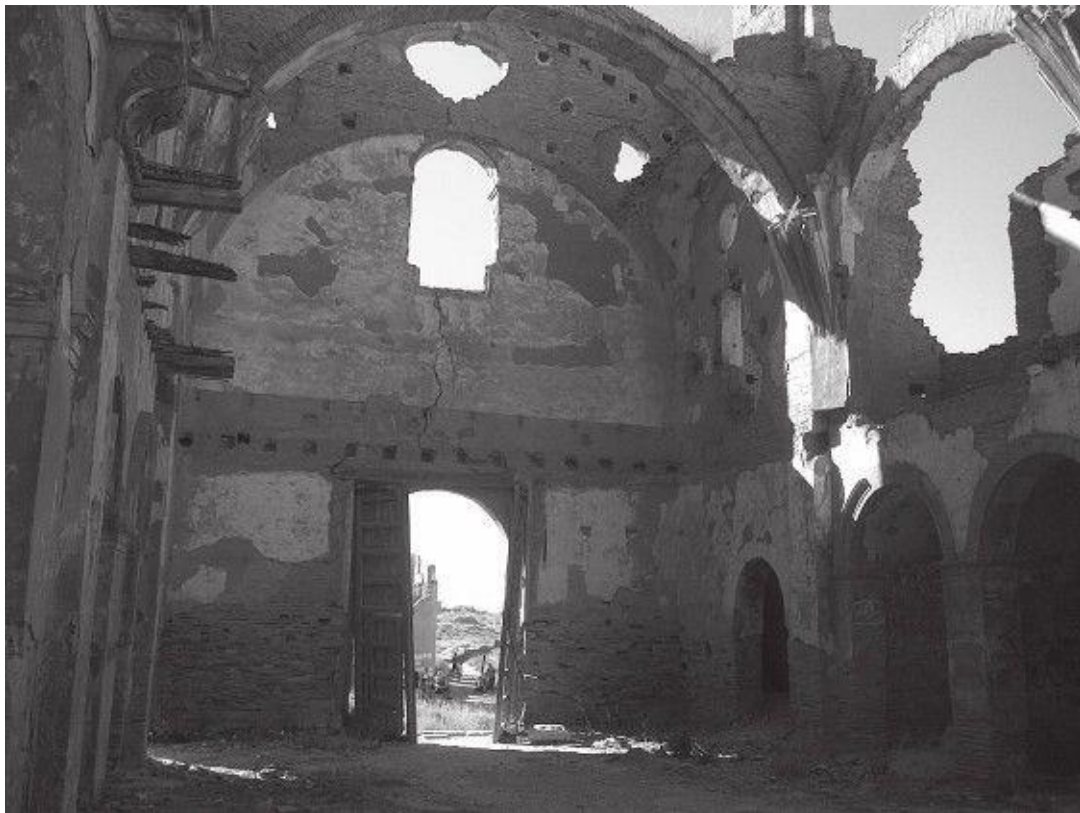
—¿Lo dices en serio? —inquirió asombrado.

—Totalmente. Quizá lo haya deducido por el tiempo entre paso y paso, que era muy breve, y por la ligereza...

—Pregúntale a Carmen después, ella te contará mejor. Pero, estando en la iglesia, en ese mismo lugar, ella también ha pensado precisamente en niños. Justo antes de la experiencia, cuando comprobaba que no había nada allí. No hemos querido decírtelo para no sugestionarte...

Me quedé paralizado en el polvoriento camino, como si me fuera imposible caminar y seguir respirando al mismo tiempo.

—Por si fuera poco, alguien del equipo, absolutamente escéptico, me ha confesado haber visto algo. Como una sombra esperando junto a una de las calles mientras iba a recoger algo al coche —añadió.



El interior de la iglesia de San Martín fue el lugar elegido para llevar a cabo la experiencia de aislamiento que acabó aportando inquietantes sorpresas a la investigación.

Caminamos de regreso junto al resto de compañeros para recoger el material y volver al hotel. Había sido un día largo y cargado de emociones, pero aún quedaban muchas más sorpresas. Algunas de ellas registradas en la memoria de nuestras grabadoras. Otras en forma de llamadas telefónicas, como la de Óscar Parra, días después de la experiencia. Sin él saber todo lo que nos había ocurrido, pues se había marchado tras contarnos su testimonio, me transmitiría un dato, casi por casualidad, que acabaría dejándome pegado a la silla.

—Me he puesto pocas veces delante de una cámara y con los nervios se me olvidaron bastantes datos —me dijo Óscar tres días después, estando yo en la redacción del programa—. Pero uno que nos dejó helados y que nos contó un vecino de Belchite Nuevo es que justo en el muro principal de la iglesia de San Martín, donde habíamos tenido una de nuestras experiencias, es donde habían enterrado a los niños que murieron en la guerra...

Javi... Ayuda

Aquella noche, tras la llamada de Óscar, me dirigí a casa. Estaba absorto en el análisis del material obtenido en Belchite y pasaba horas escuchando las grabaciones de audio.

Decidí volver caminando, mientras pensaba en todo lo que había ocurrido y, de paso, trataba de digerirlo. Las palabras de Parra habían sido como un golpetazo en el estómago, como dar sentido a un puzzle absurdo cuyas piezas, sin embargo, encajan a la perfección.

Al día siguiente se grabaría el primer programa de la séptima temporada de *Cuarto Milenio*, que iba a iniciarse con la investigación en Belchite y, aunque ya había obtenido sorpresas como corroborar que el sonido de pasos que había escuchado en San Martín había quedado registrado en las grabadoras, aún me faltaba material por escuchar. Por eso, al llegar a casa abrí una Coca Cola y me preparé un sándwich mientras encendía el ordenador portátil. Cargué entonces los sonidos, que se convirtieron en ondas verdosas a través la pantalla.

Quedaban unos cincuenta minutos de grabaciones de diversos puntos del pueblo —iglesias, casas, cementerio—. Huelga decir que en todas ellas se llevó un estricto procedimiento para que nuestros pasos o ruidos naturales no pudieran dar lugar a confusiones.

Registré entonces cada sonido llamativo, algunos bien extraños (lo que parecían golpazos secos en una de las casas, un motor en la lejanía captado en el cementerio o las propias pisadas de la iglesia de San Martín). Seleccioné los que consideré más claros, incluyendo una especie de susurro, al que titulé como «Sonido 3», para después enviárselo a Iker. Aproveché para recoger el plato de la cena, cuando mi ordenador emitió un sonido agudo. Había recibido una respuesta casi inmediata...

De: Iker Jiménez

Asunto: Re: Sonidos Belchite

Fecha: 6 de septiembre de 2011 02:31:38 GMT+02:00

Para: Javier Pérez Campos javier.perez.mp@gmail.com

Ojo a la grabación 3, hay como una voz de niño, o eso me parece a mí...

Extrañado, decidí aumentar el volumen, limpiar un poco el sonido y volver a escucharla. Bien es cierto que el cansancio dificultaba en ese momento la labor de audición. Pero entonces pude escucharlo con claridad; de fondo se apreciaba

claramente lo que parecía la voz distante de un niño que en ese momento no llegaba a entender. Un niño que, lógicamente, no tenía por qué aparecer en esa grabación. De nuevo, niños en medio de toda esta historia...

En ese instante, el ordenador volvió a emitir un sonido, esta vez a todo volumen —lo había subido al máximo para escuchar la grabación—, que casi consiguió provocarme un infarto. Acababa de llegar un nuevo correo electrónico. Iker y Carmen, tras varias escuchas, parecían haber conseguido entender las palabras del supuesto niño...

De: Iker Jiménez

Asunto: Re: Última tanda sonidos Belchite

Fecha: 6 de septiembre de 2011 03:08:34 GMT+02:00

Para: Javier Pérez Campos javier.perez.mp@gmail.com

Dicd JAVI, tío...

Tres palabras. Tal cual. La emoción, el impacto, la conmoción le han hecho escribir «Dicd» en lugar de «Dice». Me quedo completamente paralizado aunque ligeramente desconfiado. Todo aquello no podía ser cierto; cuando lo inverosímil adquiere absurda coherencia uno no puede menos que desconfiar de todo. Volví entonces a escuchar la grabación de nuevo. El corazón me dio un vuelco y fui poseído por una sensación de vértigo que me hizo sentir vacío por dentro.

Efectivamente. Decía Javi... Y algo más. Yo entendí «ayuda». Contesté a Iker rápidamente.

De: Javier Pérez Campos javier.perez.mp@gmail.com

Asunto: Re: Última tanda sonidos Belchite

Fecha: 6 de septiembre de 2011 03:15:22 GMT+02:00

Para: Iker Jiménez

Joooooooooder... Subiendo el sonido se escucha clarísimo. Solo en casa, a estas horas, con los auriculares, y oyendo estos sonidos. Voz infantil que parece decir mi nombre... Pelos de punta!!!

Apenas un minuto después recibí su respuesta. Estábamos emocionados intercambiando opiniones en directo, de madrugada, sobre el material recogido en Belchite. Ninguno pretendíamos siquiera captar algo y, sin embargo, además de las experiencias más o menos subjetivas, ahí estaban los sonidos perfectamente registrados...

De: Iker Jiménez

Asunto: Re: Última tanda sonidos Belchite

Fecha: 6 de septiembre de 2011 03:18:58 GMT+02:00

Para: Javier Pérez Campos javier.perez.mp@gmail.com

Se les oye hablar, como 2 niños... hiela la sangre. Está muy baja, muy oculta. Con cascos es brutal. Mañana gestiona todo para que lo analice Manolo, nuestro técnico.

Abrazos y que duermas bien, amigo.

Habrà que volver.

IKER J

Todavía aturdido por el impacto, cerré la tapa del ordenador y me metí en la cama, inmerso en una espiral de recuerdos, con la mente aún tratando de dar explicación racional a todo lo que había sucedido de forma vertiginosa. Por la ventana entraba el resplandor de una farola cercana y el maullar de un gato dos calles más abajo llevaba a mi mente descontrolada a pensar de forma automática en el llanto de un niño. Pensé que no sería capaz de dormir, pero el agotamiento logró lo propio.

No habían pasado ni dos horas cuando algo me despertó repentinamente. Como si alguien me hubiera zarandeado sobre el colchón. Al abrir uno de los ojos pude ver a un niño a los pies de la cama. Con flequillo trasquilado y tez pàlida, tendría unos 6 años. Se limitó a mirarme con ojos de desdicha; con la mirada del que conoce la vida menesterosa. Creí verlo en la penumbra del dormitorio, a través de los puntos de luz que se colaban por la persiana. El llanto del gato acompañó entonces a la visión, haciéndola aún más terrible.

Con el corazón desbocado, busqué a tientas el interruptor de la lámpara de la mesita de noche. Cuando ésta se encendió, mostró que no había nadie más en la habitación. Todo había sido fruto de una pesadilla, aderezada por el maullido del animal. Pero, en ese momento, tras haber tenido el sueño vívido, no me valía que hubiera sido una mala jugada de mi imaginación. Para mí, seguía siendo igual de aterrador.

Tras un largo intento de volver a conciliar el sueño, di la batalla por perdida. Miré mi reloj: las cinco de la madrugada. Lo mejor sería darse una ducha y seguir manos a la obra...

Análisis, sorpresas y soluciones

Al día siguiente, Manuel Rodríguez, técnico de sonido del programa, analizó los extractos de audio que le envié. Aseguraba que mediante un programa de análisis de audio profesional, en la grabación titulada como «Sonido 3» se observaba la oscilación propia de una reverberación. Dicho de otra forma, allí había una voz real. Además, sin haberle puesto en antecedentes, él también escuchaba: «Javi, ayuda».

Analizó el resto de documentos, que le parecieron igual de interesantes; desde el motor de lo que parecía una avioneta a los porrazos que lo inundaban todo en cuestión de segundos para después diluirse con el sonido del viento.

Días después decidimos llevar a cabo una última prueba: enviar a Belchite a Paloma Navarrete, sensitiva del Grupo HEPTA, que es además licenciada en Farmacia y Psicología. Ella había colaborado en importantes investigaciones como la del Museo Reina Sofía, antiguo Hospital San Carlos y «hospital de sangre» durante la Guerra Civil. Allí fue capaz de señalar el punto exacto de una pared donde, tras una excavación posterior, fueron encontrados dos ataúdes emparedados.

La seriedad de Navarrete a la hora de realizar sus investigaciones fue clave para decidir hacerla partícipe de la investigación. El plan era el mismo que habíamos hecho otras veces: llevarla allí sin contarle absolutamente nada de lo que nos había ocurrido, para corroborar si sus visiones o sensaciones coincidían con las nuestras.

Una vez más, los resultados fueron inesperados por la gran coincidencia entre su experiencia y la nuestra. Paloma se sintió especialmente inquieta en la iglesia de San Martín y, justo allí, exactamente en el lugar donde yo había escuchado las pisadas, ella aseguró haber visto a una niña llorando. También aseguró ver a una anciana. Una anciana que llevaba una vela en la mano. Esa vela proyectaba una tenue luz anaranjada y titilante que Paloma aseguraba vislumbrar con absoluta claridad, en un muro concreto. Era el muro exacto donde, días atrás, yo había visto también ese reflejo.

Cuando observé la grabación de Paloma días después quedé alucinado una vez más, pues movía la cabeza en busca de algo hacia la misma dirección en que yo la movía. Casi como un calco, de forma que si hacías una comparación entre sus movimientos y los míos el resultado era casi el mismo...

Tras la emisión del reportaje recibimos casi un centenar de mensajes de personas que habían estado allí y habían vivido experiencias similares. Muchos nos adjuntaban material fotográfico, sonoro y de vídeo.

Algo que se repetía bastante era el testimonio de gente que escuchaba, a eso de las doce del mediodía, el surgir de unos cánticos que parecían inundar el pueblo ante el asombro de todos los allí presentes. Una especie de canto antiguo que incluso llegó

ser grabado por muchos de los que nos escribían.

Joaquín Abenza, director del programa radiofónico *El último peldaño*, con más de veinte años en antena, acudió al programa para contarnos su experiencia en el pueblo, donde también registró esos cánticos.

—*Eran como rezos, muy difuminados, pero que incluso tenían una sintonía de fondo* —explicaba Abenza.

Al escucharlos uno sentía que estaba ante algo demasiado claro para ser anómalo, aunque ésa también había sido mi percepción durante la experiencia de aislamiento y no probaba nada.

Sin embargo, cuando emitimos el sonido en el programa, un espectador me escribió un mensaje breve y directo: «Lo que se escucha en la grabación de Joaquín Abenza son los cánticos a la patrona de Belchite». Por tanto, si aquello no tenía una explicación racional podría ser una de las psicofonías más extrañas y concluyentes captadas.

Decidí entonces hacer una última pesquisa. Pensé en algunos ayuntamientos o iglesias donde se reproducen canciones a determinadas horas del día. Si en el caso de los cánticos siempre es a mediodía y pueden ser escuchados por todos los que están presentes, ¿podría ser esa una explicación razonable?

Llamé al Ayuntamiento de Belchite Nuevo, preguntando si ellos reproducían alguna canción por megafonía.

—*Sé que en la parroquia ponen un himno alguna vez a la semana, pero no sabría decirte más. Si quieres apunta el teléfono del párroco y habla directamente con él* —me dijo una voz amable al otro lado de la línea.

Anoté el teléfono del sacerdote y, tras agradecer su ayuda a la secretaria, marqué el número de la parroquia.

—*¿Dígame?* —interpeló una voz seca.

—*Buenas tardes. Soy Javier Pérez, le llamo del programa Cuarto Milenio, de televisión. Verá, teníamos una duda sobre unas grabaciones que nos han enviado varias personas, obtenidas en Belchite Viejo. Son unos cánticos, siempre registrados a mediodía, y algunos nos han dicho que es el himno a la patrona de Belchite. Quería preguntarle si ustedes emiten dicho himno por megafonía.*

—*Pues sí... Lo hacemos todos los jueves, entre las doce y la una del mediodía. Lo emitimos por megafonía, en la fachada de la parroquia.*

—*Por tanto, es muy posible que esas grabaciones procedan de la megafonía. Es decir, ¿ese sonido tiene suficiente alcance como para llegar a escucharse en el pueblo viejo?* —le pregunté sintiendo que al menos había podido hallar respuesta a uno de los «enigmas».

—*Sí, ten en cuenta que es fácil que se escuche sobre todo en las iglesias por el eco y la reverberación en los muros. No es la primera vez que tenemos esta*

confusión. También hay quien dice que ha oído campanas sonando, que pueden ser las de aquí.

El párroco mantuvo una breve conversación conmigo, manifestando directamente su enfado con todo el que habla de fenómenos extraños en Belchite. Parecía que, pese a no ser de su agrado, escuchaba testimonios insólitos casi semanalmente, a los que él, por supuesto, no daba crédito alguno.

Aquella misma tarde, Iker redactó un escrito que publicó en su página Web, dando por solucionado el enigma de los cánticos:

La Operación Belchite prosigue. Estamos recopilando información multidisciplinar en busca de la solución a algunos de los fenómenos que pudimos registrar en nuestras noches de investigación. Hemos sido inundados por decenas, cientos de testimonios, procedentes del célebre Pueblo Viejo. Ha sido, literalmente, como abrir una gran caja de Pandora.

Los testimonios, fotografías y grabaciones nos están dejando sin palabras.

Muchos de esos registros diurnos plasmaban unos cánticos muy similares a los obtenidos por Joaquín Abenza días antes de las noches de investigación de nuestro equipo. Hemos hecho comparativas y nos hemos puesto en contacto con el párroco de Belchite Nuevo, quien nos ha asegurado que todos los días, entre las 12 y las 13 horas, se dispone de una discreta megafonía en el Pueblo de Belchite Nuevo que reproduce un himno a Nuestra Señora de Pueyo, patrona del lugar.

Analizando las diferentes grabaciones, tenemos suficientes datos para confirmar que los cánticos remitidos por el investigador Joaquín Abenza y las decenas de pruebas sonoras con estos coros que nos van llegando, grabados a plena luz del día, tienen que proceder necesariamente de esta fuente. Aunque exista una distancia importante y no sea perfectamente audible en algunos casos para las personas que lo han grabado, los sistemas de captación electrónica sensible registran esta banda sonora tan especial que hemos comparado y estudiado.

El asunto de los «cánticos diurnos» de Belchite parece, por tanto, prácticamente resuelto. Nuestra obligación, como siempre, es dar los resultados en cuanto nos lleguen. En tiempo real y con luz y taquígrafos.

En torno al resto de los nutridos fenómenos registrados y vividos en Belchite, por el equipo de Cuarto Milenio y por las horas y horas de material de audio y vídeo que nos va llegando de todas las partes del país, no tenemos una explicación satisfactoria.

Gracias a todos por uniros en este proyecto de investigación

multidisciplinar. Seguiremos con nuestras pesquisas, para intentar aclarar este misterio que tanto nos fascina.

Iker Jiménez

Aprovechamos también para anunciarlo en radio y televisión; parecía como si haber hallado respuesta al menos a un enigma, nos hubiera dejado cierto poso de tranquilidad.

Sin embargo, aún preservábamos la siempre involuntaria inquietud que produce la incertidumbre. Con ella, seguía manteniéndose más viva que nunca la idea de regresar. Quizá para entonces el misterio siga aguardándonos...

Expediente 2:

La tragedia de Rocas Altas

«LAS CAMPANAS DOBLABAN INTERMITENTEMENTE A MUERTO Y DE LOS PÓRTICOS DEL TEMPLO SURGÍA EL LORO SIN CONSUELO DE LAS MUJERES. DENTRO, BAJO UNA ATMÓSFERA CADA VEZ MÁS DENSA, LOS FÉRETROS ERAN ALINEADOS EN LA NAVE DESPROVISTA DE BANCOS. EL SUELO CUBIERTO DE SERRÍN SE CONVERTÍA ASÍ EN ÚLTIMA ETAPA DE CIENTOCUATRO CUERPOS ROTOS POR EL ABSURDO»

Diario de Mallorca, 09/01/72.

Un contraste excepcional

Aquella calurosa tarde de agosto de 2011 un cielo en llamas se desangraba sobre el punto más alto de Ibiza: Ses Roques Altes. Dentro de unos meses se cumplirían 40 años del que en su momento fue el segundo accidente aéreo más grave de la historia de España. Un Caravelle chocó contra el punto exacto en el que me encontraba, lanzando por los aires los restos de aquel vuelo de Iberia. Los 104 pasajeros fallecieron instantáneamente, pasando a formar parte de un escenario dantesco que aún hoy nadie ha podido olvidar.

Un calor asfixiante dificultaba el ascenso por la ladera de aquella montaña de 325 metros de altitud. Un paraje casi selvático, donde los pájaros y chicharras cantaban, siempre a lo lejos, mientras las lagartijas correteaban bajo nuestros pies. Sin embargo, enclavado en aquel lugar de vida, se erigía un vetusto memorial como una oda a la muerte. De varios metros de altura, el altar producía un verdadero impacto visual en medio de aquel espacio virgen. Tras él se alzaba la imagen de un Cristo crucificado, de un verde casi fantasmal y, junto a él, más de un centenar de nombres que ascendían desde un suelo pétreo hasta el techo de hormigón. Era la lista completa de las víctimas. En ella había grupos que compartían los mismos apellidos y recordé entonces un titular del semanario *El Caso*, que llevaba en una carpeta bajo mi brazo: «Han desaparecido familias enteras»^[2]. En una de las paredes de piedra, habían escrito un mensaje que parecía corroborar los testimonios de personas que han tenido extrañas experiencias precisamente allí: «La vida no termina. Se transforma».

A la izquierda del memorial alguien había colocado una rudimentaria cruz de madera fabricada con dos troncos. A sus pies los visitantes y senderistas han ido colocando los restos del avión que todavía hoy se siguen encontrando en el espesor de la montaña. Entre la chatarra encontré el tacón de algún zapato, restos de un cinturón de seguridad y el fragmento quemado de alguna botellita que las azafatas vendieron poco antes del impacto. También allí, a los pies de la cruz, descansaban varias velas rojas ya gastadas y sin mecha.

Continué entonces ascendiendo hasta llegar al enorme precipicio contra el que chocó el IB-602. Frente a mí, a un centenar de metros, se extendía el Mediterráneo, salpicado por pequeños islotes como Es Vedrà. Desde aquel lugar no era difícil imaginar la escena del accidente. Una tragedia cuyas causas siguen sin resolver cuatro décadas después.

Precisamente allí surgió una historia paralela que parecía guardar cierta relación con el accidente. Un grupo de jóvenes vivió una noche de terror tras una acampada nocturna veinte años después de la tragedia. Aquella historia parecía formar parte del conjunto de leyendas urbanas del lugar. Sin embargo, conseguí encontrar a uno de

aquellos jóvenes. Lo cierto es que, pese a mi esfuerzo, no conseguí que subiera a acompañarme a aquel lugar que, años después de su experiencia, aún sigue produciéndole una enorme inquietud.

7 de Enero de 1972

Aquel viernes muchas familias regresaban a su hogar tras las breves vacaciones de navidad. El aeropuerto de Madrid-Barajas se encontraba a rebosar de gente cargada con su equipaje. Algunos corrían apresurados a su puerta de embarque mientras otros rezagados se agolpaban en las ventanillas de algunas compañías aéreas para intentar conseguir un billete a última hora, labor que a esas alturas resultaba bastante complicada.



En el interior de los bosques de Ses Roques Altes yace el memorial en recuerdo a las víctimas del accidente de 1972.

Uno de los primeros aviones que ejercía la ruta Madrid-Valencia-Ibiza era el IB-602, bautizado como Tomás Luis de Victoria en honor a un músico barroco que se había hecho famoso por el *Réquiem Oficcium defunctorum* (*Oficio de difuntos*). En su puerta de embarque esperaban, entre otros, la familia Richart, que debería haber regresado a Ibiza el día 5 pero decidió aplazar el viaje en el último momento, sin saber que acabaría formando parte de una macabra lotería.

El comandante, José Luis Ballester Sepúlveda, con más de 7.000 horas de vuelo a sus espaldas, había llegado al aeropuerto. En aquellos últimos momentos en pie se

tomaron muchas decisiones, fruto del azar unas y de extraños presentimientos otras, que acabaron siendo cruciales para la vida de muchas personas.

Uno de los casos más sonados fue el de Smilja Mihailovitch, una señora yugoslava de gran fama en Ibiza que durante años copó las portadas del papel *couché*. Quizá fue el destino quien quiso que aquella princesa, como se hacía llamar en los ambientes más selectos, se encontrara aquella mañana con un viejo amigo que se ofreció a llevarla en su avioneta privada.

Ella aceptó y, horas más tarde, para su sorpresa —también para la angustia de sus familiares—, escucharía su nombre en la radio, en el listado provisional de víctimas que ofreció Iberia.

Otro matrimonio, bastante frustrado en el momento por no haber conseguido pasaje en el avión, tuvo que hacer el viaje en barco, esquivando así, sin saberlo, la bala casi certera de aquella ruleta rusa. Aquel mismo día la hija de Trini de Figueroa, una afamada escritora de novela rosa de la época, decidió en el último momento pasar en Madrid un día más, aprovechando el fin de semana, por lo que aplazó su billete. La suerte sonrió también aquel día a cuatro obreros de Villarrobledo que no pudieron embarcar porque habían olvidado recoger los pasajes que habían comprado en una agencia. También dos jóvenes, hijas de un matrimonio que sí viajaba en el avión, decidieron a última hora y sin motivo aparente quedarse en Villarrobledo. El padre del propietario del *Diario de Ibiza* en aquel momento, Francisco Fernández Rica, también decidió aplazar su viaje a última hora, así como un importante notario ibicenco adelantó el vuelo al día anterior del accidente aunque para su sorpresa, apareció también en el listado de víctimas provisionales.

Pese a aquellas bajas de última hora, sus asientos fueron ocupados rápidamente por otras pobres gentes que se creyeron afortunadas por haber conseguido un pasaje de regreso.

Por las conversaciones registradas en la caja negra, el vuelo transcurrió con absoluta normalidad hasta las 12.16, momento en que el tiempo se detuvo para aquellas 104 personas. El reloj, encontrado después a varios kilómetros del punto de impacto, se había parado a esa hora exacta. Para entonces, los restos del avión fueron esparcidos en un radio de más de 6 kilómetros.^[3]

La causa oficial de la tragedia fue un banco de niebla y una llovizna que despistaron al piloto, haciéndole creer que seguía sobre el mar, cuando en realidad iba a chocar con la ladera de la montaña. Según publicó el diario *ABC*: «Existe una muy significativa coincidencia: nadie se explica en Ibiza cómo el Caravelle siniestrado fue a pasar por el único lugar donde debía haber niebla, ya que en el resto de la isla parece ser que lucía el sol templado propio de estos meses, pero radiante».^[4]

Se encontraba a tan sólo 15 kilómetros del aeropuerto y el avión había iniciado ya la maniobra de aterrizaje. Llama la atención la variedad de versiones ante esos

últimos minutos. Por ejemplo, algunos medios publicaron que las últimas palabras del comandante fueron: «Prepara unas cervezas, que ya estamos»^[5], mientras que en otros medios se publicó que la última conversación, en tono amistoso, trató sobre los regalos del día de Reyes^[6]. Aunque parezca carecer de relevancia, para muchos estudiosos del tema aquella conversación pudo tener cierta relevancia en una concatenación de fatalidades que acabaron en tragedia. Por ejemplo, José Luis Mir, director del documental *IB-602*, afirmaba durante nuestra entrevista que quizá durante aquella conversación el piloto acabó despistándose, chocando así con la ladera de El Morteret, un pico de 470 metros de altitud. Sea cual fuera aquella conversación, la auténtica disputa entre los expertos tiene que ver con las causas de la tragedia, pues aunque oficialmente fue causada por la niebla, para muchos existen otras razones.

Una de las teorías tiene que ver con el altímetro, el instrumento de navegación que calcula la altitud de vuelo. Dicho instrumento jamás fue hallado y podría tener la respuesta a las causas del accidente. Para muchos, existe un triángulo en la zona donde se producen con relativa frecuencia alteraciones magnéticas. Dicho triángulo está formado por Ibiza, Es Vedrà y Mallorca. De hecho, se ha estudiado cómo, en ocasiones, algunas aves y embarcaciones pierden el norte en dicho lugar. Para los más fervientes seguidores de las teorías de conspiración, se trataría de un reducido «triángulo de las Bermudas». Pues bien, hay quien asegura que el altímetro pudo verse afectado por aquellas alteraciones magnéticas, despistando así al piloto.

Una escena dantesca

La apacible mirada de Nito Verdera se transformó por completo cuando empezó a describirme lo que había visto con sus propios ojos la tarde después del día de Reyes del 72. Aquellos ojos, que habían observado lo más parecido a un infierno en la tierra, adquirirían un brillo especial, anegados por unas lágrimas de las que ni él mismo era muy consciente, como un ligero llanto silencioso, discreto e involuntario.

Periodista de raza, fue autor de impactantes crónicas para el *Diario de Ibiza*. Como tal, tuvo que desplazarse al lugar de los hechos sólo unas horas después del accidente. Al principio se creía que el avión había caído al mar, pero un vecino de la zona, el profesor Juan Mari Tus, que escuchó un ensordecedor bramido que pareció partir el cielo en dos, decidió acudir al sitio donde se produjo aquella especie de bombazo. Guiado por un fuego lejano y por un olor a carne quemada que describirían después todos los allí presentes, fue el primero en hallar los restos del avión.

Después llegó un grupo de 200 soldados que, según algunas fuentes, tenían que emborracharse para aguantar aquella escena. José Luis Mir difiere y afirma que sólo se subieron 6 botellas de coñac para aquellos valientes hombres. Según me comentaba la reputada criminóloga y periodista de sucesos de la isla, Cristina Amanda Tur, aquellos soldados eran prácticamente chavales de 18 ó 19 años, del Regimiento Teruel, y aquello debió ser lo peor que vieron en sus vidas. A la par llegó también un reducido grupo de periodistas entre los que se encontraba Nito Verdera.

—*Cuando llegamos estaba atardeciendo*—me comentaba el periodista en el salón de su casa, rodeado de libros, manuscritos y legajos—, *por lo que apenas veíamos nada. Recuerdo que, al ir andando por las rocas, me escurría constantemente y estuve a punto de caerme en varias ocasiones. Cuando miré hacia abajo, descubrí que mis pies estaban pisando sangre y grasa humana incrustada entre las piedras.*

Aquella fue la primera imagen. La primera de muchas. José Luis Mir me contaba cómo la mayoría de los cuerpos fueron encontrados partidos por la mitad, a causa del impacto con el cinturón de seguridad. De los pinos colgaban ropajes calcinados convertidos en harapos y restos humanos enganchados en las ramas. El diario *La Vanguardia* publicó: «Los restos humanos aparecían por todos lados, incluso en ocasiones incrustados en piedras y árboles»^[7]. Apenas quedaban cuerpos completos y el número de víctimas se calculó uniendo las cabezas con los miembros que iban encontrándose sobre la marcha. De hecho, sólo pudieron identificarse 40 cadáveres.^[8] Aunque los voluntarios realizaron una excelente labor de rescate de los cuerpos, el territorio rocoso y lleno de vegetación dificultó aquel trabajo; de hecho, aún hoy se siguen encontrando pequeños restos del avión en la zona. Incluso, según recordaba

José Luis Mir, dos años atrás una mujer de su entorno encontró una mandíbula incrustada ya al saliente de un precipicio, mientras hacía senderismo.

Como es lógico, ante una situación de emergencia, muchos fueron allí obligados sin estar preparados para algo semejante, aunque creo que nadie podría estarlo nunca. Muchos padecieron crisis nerviosas cuando llegaron a casa y el propio Nito Verdera fue aquejado por eccemas, temblores y otros síntomas cuyo diagnóstico tenía también que ver con una grave crisis de ansiedad. De hecho, a día de hoy, aún le tiembla el pulso cuando recuerda aquellas escenas. Yo mismo fui testigo de esa transformación mientras refrescaba su memoria como el que vislumbra y a la vez digiere el horror más absoluto.

Un calor asfixiante y pegajoso, al que aún no nos habíamos acostumbrado, inundaba la pequeña casa de Nito, mientras éste seguía ofreciéndonos detalles de aquel suceso.

—Otra muestra de que nadie esperaba algo así es que en Ibiza no había suficientes cajas mortuorias. Sólo tenían unas 40 y tuvieron que traer el resto desde Barcelona. Un avión cargado de ataúdes.

—Debió ser un impacto enorme para toda la isla —comenté, intentando rellenar un silencio generado por la emoción del recuerdo.

—No te quepa duda. De hecho, sigue siendo una de las peores tragedias aéreas de nuestro país.

Precisamente aquella mañana, recién bajados del avión, habíamos visitado el Cementerio Nuevo de Ibiza, de inmaculadas paredes blancas, deslumbrantes por el impacto del sol. Sus tumbas y mausoleos bordean en espiral una colina desde cuya cima puede verse gran parte de Ibiza. A la misma entrada, a mano derecha, se encuentra una pequeña parcela donde descansan las víctimas de la tragedia. La periodista Cristina Amanda Tur, desde el estudio de su programa de televisión, nos comentaba cómo aquellas víctimas inauguraron el cementerio nuevo de Ibiza.

—En aquel momento estaba previsto un cementerio nuevo, pero no estaba inaugurado. La urgencia de aquel hecho hizo que tuviera que abrirse una fosa para ellos en aquel lugar. De hecho, el terreno estaba sin bendecir y tuvo que hacerlo deprisa y corriendo el obispo auxiliar, el mismo que ofició los funerales.

Tras el espanto y las pesadillas, fueron el dolor y la consternación quienes se apropiaron de la isla. Los familiares llegaron a la iglesia del apacible pueblo de Sant Josep de Sa Talaia donde, entre escenas desgarradoras, se ofició el funeral de las 104 víctimas.

Semanas después la compañía Iberia indemnizó a los familiares con medio millón de pesetas por cada una de las víctimas^[9] y los medios de comunicación fueron olvidando aquella historia con la llegada de otras de mayor actualidad. Desde entonces, cada año se oficia una misa en recuerdo de las víctimas, aunque son

muchas las personas que no conocen su historia como pude comprobar durante los días que allí pasé. Otras, como María Luisa Álvarez, la habían escuchado de boca de los valientes trabajadores que ayudaron en la recogida de los cuerpos. En este caso, fue su padre quien había desempeñado dicha labor.

A María Luisa nunca le interesó aquella historia. Hasta que, en 1991, pareció verse inmiscuida en ella de manera indirecta...

Noches de terror en Sa Talaia

Como ocurre en lugares donde lo funesto parece haber fijado su atención, el escenario del accidente quedó ya marcado para siempre. El lugar, sólo transitado por algún que otro senderista, permanece hoy en la más absoluta soledad. Algunos habitantes lo miran de reojo cuando pasan por debajo. Otros llevan años sin subir hasta allí a raíz de experiencias personales que les cambiaron para siempre. Personas marcadas por un lugar marcado.

María Luisa Álvarez es una conocida y respetada taxista de Ibiza. Desde hace años recorre la isla de punta a punta, pero se niega a subir a Sa Talaia a raíz de una experiencia que allí vivió en el verano de 1991.

El calor estival y los meses de vacaciones dieron lugar a que decidiera pasar una noche de acampada en aquella tranquila zona ibicenca junto a tres amigos. Alejados del barullo propio del verano, Rafa, Coco, Ana y Marisa pasarían una velada diferente y original.

Acostumbrados al senderismo y al contacto permanente con la naturaleza, el grupo dejó el coche en un pequeño aparcamiento y ascendió a pie por el sendero de tierra hasta llegar a la explanada donde se erige el memorial a las víctimas. Un silencio solemne y tácito envolvió al grupo en aquellos primeros instantes. Conocían de refilón lo que allí había ocurrido, pero nunca habían estado en el lugar.

Cuando empezaba a atardecer, los amigos levantaron allí la tienda de campaña donde iban a pasar una noche que prometía ser agradable. El cielo se encontraba completamente despejado, mientras un sutil e hipnótico vaivén de luz estelar inundaba el firmamento. Nada hacía presagiar lo que allí iba a ocurrir.

Eran ya las 11 cuando el frío propio de la montaña obligó a que aquellos jóvenes se resguardaran en el interior de la tienda. Conectaron un quinqué a la batería del coche y, después de cenar, decidieron jugar a las cartas. En aquel momento, nadie se dio cuenta de que algo estaba rodeándolos lenta y sigilosamente. Hasta que llegaron los gritos.

Pasaban las once de la noche cuando todo comenzó. Algo atrozador pareció emerger entonces de lo más profundo del bosque, mientras el lugar se llenaba poco a poco de una densidad especial. Unos gritos desgarradores surgieron de la nada.

—*Aquellos eran gritos de dolor*—contaba Marisa mientras me mostraba cómo el vello de su brazo se había erizado al recordar la historia—. *Unos gritos que iban a más y a más. Los escuchamos todos a la vez.*

—*¿Y procedían de algún lugar concreto?*—pregunté asombrado.

—*No, parecían salir de todas partes. Pero es que eran gritos de muchísima gente, no es que fueran dos o tres personas, no. Allí se escuchaban muchísimos gritos, y*

todos a la vez...

En ese instante, la luz del quinqué, que hasta entonces había iluminado aquel espacio de forma sutil pero eficaz, empezó a atenuarse lentamente hasta apagarse por completo, dejando sumidos a los cuatro amigos en la más absoluta oscuridad. En el exterior, aquellos alaridos parecían acercarse cada vez más, hasta llegar a escucharse entre las ramas que rodeaban la tienda, helando la sangre de todos los allí presentes.

Se produjo entonces una disputa en el interior de la lona. Rafa y Coco querían salir a comprobar quién estaba produciendo aquel ruido ensordecedor, mientras que Ana y Marisa imploraban casi de forma infantil para que no salieran al exterior.

Los dos jóvenes acabaron saliendo a inspeccionar la zona y, al cabo de unos minutos, los chillidos fueron mitigándose hasta hacerse prácticamente inaudibles.

—Al cabo de unos minutos, cuando ya casi habíamos recuperado la calma por completo, volvimos a escuchar los gritos. Otra vez fueron de menos a más, hasta parecer que estaban gritando fuera. De nuevo, la luz que había vuelto, comenzó a menguar. Es curioso, pero cuanto más gritaban, más a oscuras nos quedábamos...

—¿Llegasteis a escuchar alguna palabra? —pregunté mientras tomaba nota de todo en mi inseparable cuaderno Moleskine.

—Nada, ni una sola palabra. Sólo como un barullo de fondo y muchos gritos. Gritos que se escuchaban lejos, hasta acercarse tanto que parecían rodear nuestra tienda.

—¿Y cuánto calculas que duró aquello?

—No sabría decirte, pero a nosotros se nos hizo eterno. Totalmente a oscuras, nos juntamos en el centro de la tienda, por miedo a que alguien pudiera tocarnos desde fuera a través de la lona. Así pasamos la noche. Quizá pasó media hora hasta que aquello dejó de escucharse, pero nosotros estábamos tan impactados que no nos atrevimos a salir de la tienda hasta que amaneció.

—¿Es cierto que no has vuelto al lugar desde entonces?

—Totalmente cierto. Ese día le hice la cruz y, en más de 20 años, no he regresado. Ni pienso hacerlo.

El testimonio de Marisa no es único, aunque sí de los más impactantes. Durante mi estancia en Ibiza pude hablar con Vicente Boned, un gran conocedor de la isla que lleva un *blog* de fotografía con bastante éxito en la red. En varias ocasiones ha tenido que guiar a senderistas conocidos por la zona y muchos de ellos, sin conocer la historia de lo que allí había pasado —es decir, sin posibilidad de sugestión previa—, aseguraron haber sentido náuseas, un agotamiento especial y toda clase de sensaciones negativas que suponen un enorme contraste con la serenidad que transmite el lugar a simple vista.

Otro testigo, K.M.N —sólo sus iniciales, pues por ser una persona importante y conocida no me permitió contar su historia públicamente— llegó a grabar extraños

sonidos en un viejo casete en 1995 cuando, atraído por el lugar, decidió subir hasta allí para hacer pruebas psicofónicas. Caía la tarde cuando pasó a escuchar, in situ, lo que había grabado. Al parecer, se habían registrado unos gritos lejanos y desgarradores que él no había escuchado mientras estaba allí. Tiró entonces la cinta al suelo y se marchó despavorido.

También me hizo referencia a esta clase de episodios la periodista Cristina Amanda Tur. Según me contaba hubo unos años en que varias personas acudieron hasta allí para grabar psicofonías y muchos escucharon el material en el lugar. En aquellos días era más o menos habitual encontrarse alguna cinta colgando de los árboles, mecida por el viento. Pertenecían a personas que, asustadas por lo que habían grabado, las habían lanzado para perderlas de vista.

Por supuesto, había testimonios de senderistas que, caminando por la zona en soledad, habían escuchado también aquellos sonidos que parecían ecos de otro tiempo. Por ello, decidí hacer una última prueba: subir a Rocas Altas durante mi última noche en Ibiza y pasar allí unas horas en completa soledad...

Donde no cantan los pájaros

Había caído la noche y septiembre se iniciaba con un ligero viento que agradecemos tras el asfixiante calor de los días anteriores. Mi compañero de viaje, Marcos Macarro, cámara del programa televisivo *Cuarto Milenio*, conducía atento a cualquier imprevisto que pudiera salirnos al paso. La ruta no es fácil, menos de noche. Un estrecho camino de tierra serpentea junto a un barranco durante varios kilómetros ante la única luz de los faros del coche.

Viajábamos con las ventanillas bajadas y el aire rozando nuestros rostros. Sobre nosotros, un cielo oscuro y vaporoso parecía anunciar lluvia. De pronto, nos encontramos ante una encrucijada. Olvidamos tomar un desvío que había quedado escondido por la oscuridad y llegamos a la entrada de un coto privado, cerrado con una cadena oxidada. Con un mortal precipicio junto al coche, Marcos tuvo que dar marcha atrás varios metros mientras yo le indicaba desde el camino con cuidado para evitar sufrir un grave accidente. Fueron minutos de tensión, hasta que volvimos a encontrar nuestro camino.

Media hora después, llegamos a una explanada natural llena de pequeñas piedras blanquecinas y utilizada como aparcamiento para los visitantes. Justo allí, en un lateral, se abría un estrecho sendero, como un pequeño túnel escavado entre la maleza, plagado de ramas y arbustos que llegaban a generar una gran sensación de aislamiento y claustrofobia.

Cogí mi cámara night shot y el teléfono móvil.

—*No creo que pase nada, pero si ocurriera algo, te llamo* —le dije a Marcos mientras cerraba la puerta del maletero.

¡Bloc! El golpe seco resonó con fuerza.

La intención era subir al lugar y experimentarlo en soledad mientras grababa algunos recursos para el programa. Siempre he pensado que la mejor forma de contar una historia llega después de haberla vivido a fondo y, para ello, había que empaparse de los recortes de prensa, de las entrevistas con los testigos, pero también de las sensaciones que transmite un lugar. La mejor forma de sentir un espacio es palpándolo a solas, en el más absoluto silencio, sin distracciones.

Me interné entonces en aquella especie de puerta natural, entre el espesor del bosque silencioso. Tan sólo escuchaba mis pasos sobre el camino y el sonido de algún reptil entre los arbustos. Recordé otra de las cosas que el documentalista José Luis Mir había publicado en un importante diario ibicenco: en el lugar no cantan los pájaros. ^[10] Como el inquietante silencio que se apoderara de un lugar sin vida. Curiosa dicotomía en plena montaña.

Llevaba andando 10 minutos en absoluta soledad, con la luz de mi linterna como

única aliada contra la negrura más absoluta. Miré mi teléfono móvil y me di cuenta de que me había quedado sin cobertura. «Ya volverá», pensé con cierta inquietud.

He de reconocer que, en aquel largo paseo por un espacio tan cerrado y oscuro, tuve que volver la vista atrás en varias ocasiones por los miedos naturales que produce la sugestión.

A la izquierda del camino se encontraba entonces un enorme pozo de piedra ya cegado. Poco más adelante, dos largos escalones de piedra indicaban que había llegado a mi destino.



A los pies de una rudimentaria cruz, la gente apila los restos del avión que aún hoy siguen encontrando por la zona.

Me abrí paso entre las ramas de unos pinos y ascendí la escalinata. Entonces un enorme escalofrío recorrió mi columna vertebral de abajo a arriba. Frente a mí se encontraba el memorial a las víctimas. Entre las sombras, aquella oda a la tragedia causaba una ambigua sensación. Por un lado el respeto lógico, pero por otro era capaz de despertar los terrores más ancestrales que conviven con nosotros. Me acerqué despacio mientras alumbraba a la imagen de aquel crucificado de color verde mate. Sobre el pequeño altar descansaban algunas tuercas oxidadas junto a trozos de la carcasa del Caravelle. Todo seguía tal como la tarde anterior. Sin embargo no parecía el mismo lugar.

Podía imaginar cómo sería la sensación de escuchar allí aquellos gritos desgarradores. ¿Cómo reaccionaría? Porque echar a correr por un sendero virgen en completa oscuridad no sería, desde luego, la mejor solución. Más bien todo lo contrario. No sería la primera persona que sufre un accidente al dejarse llevar por la sugestión.

Continué grabando el lugar con aquella cámara que me devolvía una imagen verdosa a través del visor. Algo se movió entonces entre la maleza. Quizá algún animal grande, porque llegué a ver los matorrales agitándose con fuerza.

La sugestión estaba empezando a hacer de las suyas. Todo ello, unido a los sonidos naturales del lugar y a las historias de los testigos que volvían con fuerza a mi cabeza, hicieron que quisiera marcharme de allí cuanto antes.

Me senté unos minutos en un banco de piedra junto al memorial y apagué la linterna, quedando completamente a oscuras. Imaginé entonces cómo debió ser el doloroso día en que 104 personas que querían regresar a Ibiza jamás lo hicieron. La noche eterna en que un grupo de hombres valientes y fornidos se encontraron allí con el horror y la desolación en estado puro. Posiblemente, fue la noche más larga de sus vidas. Pensé también en la velada de terror de los cuatro jóvenes, precisamente en aquel lugar. ¿Pudo ser un episodio de histeria colectiva o efectivamente un lugar puede quedar marcado por la tragedia, haciendo que ésta resuene años después como un eco lejano?

Pese a que la intención era pasar allí varias horas, decidí adelantar el descanso. La inquietud llegaba a ser opresiva.

Con el paso acelerado y la respiración agitada, llegué al coche a los treinta minutos.

Horas después, ya en la habitación del hotel, la pregunta sobre cuál sería mi reacción de vivir una experiencia como la de Marisa. Seguía resonando con fuerza en mi cabeza. Pero lo cierto es que, a día de hoy, nadie ha sabido darle respuesta.

Expediente 3:

Los fantasmas del Nalón

«LA ACTUALIDAD LANGREANA DE LAS ÚLTIMAS HORAS SE HA VISTO SACUDIDA POR LA NOTICIA DE QUE UN EXTRAÑO FANTASMA CAMPA POR SUS RESPETOS EN LA PARTE ALTA DEL VALLE DEL NALÓN»

La Nueva España, 18/11/76.

Cuerpos en el jardín

La fonda a las afueras de León estaba completa. La mayoría de las robustas mesas de madera estaban ocupadas por solitarios camioneros que comían pacientemente. De las paredes de ladrillo colgaban cuadros con paisajes, cielos y riachuelos que no parecían de la zona. El camarero, con chaleco y corbata, acababa de servirme una humeante sopa castellana propicia para aquel lluvioso día de mayo.

— *Veo que lleva un buen puñado de papeles sobre fantasmas* —me dijo tras colocar el plato sobre la mesa, mientras yo ordenaba los recortes de prensa que había esparcido sobre la superficie.

—*Son noticias de un caso asturiano de hace treinta años... Un supuesto fantasma atemorizando a una pequeña población minera* —contesté.

—*¿Y va usted para allá?* —preguntó, quizá por cortesía.

—*Sí, he localizado a las personas que vivieron aquello. Curioso, ¿no? Aún nadie en el pueblo ha olvidado esta historia...*

—*No me extraña, caballero. Yo le preguntaba porque en casa nos han pasado cosas bien raras últimamente.*

Lo miré con cara de curiosidad, por lo que acabó contándome su propia experiencia en el interior de su hogar, donde algunas noches alguien le aporreaba la puerta de su dormitorio sin haber nadie allí y había llegado a ver salir una sombra que se desplazaba por el pasillo desde la cocina al salón.

Había bajado el tono de voz, como el que cuenta un importante secreto, haciendo que apenas pudiera escucharlo con las noticias de la televisión. «Pero no quiero quitarle más tiempo, que se le va a enfriar la sopa», terminó el amable camarero.

No era la primera vez que alguien, tras darse cuenta de que me interesaba por este tipo de historias, se animaba a contarme sus experiencias. Pero ésta era, sin duda, una de las más impactantes que había escuchado recientemente. Empecé a comer la sopa, entrando por fin en calor. Seguí revisando entonces los recortes que tenía sobre la mesa...

Las primeras informaciones llegaron de la mano de *La Nueva España*, en su sección Comarca del Nalón. Así, el dieciocho de noviembre de 1976 publicaban el primer titular de muchos. Era escueto, pero directo; una sola palabra: «Fantasmas». Continuaba: «La actualidad langreana de las últimas horas se ha visto sacudida por la noticia de que un extraño fantasma campa por sus respetos en la parte alta del valle del Nalón».^[11] Pronto el caso empezó a interesar a toda la comarca e, incluso, a toda España, hasta aparecer publicado en *Diario 16* bajo el titular: «Un fantasma aterroriza Oviedo». Continué leyendo: «Al parecer, un fantasma tiene atemorizadas a las gentes de las localidades asturianas de Sotrondio, El Entrego y Carbayín».^[12] Hasta llegar a

uno de los más impresionantes titulares sobre el caso: «El fantasma denunciado a la Policía Municipal». Fue Miguel Fernández García, director del matadero municipal, quien interpuso la denuncia en la Inspección de La Felguera. El texto decía: «Sobre las dos de la madrugada del pasado domingo se produjo la repentina aparición de una cosa vestida de blanco que me mandó rezar. Cuando inmediatamente abrí la puerta, la cosa había desaparecido».^[13]

Días antes me había encargado de anotar los nombres que aparecían citados en los artículos y había recorrido todo el listín telefónico de Langreo tratando de dar con aquellas personas. Había intentado incluso localizar la denuncia, pero la funcionaria con la que había hablado casi a diario me explicaba que al haber pasado más de treinta años, lo más posible es que aquel documento estuviera perdido entre los miles de escritos burocráticos que se almacenan en el ayuntamiento.

En el listín telefónico había localizado a un Miguel Fernández García, de Langreo. ¿Sería el mismo que denunció al fantasma? Cuando di con él me explicó que no tenía nada que ver con esa denuncia, pero que sí recordaba perfectamente aquella historia y el miedo que pasó en aquellos días.

—*Recuerdo* —me dijo— *que tocaba la guitarra en un grupo de música y tenía que ir a una aldea cercana donde nos juntábamos todos los amigos para ensayar. Me gustaba tanto la música que nunca tomé la opción de encerrarme en casa. Pero sí recuerdo que fueron noches de miedo; apenas había nadie por la calle, la gente no llevaba a sus hijos al colegio. Cuando tenía que caminar por las afueras para llegar a la aldea en soledad, lo hacía rápidamente, mirando hacia atrás constantemente, porque iba con miedo de encontrarme con el fantasma...*

También había localizado a Carmen B., una importante y prestigiosa señora de Oviedo que, en aquella época, por ser directora de la delegación asturiana del Instituto Internacional de Investigaciones Parapsicológicas, fue consultada por diversos medios de comunicación.

—*Aquel es un lugar dramático y quizá a eso se deba la aparición de ese personaje del más allá* —me había explicado a través del teléfono—. *Le voy a contar sólo una historia. Una de muchas. Me lo contó una anciana hace unos años. Ella vivía en un poblado minero a orillas del Nalón. Todo fue a principios del siglo XX. Su hija estaba jugando en el jardín de una casa que les habían dado recientemente y que había sido ocupada antes por una familia de un minero que ya se había retirado. Un día la niña empezó a decir que en el patio había encontrado muñecos como el que ella tenía. La madre, que era la única que estaba en casa en ese momento, creía que eran cosas de niña. Pero cuando salió al jardín, vio que su hija, jugando a quitar tierra del suelo, había desenterrado los cuerpos de varios fetos.*

—*¿Fetos en el jardín?* —pregunté sorprendido.

—*Fetos en el jardín. De la familia anterior. Ella había abortado en varias*

ocasiones y habían enterrado los cuerpos frente a la casa. Como le digo, sólo es una historia. Ha habido muchos accidentes, muertos en las minas, por ahogamiento, niños perdidos... En fin, le digo toda esta información, pero yo no quiero tener nada que ver. Sólo le doy la pista para que usted tire del hilo.

Poco después la señora había colgado el teléfono, pidiendo que no volviera a llamarla. Al parecer, toda la historia del fantasma había dañado su prestigio entre la gente de la alta sociedad y no quería que aquello volviera a repetirse.



Titular de La Nueva España sobre la denuncia al fantasma por Miguel Ángel Fernández.

Aproveché para anotar aquellos detalles en mi cuaderno mientras terminaba de comer.

Minutos después salí al coche y continué el viaje hasta Langreo. Poco a poco el cielo iba nublándose aún más y, en ocasiones, la fina llovizna golpeaba los cristales generando una percusión ancestral. En el exterior, ya cerca de Mieres, la niebla se adueñó de la carretera haciendo imposible la conducción a más de 30 km/h.

Habían pasado casi 6 horas desde mi salida de Madrid cuando, a la derecha de la carretera, apareció un cartel cuya única palabra, negro sobre blanco, había leído en repetidas ocasiones durante los días anteriores: Langreo.

Con el cielo aún encapotado fue inevitable imaginar lo ocurrido a través de los artículos que el periodista Benjamín Fuelle había escrito para *La Nueva España*...

Denuncia a un fantasma

Eran las dos de la madrugada de un oscuro domingo de otoño. Miguel Fernández García, vecino de Langreo (Asturias), era una de las pocas personas que aún permanecía despierta. Su labor de vigilante en el matadero municipal lo mantenía en pie durante toda la noche, haciendo rondas constantes por la zona de La Felguera. Eran tiempos difíciles; la minería, principal fuente de ingresos de la zona, vivía un momento de crisis y agitación. Aquello le afectaba indirectamente; nunca se sabía cuándo alguien podía intentar colarse para conseguir, de forma desesperada, alimento para su familia.

Miguel estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones tras largas noches de experiencia. Nunca se había llevado un susto; hasta el momento su trabajo sólo había consistido en echar a algún gamberro que se había colado en la zona para gastarles alguna broma. Sin embargo, últimamente había algo que sí conseguía inquietarlo. Bajo los resplandores de una tormenta cercana, comenzó a recordar las historias que había leído en la prensa local y que le habían contado ya algunos vecinos. Desde hacía una semana, lo imposible había empezado a aparecerse en los desolados caminos aledaños a Langreo. Al parecer ya habían sido varios los mineros que, en completa soledad, regresando a casa tras la dura jornada laboral, habían atisbado a lo lejos dos puntos rojizos. Justo por la zona que ellos debían atravesar hasta llegar al calor de sus hogares. Dos resplandores hipnóticos, flotando sobre la nada...

Pensando en algún tipo de felino, aquellos vecinos continuaron su camino sin saber que aquella decisión marcaría sus vidas para siempre. «Aquello no era algo de este mundo», confesaría uno de los testigos posteriormente. Aquellos puntos de luz eran los ojos de un ser ensotado que se aparecía en los estrechos y solitarios caminos de tierra. Otros afirmaban que era algo blanco, etéreo, incluso que llevaba una cruz en el pecho. Así, mientras unos, presas del pánico, habían echado a correr sin mirar atrás, otros habían llegado a arrodillarse para rezar, siendo testigos, inmediatamente tras abrir los ojos, de que el fantasma había desaparecido, desafiando a las leyes de la lógica.

Miguel iba tan absorto en sus pensamientos que cuando una extraña figura le salió al paso no sabía si era parte de su imaginación. Recortada en la oscuridad había una inmóvil figura blanquecina que parecía limitarse a mirarlo. ¿Sería algún gamberro intentando asustarlo con todo aquello? Si era así no tenía ni pizca de gracia... «¡Oye, tú! ¡No juegues con estas cosas!», le gritó tembloroso.

Pero aquel personaje no se movía. Seguía mirándolo fijamente entre las sombras con un traje talar que ondeaba al viento. Con una mirada casi infernal. Visión imposible portadora, seguro, de malos augurios.

Lejos de huir, Miguel corrió hacia el lugar donde lo había visto, tras una verja. Pero cuando llegó al lugar y abrió la puerta, allí no había absolutamente nadie. El visitante había desaparecido delante de sus ojos.

Consciente entonces de haber vivido una escena imposible, echó a correr hacia la comisaría de Policía.

Los agentes inspeccionaron entonces la zona durante varias horas, pero no encontraron un solo indicio de la aparición.

Desde esa noche, a fecha de 28 de septiembre de 1976, con hora de 2 de la madrugada, yace perdido en los archivos municipales de Langreo un enigmático documento: la denuncia a un fantasma...

En los días posteriores fueron muchos los que aseguraron ver al extraño personaje. Fue tal el pánico colectivo que se generó en el pueblo que se llegó a un acuerdo tácito. Una decisión que nadie había propuesto, pero que todos, voluntariamente, iban a llevar a cabo: cuando se ponía el sol, los vecinos de Langreo se encerraban en sus casas y atrancaban puertas y ventanas para no volver a abrirlas hasta el primer rayo de sol. La gente dejó de llevar a sus hijos al colegio y otros dejaron incluso de acudir a sus puestos de trabajo.

Sin embargo aquello no era solución para un problema que pronto se tornó más complicado de atajar, pues las apariciones comenzaron a ocurrir también a plena luz del día, incluso en las mismas callejuelas de Langreo. Parecía que aquel personaje se había aventurado a entrar en el pueblo, como si hubiera aprendido el camino hacia aquella población, obligando a la mayoría de las familias a dejar de lado sus quehaceres para no salir de sus hogares.

Semanas más tarde los vecinos dejaron de tener noticias del fantasma. Como si aquel invitado a quien nadie había llamado se hubiera marchado exactamente tal y como había llegado: sin avisar.

De noche no salía nadie

Un peculiar puente oxidado cruza el río Nalón a la entrada de Langreo. El mismo que vio morir a una vecina que se lanzó al vacío años atrás o a un anciano que se llevó la riada del invierno. Los vecinos no olvidaban aquellos datos que me contaban a pie de calle cuando les preguntaba por el fantasma y por las tragedias del río.

—*¡Claro que recuerdo lo del fantasma! Todos teníamos miedo de aquello y nos encerrábamos en casa cuando caía la noche. Es que de noche no salía nadie* —me respondió una señora a las puertas del ayuntamiento, en el distrito de Sama.

Otra de las vecinas, Aurora Cáceres, era también muy joven cuando ocurrió todo y volvió a remitirme a la tragedia como posible origen de aquel ser...

—*Es curioso que ocurriera en la zona de las minas. Desde 1900 ha habido grandes catástrofes de mineros muertos en accidentes. Quién sabe si el fantasma era uno de esos mineros que había muerto de forma trágica y andaba por ahí rondando...*

Tal y como confirmaba Aurora, la prensa se hizo eco de decenas de catástrofes acontecidas en los alrededores del río Nalón.

Por ejemplo, en 1974 dos mineros fallecieron sepultados por un desprendimiento de carbón en el pozo Venturo. En 1976 diez mineros perecieron asfixiados al intentar sofocar el incendio de una mina en Sama de Langreo. El día de Navidad de 1989 un terrible incendio causó el pánico en el interior de la mina El Carbayin causando la muerte de 4 mineros. En 1992 cuatro mineros fallecieron en un accidente en el interior del pozo Santa Bárbara. Podríamos continuar así durante páginas y páginas. Una crónica negra como el mismo carbón que acabó causando la muerte indirecta de decenas de trabajadores.

También hubo casos de gente desaparecida que se adentró en los bosques para no volver a aparecer con vida. Algunos ni siquiera volvieron a aparecer.

Es el caso de Pedro Gallego, conocido como «el niño de Serrallo». Con tan sólo 7 años desapareció a orillas del río Nalón en abril de 1974. Tanto la Guardia Civil como Cruz Roja y todos los vecinos de las poblaciones cercanas llevaron a cabo una incesante labor de búsqueda. Sus ojos tristes mirando a través de una página en blanco y negro de amarillentos titulares son lo único que queda de él. Cada año se incidía en su búsqueda, pero nunca se tuvo un solo dato sobre su posible paradero.

Otro caso fue el de Margarita Rubio, de 3 años de edad. Había ido a jugar con sus amigos en Pola de Laviana, que fueron los últimos en verla con vida. Horas después, uno de sus compañeros de juegos aseguró que «Margarita había ido a nadar al río». Esta vez su cuerpo sí que apareció semanas después, desafortunadamente sin vida, amarrado a unas zarzas junto al río Nalón. Probablemente la corriente se la llevó

hasta producir su ahogamiento.

Por no hablar de otros titulares y recortes que hablaban incluso de crímenes y otras tragedias a orillas del río. Como un lugar señalado por la siempre inesperada fatalidad...

Una vez más, la combinación de misterio con lugares donde el infortunio parece haber actuado con mayor frecuencia. Una mezcla que parecía repetirse una y otra vez...

En la oscuridad del Nalón

Aquel último dato referente a tragedias siempre cercanas al lugar del misterio me había dejado sorprendido, pues la mayoría de los testigos me remitieron a dichos accidentes que posteriormente pude corroborar con los recortes de prensa.

Aún faltaba algo que hacer. Tras hablar con los testigos y recordar la intensidad del penúltimo mes del 76 quería acudir al lugar de las apariciones. Quizá allí podría entender mejor cómo debieron sentirse aquellos hombres de aspecto recio que trataban de evitar los caminos del bosque cuando se ponía el sol por miedo a encontrarse con el fantasma de las minas.

Las manillas de mi reloj rozaban la una de la madrugada cuando caminaba con ligereza por el arcén de la antigua carretera AS-17, que comunica Pola de Laviana con El Condado. Un tramo cuyo trazado discurre por el valle del río Nalón hasta alcanzar el límite de Asturias con Castilla y León. A lo lejos dos puntos rojos, como los ojos del fantasma del 76, iban empequeñeciéndose rápidamente; eran las luces traseras del único coche que transcurría por la solitaria zona.

Continué caminando hasta llegar a un pequeño descampado que se abría a la derecha del camino. Frente a mí, la vegetación más espesa escondía una entrada al bosque como una cortina de hojas que caían y parecían colgar de la nada. Enganché la linterna a mi muñeca y me abrí paso entre las ramas que me arañaban y atizaban como si de ganchudas garras con vida propia se tratara. Me encontré entonces en un pasillo de frondosos árboles que se retorcían formando un único entramado verde. No veía absolutamente nada más que aquello que era atravesado por el haz de luz de mi linterna. Tan cerrado era el camino que por unos instantes me vi atrapado por una opresión que casi me obligó a abandonar el lugar.

Pero aquel era el momento de caminar por el lugar donde comenzó aquella antigua historia de fantasmas que aún nadie ha olvidado en la localidad. Descendí una empinada rampa de piedrecillas procurando no caerme ni golpearme con ninguna rama. Al llegar abajo, tras cinco minutos caminando en la oscuridad, abrí mi mochila y saqué una barrita de luz química. La misma que utilizan los soldados en las maniobras para vislumbrar de noche. La agité y la partí, provocando un gran resplandor verdoso que, como fuego fatuo, iluminó unos metros alrededor. Colgué entonces el pequeño indicador en una rama para poder encontrar el camino en caso de perderme. Desde luego, no habría sido el único. En aquel momento vinieron a mi mente las imágenes de los niños perdidos, de familias angustiadas y fotografías en blanco y negro...

La noche, cada vez más oscura, me rodeaba y desorientaba por momentos. Mi único acompañante era el sonido del río, que bramaba con fuerza desde el interior de

su cauce. En aquellas horas de la madrugada tenía que hacer una conexión en directo con el programa radiofónico *Milenio 3*, de la Cadena Ser, para contar todas las historias de apariciones y tragedias desde el lugar de los hechos.

Todo transcurrió según lo establecido hasta que, a eso de las 2 de la madrugada, empezó a ocurrir algo con lo que ninguno contábamos. El lógico silencio de la madrugada quedó roto por un extraño sonido. Como una algarabía, la voz unida de un centenar de personas. No un griterío sino algo más discreto; casi como un murmullo lejano. Lo más desconcertante era que la población más cercana se encontraba a varios kilómetros a la redonda. Por tanto, ¿de dónde surgía tal sonido a esas horas de la madrugada? ¿Estaba la sugestión jugándome una mala pasada? Presté más atención, cerrando los ojos para agudizar el resto de los sentidos. Allí seguían las voces; un sonido homogéneo que parecía descender sigiloso por la montaña que se encontraba frente a mí.

Entonces el ruido de las ramas, a mi espalda, rozándose entre sí me produjo un gran sobresalto propio del tenso momento que estaba viviendo. Llegué a creer que alguien que estaba escuchando el programa desde alguna aldea cercana había decidido acudir hasta allí para gastarme alguna broma pesada. Lo más probable, pensé, es que se trate de algún animal... Sabía que no era el viento, pues no soplaba desde hacía unos minutos. Todo parecía haber quedado paralizado; extrañamente quieto...

Instantes después, la algazara pareció fundirse con el viento hasta volver a quedar en silencio. Alumbré entonces al río, donde los patinadores de agua saltaban unos encima de otros con decisión. Intenté relajarme, pues la sugestión y el nerviosismo podrían provocar un accidente en un lugar donde el musgo envolvía las piedras de la orilla.

Pasadas las horas, en la absoluta oscuridad, no era capaz de encontrar el camino de vuelta. Cada milímetro del bosque me resultaba idéntico al anterior. Sentí entonces el desasosiego que produce estar perdido en el bosque. En aquel preciso instante, la decisión de pasar allí la noche me pareció una absoluta locura. Volví a poner empeño en relajarme y, tras varios tropiezos y fríos sudores con temperaturas inferiores a 10 grados centígrados, logré vislumbrar, a lo lejos, un resplandor fantasmal de color verdoso. Era, para mi sosiego, el indicador de luz que había dejado horas antes sobre la rama de un árbol.

Había encontrado el camino de vuelta.

Lluvia de piedras en Abarrio

Días después, tras mi regreso a Madrid, volvía a encontrarme en la sala de microfilm de la Biblioteca Nacional, donde últimamente me sentía como en casa. Andaba buscando información para una nueva investigación, cuando, de pronto, un viejo recorte reclamó mi atención por encima del resto. *El Caso*. Año 1982: «Misterio en la zona minera de Asturias», decía el titular. Continuaba explicando: «Dos hermanos son apedreados continuamente por una mano desconocida».

En la fotografía aparecía una destartada casucha de madera en medio de la montaña de Abarrio. Frente a ella, el protagonista de la historia, de pelo oscuro y mirada humilde. Era Benjamín Menéndez Alonso, junto a su hermana María de las Nieves.

Desde hacía unos meses empezaron a vivir un misterioso fenómeno que ninguno sabía explicar; cuando se encontraban en el interior de su hogar, una lluvia de piedras golpeteaba con fuerza puertas y ventanas. En ocasiones incluso parecían caer desde el interior del inmueble. Llevaba ocurriendo desde hacía más de quince días en su propia casa ante la atónita mirada de algunos vecinos y periodistas que también se convirtieron en testigos del fenómeno.

Curiosamente las piedras nunca llegaron a tocar a los protagonistas; siempre caían, con pasmosa precisión, a unos centímetros de sus cuerpos.

El misterio de las piedras, al igual que el fantasma de Langreo, desapareció igual que llegó: sin dejar rastro ni explicación...

Misterio en la zona minera de Asturias

Dos hermanos son apedreados continuamente por una mano desconocida

Pero nunca les hacen el menor daño

La noticia comenzó a circular por Oviedo el jueves pasado, sobre los hechos del medio día. En la zona minera de Villabona y en todo el centro de Llanera se produjeron, desde hacía unos quince días, un hecho misterioso, insólito, que tenía a mineros y labradores asustados en bandos preocupaciones y pendientes de que al hecho tuviera una explicación.

Hasta ahora no se ha logrado esclarecer el suceso, y confusiones registradas los misteriosos acontecimientos. Tienen por parientes y amigos al hecho, según manifestaciones de algunos presentados del misterio.

En el caso de la Miranda, a media distancia de la carretera que conduce a las explotaciones mineras de Villabona, hay un bar que lleva el nombre de Alto de la Miranda. Allí son los lugares del accidente como y de lo que está ocurriendo.

En concreto, el misterio quedó en

esta: desde hace quince días, dos jóvenes —el de diecisiete años y ella de quince— que viven con su madre en una casita situada en el lugar conocido por Pico del Cuervo, del campo de Abarrio, situado en la falda de la montaña, son apedreados misteriosamente, sin resultar hasta ahora heridos y sin que hubiera podido establecer la procedencia de las piedras ni la existencia de ningún sujeto apedreador.

Se dice, que se añade que los golpes no salen de la mano de ningún sujeto, según se afirma de haber la integridad de los muchachos a los que se dirigen las piedras sin cesarmente lanzadas. Todo es una burla que se sigue, como decimos, a toda la población minera y agrícola.

Hechos de conduct, ocultos, así, hacia la zona de referencia. Allí se encuentran la madre de los apedreados, se llama Julia Miras Alab-

es. Así, visto en dos días, cuando Viquez, ocurrió un accidente de mina. Su hijo, Benjamín, de diecisiete años, también, trabaja en las explotaciones mineras de Villabona, y

muchachos sobreviven se trata una buena de una veintena de años, ya que hasta repetidas las había dicho que suena que solo los ha a quien el misterio.



El minero Benjamín Miras Alabes muestra en su semblante síntomas de preocupación por el misterioso apedreamiento de que es víctima



María de las Miras Alabes, hermana del joven miras y también apedreada misteriosamente

es hijo, María de las Miras, que trabaja en un comercio de Pineda, son los que reciben desde entonces en la casita del Pico del Cuervo y los alrededores por el insólito hecho.

Muy extraño se presta a darlos algunos detalles del caso: cuando comenzó hasta ahora, el día del pasado día 15 del pasado día. María Alabes a una de un hijo que tiene cuando se levanta para ayudarle en las labores del hogar, de él mismo regresó al matrimonio. En la vivienda quedaron solos sus dos hijos Benjamín y María de las Miras, y aquel mismo día, por la noche, los miras fueron atacados por piedras, hecho que se repitió al día siguiente, volviendo a ocurrir en la casa a sus alrededores. Los

los Miras de Alabes con su

importante el hecho. El misterio, una vez se le pasó la tem, y al momento de dejarlos chicos de su trabajo, repentinamente cesaron las piedras, y desde entonces a la vivienda porque aquello se presta a una. La madre sobrevivió a la la Chacón, gran amigo, por decirlo así, y desde entonces que se no partían todos piedras. Los muchachos se tranquilizaron, y al día siguiente se conocieron a la vez, volviendo al trabajo, ya que se habían ido los días y siempre las cosas así los días siguientes, y desde entonces al día los muchachos se tranquilizaron. Los

(Continúa en la pág. 2)

Una de las páginas dedicadas a las misteriosas lluvias de piedras en la montaña de Abarrio.

Segunda Parte: La España mágica

«En plena era de Internet, de la globalización y lo políticamente correcto, La España extraña reivindica la recuperación de cierto pensamiento mágico e invita a releer las leyendas y misterios que emocionaron a nuestros antepasados con su mismo candor e inocencia»

Javier Sierra y Jesús Callejo, *La España extraña*.

«Don Quijote soy, y mi profesión la de andante caballería [...] Huyo de la vida regalada, de la ambición y la hipocresía, y busco para mi propia gloria la senda más angosta y difícil. ¿Es eso de tonto y mentecato?»

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

Expediente 4:

La maldición de las momias

«UN MES EXACTO DESPUÉS DEL DESCUBRIMIENTO, VÍCTOR PÉREZ MURIÓ MISTERIOSAMENTE. SÓLO TREINTA DÍAS DESPUÉS. SURGIERON HIPÓTESIS Y CREENCIAS DE TODO TIPO. SE HABLÓ DE LA MALDICIÓN DE LAS MOMIAS, COMO SI SE TRATARA DE OTRO TUTANKAMÓN MODERNO, RECORDANDO LA SUCESIÓN DE MUERTES QUE SUFRIÓ EL GRUPO QU E DESCUBRIÓ LA MOMIA DEL FARAÓN EGIPCIO Y QUE NADIE HA SABIDO EXPLICAR. QUIZÁ ESTEMOS ANTE UNA CURIOSA COINCIDENCIA, PERO EN EGIPTO TAMBIÉN SE HABLÓ DE COINCIDENCIAS»

El Caso, 29/12/84.

Un hallazgo macabro

La ciudad de Cuenca siempre ha tenido cierta experiencia en lo que al hallazgo de momias se refiere. El subsuelo, hueco en muchos puntos de la localidad, ha favorecido que algunos enterramientos se hayan mantenido casi intactos siglos después de la inhumación, por las condiciones idóneas del ambiente y la humedad.

Aunque así lo parezca, este tipo de hallazgos no son cosa del pasado. El último conocido se produjo en 2010 en la iglesia de San Andrés, donde apareció el cuerpo momificado de un novicio de entre seis y doce años, tres siglos después de ser enterrado.^[14]

Pese a todo, el descubrimiento que tuvo lugar en los albores de la Guerra Civil dejó tan impactados a los conquenses que la noticia trascendió las fronteras manchegas y se esparció por toda la península, llegando a ser recordada durante años.

Pero, como ocurre tantas veces, el caso fue olvidándose con el paso del tiempo para regocijo de algunos a quienes no interesaba que aquello saliera a la luz. Yo mismo pude comprobar, ochenta años después, ese afán por ocultar parte de nuestra historia. Rescaté el suceso a raíz de un antiguo recorte de prensa tras una larga jornada de búsqueda en la hemeroteca. Recordaba haber escuchado la historia siendo muy joven, pero no tenía ningún indicio para encontrarla, ni tan siquiera una horquilla de fechas, por lo que saber algo más de ella era todo un anhelo personal (y aparentemente inalcanzable).

Aquella tarde estival un calor asfixiante inundaba las calles de Madrid y, bajo un cielo que parecía en llamas, varios guardianes pétreos me observaban desde lo alto de una escalinata. Eran las esculturas de Cervantes, Quevedo o Calderón, dándome la bienvenida a la Biblioteca Nacional: un mundo de tinta, papel y polvo. Un mundo donde no existen las horas, los días ni cualquier otra noción del tiempo conocida. Me encontraba absorto entre sus bóvedas, sus frescos y pinturas, y su arrítmico latido. Como en un remanso de paz, serenidad y reflexión rodeado por el caos y la vorágine de la gran capital.

A través de la pantalla de la máquina de microfilm pasaban más de un centenar de viejas historias en forma de recortes de prensa. Envuelto por el sonido agonizante de aquellos aparatos, de pronto un recorte me estremeció de pies a cabeza. El titular del artículo, a doble página, rezaba: «La maldición de las momias»,^[15] y, bajo él, aparecía una imagen aterradora que parecía desafiar a todas las leyes de la ciencia; eran varios cadáveres que habían aparecido momificados durante unas obras comunes. Aunque todo son hipótesis, la identidad de aquellos cuerpos de postura agonizante sigue hoy sin resolver.

Emocionado como el arqueólogo que halla en soledad la pieza de una vasija aún

por componer, pulsé el botón verde del panel para imprimir aquellas palabras escritas por el periodista Juan Carlos Sanz de Ayala para el semanario *El Caso*.

Aquella tarde del verano de 2010 no sabía que el destino aún me guardaba varias sorpresas, como la de toparme frente a frente con aquellos cuerpos sin vida que seguían manteniéndose en pie cinco siglos después de su muerte.

«¡Zacarías, echa una cerilla!»

Frente a los sucesos que estaban por venir y que aquellas pobre gentes ni sospechaban, el mes de julio de 1930 transcurría con cierta tranquilidad. Don Aurelio Torralba había decidido ampliar parte de su finca en el barrio de Santa Cruz, un enorme palacete construido en el siglo XV por un importante señor feudal de la época. La intención era agrandar el establo de las vacas, derribando lo que parecía un remiendo de albañilería de un metro de alto por medio de ancho que se encontraba al final de la cuadra.

Un calor asfixiante dificultaba el trabajo de Víctor Pérez Pobes, un empleado que continuaba picando el tabique de unos seis centímetros de espesor. Eran las 4 de la tarde y, a través de una grieta, podía vislumbrar ya parte del interior.

—*Lo primero que vi* —reconocería Víctor a un reportero de la revista Crónica— *fueron estas huellas de haber existido una reja de hierro empotrada en la brencada, que tiene, como el muro, más de un metro de espesor.*^[16]

Aquel detalle acabaría adquiriendo gran importancia tiempo después al demostrar que, lejos de tratarse de un enterramiento común como algunos se empeñaban en hacer creer, el lugar podría haber sido un calabozo. Tras fijarse en ello, algo le llamó aún más la atención. Desde la grieta no se vislumbraba el río, como todos esperaban, sino que había acceso a otra habitación sin luz. Llamado por la curiosidad, Víctor adentró medio cuerpo en aquella grieta para intentar ver algo más. El resquicio de luz que entraba a través de aquella hendidura parecía mostrar un montón de palos y astillas. «Ya tenemos leña para el invierno», le dijo a su compañero Zacarías Pareja, que le acompañaba en aquel momento.

Sin pensárselo dos veces, el obrero se adentró en la oscuridad con precaución. A cada pisada algo crujía bajo sus pies y se deshacía con fragilidad. Tropezó entonces con un bulto que, en la penumbra, creyó la cabeza de alguna imagen religiosa. Aquella opción no era nada descabellada, teniendo en cuenta que el lugar había sido antaño un convento de franciscanos. «¡Zacarías! ¡Echa una cerilla, que aquí hay un Santo Cristo de madera!», le gritó a su compañero.

La tenue pero cegadora luz del fósforo le devolvió a Víctor una imagen que no olvidaría jamás. Bajo sus pies, se extendía un centenar de huesos que se apilaban uno sobre otro, hasta formar una macabra alfombra de un blanco impoluto. Pero lo que infundió un auténtico pavor en aquel obrero fueron los cuerpos momificados que yacían apoyados contra las paredes de piedra y que parecían prestarle silenciosa pero intensa atención a través sus cuencas vacías.

El impulso natural de Víctor fue salir corriendo de aquella escotilla del horror sin apenas perder un solo minuto de su tiempo. Aún aterrado por la imagen, declararía a

la prensa: «Cuando mi compañero, asomándose a la brencada, me alumbró, vime rodeado de muertos. No había más que esqueletos, momias, huesos y calaveras».^[17]

Sin saberlo, Víctor había hallado lo que en años posteriores acabaría siendo un verdadero objeto de disputa y censura. Tampoco sabía en aquel momento que, con el tiempo, se convertiría en víctima de su propio hallazgo.

Morir de miedo

La prensa del momento se revolucionó ante aquella noticia dedicando páginas y titulares tan impactantes como: «Aparecen numerosos cadáveres momificados»,^[18] «Se descubre una mazmorra llena de esqueletos»^[19] o «Realidad y leyenda de las extrañas momias halladas en una lóbrega mazmorra».^[20] Algunos llegaron a declarar que aquel hombre había entrado en la antesala del mismísimo infierno.^[21]

Las fotografías mostraban lo insólito del descubrimiento. Había en concreto cinco momias especialmente extrañas. Una de ellas se encontraba amamantando a su bebé, también momificado. Este último acabó convirtiéndose en polvo cuando era trasladado al exterior de la mazmorra. Había otra sin piernas y otra, acaso la más emblemática, tenía los brazos cruzados frente al estómago y la cabeza alzada al cielo, como si hubiera sido paralizada en un momento de máxima agonía.

Los medios se preguntaban por el origen del osario y diversos periodistas, como Juan G. Olmedilla, acudieron hasta el lugar de los hechos para preguntar directamente al descubridor: «Aquí hay de todo: muertos de ataúd y muertos de martirio. Vamos, echados vivos»,^[22] declaró el mismo.

De hecho, por las posturas y otros signos de violencia, todo hacía pensar que aquellas personas habían sido torturadas y emparedadas en vida. Por ejemplo, una tenía los pies atados con una soga, mientras otra llevaba la pierna envuelta en un improvisado vendaje que le cubría una gran herida. Por no hablar de la mujer que, en un último momento de agonía, había fallecido amamantando a su hijo, protegiéndolo aún con sus brazos; ¿en qué enterramiento común se encuentra una imagen así? Días después surgieron las primeras hipótesis y, como el lugar había sido un convento franciscano y había tenido estrecha relación con la iglesia desde su construcción, no tardó en surgir la teoría de que aquellos cuerpos habían sido víctimas de la inquisición. El cronista conquense Juan Giménez de Aguilar definió a la perfección la incertidumbre de la época: «Luego fueron definiéndose las opiniones; de quien veía en las violentas contorsiones de las momias la acción del fuego en los cuerpos de las víctimas de la Inquisición; de quien miraba las ligaduras que sujetaban los miembros del enterrado vivo en la mazmorra señorial; de quien ha percibido señales de heridas que hacen pensar en luchas heroicas por la Independencia, por la Libertad y otros altos ideales...».^[23] Otros medios, sin embargo, seguían empeñados en afirmar que se trataba de un osario común.

Meses después de haberse formado tal revuelo, noticias como la firma del pacto de San Sebastián o la alarmante erupción del volcán Strómboli en Italia acabaron relegando a un segundo plano aquella historia, más propia de la gran pantalla que de un sencillo barrio conquense.

Pero entonces ocurrió algo que volvió a llamar la atención de los medios. Por si faltaban pocos ingredientes, Víctor Pérez Pobes falleció en extrañas circunstancias. No había transcurrido un año del hallazgo, por lo que la posible relación entre éste y su óbito no parecía demasiado disparatada. Fue así como esta historia, siempre rodeada por el amargo hálito de la muerte, fue tildada como maldita. Se habló entonces de una maldición semejante a la sufrida por Howard Carter y todo su equipo tras el descubrimiento de Tutankamón.

Aquella historia había sido bastante jugosa para los medios de la época que la dotaron de un carácter que casi rozaba lo cinematográfico. Pero ¿cuánto de verdad y cuánto de leyenda habría en todo aquello? Tenía que contrastar el dato y no parecía nada fácil conseguirlo ochenta años después. ¿Podría encontrar a algún descendiente de Víctor Pérez? Lo cierto es que el hecho de disponer de su nombre, de una guía de Páginas Blancas y de toda una tarde libre facilitaron bastante la labor. Al cabo de varias llamadas conseguí dar con alguien apellidado Pérez, que no era familiar del Víctor que yo andaba buscando, pero sí regentaba un restaurante bastante frecuentado por mi objetivo principal en aquella investigación. Prometió devolverme la llamada una vez hubiera pedido permiso a dicha persona ante mi sorpresa y desconcierto.

Días después, cuando ya pensaba que me habían tomado el pelo, mi teléfono sonó con fuerza mientras caminaba por la calle Alcalá de Madrid.

—¿Javier Pérez? —preguntó una voz desconocida al otro lado de la línea.

—El mismo —contesté intrigado.

—Soy Víctor Pérez.

Entonces algo impactó con fuerza en mi interior.

—¿Javier?

—¡Disculpa! Víctor Pérez... ¿Familiar de Pérez Pobes?

—Así es. Su nieto, más exactamente.

—No me lo puedo creer... Llevo semanas investigando sobre las momias que descubrió su abuelo en Cuenca y hablar con usted es como encontrar el último eslabón de esta historia.

—¡No me digas! Pensé que ya nadie se acordaba de aquello excepto nosotros —dijo con cierta nostalgia.

Tras una larga conversación, acordamos vernos en Cuenca unos días después para poder hablar sobre su abuelo y conocer más detalles sobre su muerte en extrañas circunstancias.

El otoño esparcía ya sus tentáculos por las empinadas y pedregosas calles de Cuenca, donde el trasiego habitual de la semana hacía que los transeúntes caminaran con acostumbrada prisa. Frente a mí se extendía entonces la plaza mayor, el punto de encuentro con un hombre que se había convertido en parte involuntaria de una historia mítica de la España más añeja y olvidada.

Sabía que no podría reconocerlo si no fuera escuchando su voz, pero pronto alguien se me acercó y me tocó la espalda. Víctor Pérez, de unos 50 años, me tendió su mano mientras oteaba a través de sus gafas con ojos curiosos. Le honraba especialmente el hecho de que, pese a estar pasando por un momento delicado, había accedido a charlar conmigo unos minutos acerca de aquella historia que había escuchado desde su más tierna infancia.

—*Mis padres siempre me contaban aquello y mis abuelos igual. Impactó a toda la familia* —me dijo Víctor, mientras nos acomodábamos en la terraza de una céntrica cafetería.

—*¿Se sentían orgullosos del descubrimiento o tampoco le dieron demasiada importancia?*

—*Pues es algo que causó la muerte de mi abuelo, así que fíjate si le dieron importancia...*

—*¿Tú crees que la muerte de tu abuelo está relacionada con lo que descubrió?*

—*Hombre, y tan convencido. De hecho, los médicos dijeron que la muerte había sido bien extraña. ¡Fue una muerte causada por el miedo que cogió al ver las momias!*

—*¿Pero os ofrecieron algún diagnóstico?* —pregunté cada vez más intrigado.

—*Claro. Cuando mi abuelo descubrió aquellos cuerpos se llevó un susto tremendo. Parece ser que de aquello se le formó una burbuja de aire en el corazón, que acabó matándolo poco después. Fue un disgusto enorme, nadie se lo esperaba...*

—*¿Sabían en la familia que el susto había sido tan grande?*

—*Sabían que Víctor lo pasó mal, no sólo con el descubrimiento, sino también tiempo después. De hecho, él se quejaba de que le dolía el pecho, de no tener fuerza... Pero nadie esperaba que aquello pudiera ocurrir. Fue un disgusto enorme para todos.*

El viaje de la muerte

Junto a las momias apareció una bula de 1694 del Papa Inocencio XI, dirigida a una duquesa llamada doña Quiteria López de Ayala, lo que ayudó a forjar una teoría más sólida sobre quiénes podían ser. Se dijo que una de ellas era la misma doña Quiteria, a la que le habrían cortado los dedos para quitarle las joyas. Se teorizó entonces que otras dos podrían ser la hija de la misma y su criada. Lo cierto es que la falta de un estudio riguroso imposibilitó la comprobación de este dato y la ausencia de cualquier otro documento hizo que surgiera una nueva duda: ¿quién era entonces el propietario legal de aquellos cuerpos? En un tiempo en que se ponen vallas al campo, los Estados tienen potestad sobre los cielos y hasta los mares tienen dueños, las momias debían también pertenecer a alguien.

Fue la familia Torralba la que se apropió entonces de los cuerpos, guardándolos en el interior de su casa como un anhelado tesoro. Tuvieron que pasar treinta y nueve años para que M.^a Luisa decidiera deshacerse de tan extraña posesión, donándolas a Antonia Pareja Soria, por entonces santera de la Hermandad de San Isidro, tras la firma de un contrato no exento de cierta polémica...

«El día 4 de julio del año 1970 D.^a Luisa Torralba, vecina de Cuenca [...] hizo donación a D.^a Antonia Soria Pareja [...] de unas momias humanas (cinco), propiedad de dicha señora [...] para que fuesen conservadas en dicha ermita».^[24]

El documento, firmado por las dos interesadas y por doña Rosa Martínez y don Julián Quejido como testigos, fue la forma legal en que aquellas momias cambiaron de manos una vez más. Eran las seis de la madrugada del 4 de julio de 1970 cuando un gran furgón esperaba a las puertas del número 8 de la calle de Solera. De forma casi clandestina, Antonia Soria, Rosa Martínez y Julián Quejido —también conocido en el barrio como El Cojete— cargaron los cinco cuerpos en el interior de la furgoneta.

Se dirigían a la ermita de San Isidro, a las afueras de Cuenca, donde se iniciaba una nueva vida para aquellos cuerpos inertes.

La santera

Antonia Soria siempre fue una mujer muy especial. No era para menos, teniendo en cuenta el lugar en el que, más que trabajar, pasaba gran parte de su vida. La labor de santera de San Isidro la hacía estar en un lugar donde vida y muerte convivían en armonía, ya que se encuentra enclavado en plena sierra y cuenta con un cementerio privado donde están enterrados tanto los miembros de la hermandad como las personas más ilustres de la ciudad manchega.

Cuando la santera recibió las momias decidió exhibirlas de una forma que llamó la atención de todos los visitantes. Acristaló un gran armario de la sacristía a modo de gran pecera y colocó las momias en su interior, una al lado de la otra. Como un macabro escaparate al más allá.

Antonia las limpiaba a diario, las cuidaba con mimo y llegaba a hablar con ellas con gran cariño, como si fueran parte de su familia. Durante las largas tardes que pasaba en aquel bucólico paraje se dedicaba a esculpir grandes calaveras en las piedras del jardín —algunas pueden verse aún hoy escondidas entre la maleza— y escribía todo tipo de mensajes en las rocas, siempre relacionados con la muerte, como: «Si no dejas de mirar, así te quedarás», sobre una pintura cadavérica.

Aquella mujer de carácter bohemio veía su futuro descansando en el cementerio de la hermandad, rodeada por un entorno privilegiado.

Por las noches, cuando ya no se esperaba ninguna visita, Antonia cerraba el armario con sus viejas portezuelas de madera y echaba un candado para que nadie pudiera hacerles nada. Sin embargo, allá por 1980, alguien forzó las puertas del armario y se llevó un susto casi equiparable al de Víctor Pérez Pobes.

—Posiblemente se trataba de algún raterillo, alguien que buscaba cosas para luego venderlas en el mercado negro —me contaba el cronista José Vicente Ávila en los jardines de la ermita—. Se coló varias noches en la sacristía intentando robar alguna cosa. Cuando vio que había un armario cerrado a cal y canto pensó que allí debía haber algo importante, por lo que decidió volver al día siguiente preparado para profanarlo. Lo que el ladrón no sabía es que realmente estaba profanando el armario, en el sentido más literal de la palabra. Entró de madrugada para no ser visto y no hace falta imaginar cómo fue su reacción al abrir el mueble, pues en el suelo quedaron marcadas sus huellas como para descartar cualquier hipótesis sobre su reacción. Al abrir las puertas y ver las momias, el ladrón salió corriendo, de tal manera que luego se veían en la ermita las pisadas, como zancadas. Como si hubiera salido corriendo, aterrorizado por lo que allí vio —concluía José Vicente, con una sonrisa mordaz.

En 1981, Antonia Soria llegaría a comentar al semanario *El Caso* que en el lugar

«pasaban cosas muy raras»,^[25] pero cuando el periodista Sanz de Ayala le preguntó por aquello la mujer se cerró en sí misma, con un respeto muy especial. Cuando pasaron junto a unas ruinas cercanas, la santera aprovechó para dar su teoría acerca del origen de las momias: «Aquí estaba el Tribunal de la Santa Inquisición. Parece que tiene mucho que ver con las momias. Si doña Quiteria hablara...».

Con la iglesia hemos topado

Todo parecía transcurrir con inusitada tranquilidad cuando, en junio de 1988, se dio carpetazo a este espinoso asunto. Hablar de unos cuerpos torturados por la Inquisición no era del gusto de todos, pese a haber pasado ya suficiente tiempo como para no sentirse responsable de una atrocidad de tal calibre.

Florián Belinchón, actual Secretario de la Hermandad de San Isidro, me explicaba cómo en la actualidad ellos disponen de la custodia de las momias, pero tienen expresamente prohibida su exhibición por orden directa del Obispado de Cuenca.

A finales de los años ochenta, desde la ermita de San Isidro se hizo una petición para deshacerse de la responsabilidad que conllevaba encargarse los cuerpos, pidiendo incluso su inhumación si fuera necesario para que éstas descansaran en paz. Se planteó también la posibilidad de que fueran estudiadas por expertos para saber algo más sobre su origen, cediéndolas a quien quisiera analizarlas. Pero la respuesta que recibieron del Obispado fue bastante desalentadora...

Con un informe emitido el 27 de junio y firmado por León Chicote Pozo, entonces Fiscal General diocesano, se decía que aquellas momias «procedían del osario común de la iglesia de Santa Cruz, que carecen de valor histórico y arqueológico y que no tienen relación alguna con la Inquisición».^[26] Además, explicaba que aquellos cuerpos habían sido expuestos «ofreciendo un espectáculo horroroso, trágico, desagradable y macabro, porque han sido expuestas con el peor de los gustos necrófagos, con toda falta de respeto a las personas que pertenecieron».

Se ordenaba entonces retirar las momias para que no fueran exhibidas, amenazando incluso con la clausura del lugar en caso de no acatar esta orden, ya que, según el informe del Obispado: «La exposición pública de las momias relacionándolas con la Inquisición constituye, sin duda, un acto continuado gravemente injurioso».

Se impedía, por tanto, cualquier posibilidad de estudio de los cuerpos. Sin embargo, de forma aventurada, se negaba cualquier relación con la Inquisición, pese a la existencia de firmes indicios que afianzaban dicha teoría.

Para terminar, antes del sello del Obispado y la firma de León Chicote, aparecía una última frase a modo de conclusión y amenaza: «Quien profana una cosa sagrada, mueble o inmueble, debe ser castigado con una pena justa».

Si bien aquel documento parecía dejar clara la intención del Obispado con respecto a la exhibición de las momias, no podía terminar mi investigación sin haber visto con mis propios ojos a sus auténticas protagonistas. Por ello, antes de mi viaje a Cuenca, me puse en contacto con el obispado solicitando un permiso para ver aquellos cuerpos. Tras varios días se pusieron en contacto conmigo para solicitarme

que redactara un escrito que ellos estudiarían y valorarían en la próxima sesión ordinaria del mes.

Escribí aquella solicitud explicándoles que queríamos grabar unas imágenes de dichas momias para el programa de televisión *Cuarto Milenio*, ya que estábamos realizando un reportaje sobre su historia. Aproveché para explicarles que ya contábamos con unas imágenes de dichos cuerpos que habían sido emitidas por TVE en uno de los míticos programas del profesor Jiménez del Oso, pero que no tenían demasiada calidad, por lo que precisábamos de algo de mayor actualidad. Firmé el documento, quedando enteramente a su disposición, y esperé impaciente su respuesta. Tardó un mes en llegar y, pese a haber pasado más de veinte años de la primera misiva del Obispado, ésta no era mucho más alentadora:

De: Vicario General - Diócesis de Cuenca [XXX@eacsl. com]

Para: Javier Pérez Campos [javier.perez.mp@gmail. com]

Enviado: Sábado 08/10/2011 10:45

Estimado don Javier:

Una vez celebrada la reunión del cabildo de la Catedral de Cuenca y oído su parecer, le comunico que no será posible realizar la grabación de los restos que se encuentran en la ermita de San Isidro. Tras las imágenes grabadas por Televisión Española (con las que ya cuenta), el Obispado de Cuenca no ha vuelto a autorizar ninguna otra grabación ya que, por encima de todo, se encuentra el respeto que, desde la fe cristiana, se profesa a los restos mortales de cualquier persona y de cualquier tiempo. Por ello y como Vicario General de esta Diócesis, siento denegarles esta autorización.

Reciba mi más cordial saludo y sigo a su disposición.

Fdo: XXX

2.3- Porque así lo acordó el Cabildo Catedralicio el 7 de Abril de 1.978.

2.4- Porque la exposición pública de las momias, al no ser enteradas puede dar lugar a escándalo de los fieles y constituir una anticaquesia permanente contra el sentido cristiano de la muerte y de las exequias eclesiásticas.

Finalmente, debo añadir aquí lo que más arriba dije, afirmando que estas momias carecen de cualquier valor histórico y arqueológico. Si embargo, al proceder al enterramiento, será prudente pedir asesoramiento al Organismo Eclesiástico competente, mediante el Capellán de la Hermandad de San Isidro, el M.I.D. José Antonio Navarro Saugar.

----- 3- Si las momias se exponen públicamente, podrá decretarse la clausura del Oratorio-Ermita y el Cementerio de la Hermandad.

3.1- El Oratorio-Ermita y el Cementerio son lugares sagrados a tenor de los CC 1205, 1223 y 1240. Ahora bien,

3.2- "Los lugares sagrados quedan violados cuando con escándalo de los fieles, se cometen en ellos actos gravemente injuriosos que, a juicio del Ordinario del lugar, revisten tal gravedad y son tan contrarios a la santidad del lugar, que en ellos no se puede ejercer el culto hasta que se repare la injuria por un rito penitencial a tenor de los libros litúrgicos", C 1211.

La exposición pública de las momias, relacionándola con la Inquisición, constituirá, sin duda, un acto continuado gravemente injurioso contemplado en el canon citado. Más aún, también podría aplicársele el C 1212 "Los lugares sagrados pierden su dedicación o bendición... o si son destinados permanentemente a usos profanos".

3.3- En consecuencia, -"Quien profana una cosa sagrada, mueble o inmueble, debe ser castigado con una pena justa" C 1376.

Dado en Cuenca, a 27 de Agosto de 1.988.



Mano firmada

(1) y (2).- Puede consultarse los escritos del M.I.D. Dimas Pérez y la bibliografía por él citada. Los textos entre comillas han sido tomados de art. publ. en Diario de Cuenca, 7, 9, 10 y 11 del VI-1.981.

VENERABLE HERMANDAD DE SAN ISIDRO Y M.I.D. JOSE A. NAVARRO SAUGAR, CAPELLAN
CUENCA.-

Informe enviado por el Obispado de Cuenca con respecto a las momias de Cuenca.

Había topado con un aparentemente infranqueable muro de hormigón. La burocracia impedía que pudiera acceder al último eslabón —a la vez el primero— de esta historia. Pero, como ya me había ocurrido en otras ocasiones, la casualidad y el instinto iban a jugar a mi favor...

Frente a frente con la muerte

Tras mi entrevista con Víctor Pérez, descendiente del descubridor de las momias, me dirigí a pie hacia la ermita de San Isidro. Se encontraba a las afueras, tras cruzar un serpenteante camino que bordea un precipicio.

Se había levantado un frío viento que cortaba los pulmones y quitaba las ganas de salir del hotel. Dentro de unas horas regresaría a Madrid tras haber hablado con los principales protagonistas de la historia. Aquella mañana había olvidado mi cuaderno de notas en la ermita de San Isidro y, tras intentar localizar sin éxito a la actual santera, confié en poder encontrarla en la iglesia.

Tras una caminata de media hora llegué a aquella explanada que parecía sostenerse por sí sola en medio del vacío. La ermita se erigía humilde frente a una pequeña fuente ya sin agua. Atravesé la cancela oxidada y llamé a la puerta de la sacristía, que se encontraba abierta de par en par. Tras varios golpes no acudió nadie. Sin embargo, era capaz de ver mi cuaderno a menos de 10 metros de mí, sobre la vetusta mesa en que lo había dejado unas horas antes. Decidí entonces adentrarme para cogerlo y marcharme sin molestar. Pero cuando ya estaba en el interior algo llamó mi atención, como si el lugar estuviera sutilmente cambiado. Era el armario que se extendía por todo el ala derecha de la sala, cuyas puertas, antes cerradas, estaban ahora ligeramente abiertas, emitiendo una luz mortecina. A través del quicio me pareció ver a alguien observándome en silencio, en absoluta quietud, provocándome un ligero sobresalto. Cuando me asomé por el lado abierto de la puerta quedé completamente paralizado. Allí estaban, tras un fino cristal manchado de polvo, las cinco momias que doña Antonia Soria había cuidado con esmero durante años. Las mismas que habían provocado la muerte de Víctor Pérez tras causarle un gran impacto. Aquellos cuerpos que se habían llevado a la tumba el gran secreto de su existencia me observaban ahora a mí, en silencio, con la mirada de la mismísima muerte.

Las cinco se encontraban en perfecto estado, como si sólo llevaran enterradas unos meses. Allí estaba la supuesta doña Quiteria, junto a otra momia en cuyos brazos había estado su bebé también momificado. La escena era realmente dramática; sus gestos de horror se dirigían al cielo y sus ropajes aún podían distinguirse pegados a los colgajos de piel reseca. «¿Quiénes sois?», les pregunté con sigilo.

Ellas seguían allí de pie, mirándome como a un forastero que había invadido su hogar. Aunque en todo momento tuve conciencia de que estaba ante seres ya inertes, lo cierto es que llegaban a intimidar cuando pasabas largo rato mirándolas.

El hecho de haberme olvidado el cuaderno en aquel lugar, que nadie me hubiera podido acompañar y que las puertas hubieran quedado abiertas de par en par parecía

una concatenación de casualidades que me habían acabado llevando a mi objetivo final.

Los minutos frente a frente con la muerte pasaron largos como horas. Lo cierto es que aunque no salí corriendo despavorido como el ladrón que profanó la ermita décadas atrás, esa noche las caras agónicas de las *momias malditas* de Cuenca regresarían a mi mente en sueños, como si quisieran revelarme su secreto en estado REM. Como si su misterio, silenciado con maestría, aún siguiera latente y escondido en aquella ciudad a orillas del Júcar...

Expediente 5:

Los lamentos del agonizante

«APENAS CAE EL SOL, COMIENZAN LOS QUEJIDOS DEL MORIBUNDO. LOS VECINOS DE LAS NAVAS DEL MARQUÉS, UN APACIBLE LUGAR SITUADO A 116 KILÓMETROS DE MADRID, VIVEN ATERRORIZADOS: DESDE HACE UNAS NOCHES, LA VIEJA ABADÍA ENCIERRA UN MISTERIO QUE, HASTA EL MOMENTO, NO HA SIDO POSIBLE DESVELAR»

Interviú, 09/08/79.

Congregaciones masivas

Tras el primer testimonio, los vecinos de Navas del Marqués empezaron a subir en masa hacia el convento cuando se ponía el sol. Muchos lo hacían con sano escepticismo, otros con actitudes jocosas y otros con un profundo respeto hacia algo que parecía estar dotado de cierta trascendencia. Aunque la actitud inicial fuera variante según los que allí acudían, la final era siempre la misma: inquietud y asombro.

No se trataba de un ruido sutil, a veces escuchable y otras no. Era algo casi sistemático; cuando caía la noche, los ronquidos inundaban aquel oscuro espacio como un eco de otro tiempo. El lugar, completamente abandonado desde hacía décadas, añadía aún más misterio al asunto, pues no había nada en su interior que pudiera producir aquel misterioso efecto.

Pasaron los días y los principales medios de comunicación se desplazaron hasta allí para cubrir la noticia. Así lo hicieron importantes medios como *ABC*, *Interviú* o *El Caso*. También acudieron expertos de diversos ámbitos, como el equipo de Félix Rodríguez de la Fuente para analizar si pudiera ser el sonido de algún animal, o Antonio José Alés, con su mítico programa de misterio *Medianoche*, de la Cadena SER.

El asunto adquirió tal importancia que cada noche llegaban a congregarse hasta más de mil personas a las puertas del convento, según recordaba Alfonso Martín, joven vecino del pueblo en aquel momento.

Pilar Pablo, también testigo, recordaba que cada día llegaban a acudir autobuses con gente de todas partes de España (algunos, incluso de Canarias), sólo para pegar su oído al muro derecho del edificio. Todos ellos mantenían una actitud de respeto, manteniendo el silencio absoluto mientras alzaban su mirada hacia el muro.

El periodista Tomás García Yebra, que también vivió los hechos con incertidumbre, me acompañó a casa de Pilar Pablo, una de las primeras vecinas en toparse con el fenómeno. Vivía a escasos metros del convento de San Pablo y nos acogió con unas deliciosas pastas y unos vasos de moscatel para paliar el frío cortante del exterior.

—¿Cómo que han venido a recordar todo esto ahora, si ha pasado tanto tiempo?
—me preguntaba aquella apacible señora con la mejor de sus sonrisas.

—Pues fíjese... Encontré un recorte en la hemeroteca de Madrid y nos pareció una historia tan sorprendente y olvidada que quisimos rescatarla —le expliqué mientras me quitaba el abrigo.

Mientras visitaba el exterior del convento había empezado a caer una fina llovizna que calaba hasta los huesos. Recuerdo que lo primero que hice fue acercarme

al muro derecho y pegar el oído a la piedra, como ya hicieron miles de personas hace más de veinte años. Aquella piedra grisácea de su inconfundible fachada había sido la causa muda y a la vez sonora de un misterio que llegó a mantener en vilo a toda España.

Cuando me topé frente a frente con el convento por vez primera, recuerdo haber sentido una emoción muy especial, como el que, de pronto, tropieza con un anhelado tesoro. Había visto aquella fachada rectangular en más de una decena de recortes sobre el caso. La fachada, rematada con un frontón cuyos vértices acababan en esferas de piedra, era el más puro ejemplo del estilo escurialense.

LA CULTURA

En la localidad abulense de Las Navas del Marqués

UN «FANTASMA» ANDA SUELTO

NO cabe duda que este verano ha sido el más movido de todos los de Las Navas del Marqués, desde aquel terrible de 1936, porque el tranquilo pueblito abulense, situado en la Sierra del Malagón, a 74 kilómetros de Madrid, se ha convertido en un concurrido centro nocturno de visitantes, al que confluían los vecinos y veraneantes de Madrid, El Escorial, Ávila y, por supuesto, de los pueblos de alrededor para escuchar, ansiosos, los suspiros del «fantasma» en la fachada lateral del convento de dominicos de San Pablo.

En un magnífico convento de dominicos, del siglo XVI, que se encuentra en estado ruinoso una lechuza común emite los extraños "suspiros"

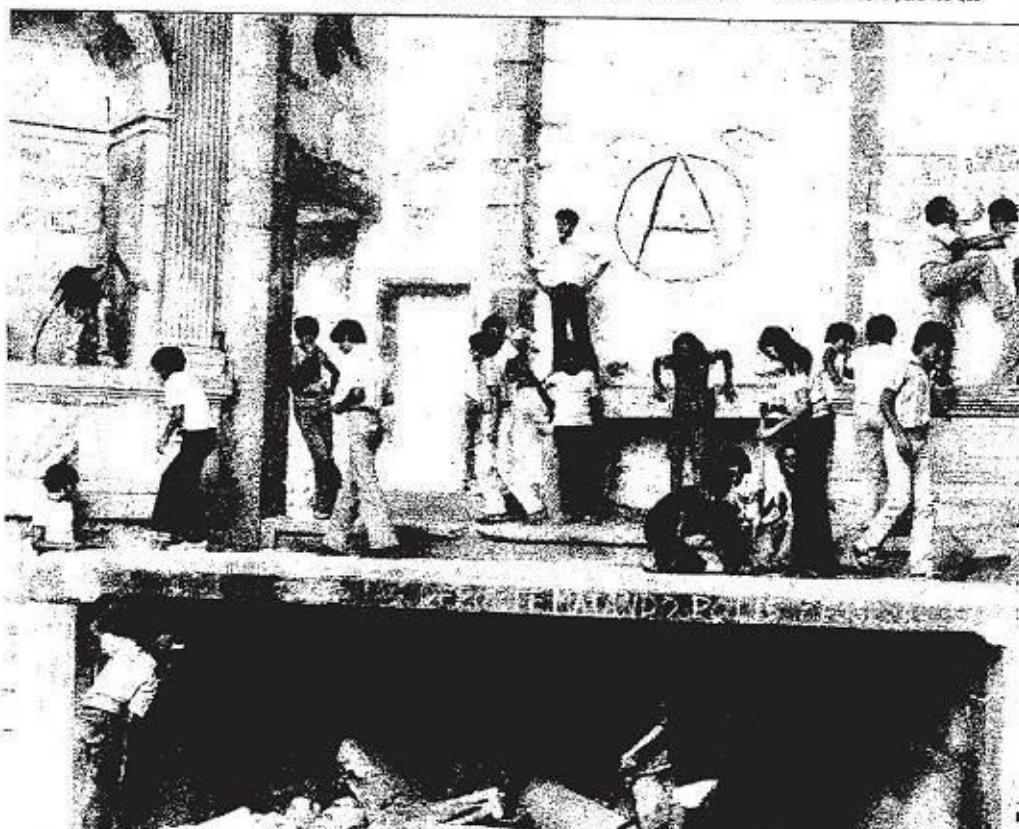
Ha contribuido a ello notablemente la difusión que por parte de los medios informativos se ha dado al tema, una de tantas «serpientes de verano» a las que se las ha olvidado demasiado y que ha dado lugar a escribir o hablar toda serie de insensateces. «Sobre la ermita pesa una

maldición —decía un diario madrileño— desde que hace varios años fuera hallada en su interior una enorme culebra, estridente y con mucho pelo, que sembró el pánico hasta que fue muerta a pedradas.» En otro párrafo apunta aquello como «una bromita bien estudiada y realizada por

los quintos del 79». En otros de los reportajes publicados se describen los «suspiros» como «un fatigoso respirar o la agonía de una persona anciana o muerta hace años, tal vez siglos». Y los comentarios que no cesan: «las raposas podrían cabillear cadáveres de personas ajusticiadas allí hace siglos por el sistema del emparedamiento...».

«SUSPIROS» LEJANOS

La historia de los «suspiros» del convento de Las Navas no es nueva para los que



El suceso dio lugar a todo tipo de titulares, como éste del semanario Blanco y Negro (08/09/79).

—¿Cómo recuerda usted aquellos días? —le pregunté a Pilar Pablo mientras ponía en marcha mi grabadora.

—Pues aquí se juntaban miles de personas. Al principio, era interesante y daba bastante miedo, pero con el paso de los días el problema fue otro: que a los vecinos no nos dejaban dormir. Venían de todas partes de España y hubo hasta algún aprovechado que montó su puesto de bocadillos y refrescos para amenizar las jornadas.

—Yo también recuerdo aquello —respondió García Yebra—, pero desde la perspectiva del joven asombrado ante lo que estaba oyendo. Es que era algo clarísimo, como una persona agonizando. Impresionaba mucho.

—Claro, y ya empezaron todos a decir que aquello eran espíritus —comentó Pilar, con los ojos de quien, emocionado, revive una vieja historia que siempre ha querido volver a recordar— y empezaron a decir que era un fraile que había sido emparedado. Después, otros dijeron que eran los fantasmas de gente que había enterrada bajo el convento, en un túnel que comunica con el pasillo.

—Y no te olvides —añadió Tomás— de los que aseguraban que aquello era una manifestación del Más Allá para quejarse por el estado del convento. Ten en cuenta que estaba casi viniéndose abajo. Por si fuera poco, muchos niños llegaron a jugar al fútbol con los cráneos de los frailes enterrados allí, ya que aquello estaba en tan mal estado que podían sacarse hasta los huesos de las tumbas del suelo.

—Al final, cada uno aportaba su teoría —dijo Pilar mientras se incorporaba en su silla—. Hasta hubo médicos que vinieron con sus fonendoscopios para escuchar en el muro. Recuerdo uno que dijo que sonaba como una mujer embarazada, con el feto respirando y todo.

Mi cara de asombro hizo que la mujer afianzara sus palabras mientras golpeaba mi hombro con suavidad al ritmo de cada sílaba.

Recordé entonces las palabras de la periodista Margarita Landi para *El Caso*, donde se recogían algunas de estas teorías: «Se habla de torturados por los inquisidores, de personas emparedadas vivas cuyos estertores de agonía hubieran recogido las nobles piedras del templo para reproducirlas ahora a finales del siglo XX».^[27]

Hubo quien llegó a hablar de la aparición de una enorme serpiente con pelo que alguien mató en su interior años antes de iniciarse los sonidos y que podría haber dado lugar a una extraña maldición que se iniciaría con esos estertores del más allá.^[28]



El muro derecho del convento se convirtió en el foco de las miradas de todos los que asistían tratando de presenciar el misterio.

Por si aquello fuera poco, alguien descubrió, a escasos metros del convento, lo que parecía una cara que emergía en una roca. Aquello añadió más misterio al asunto y hubo quien se empeñó en relacionar ambos fenómenos.

Cuando estábamos a punto de marcharnos de casa de Pilar Pablo, ésta nos pidió que esperáramos un momento. Ya de pie, mientras me ponía el abrigo, Pilar rebuscaba entre unos cajones del salón. Al cabo de unos minutos, encontró algo que la hizo sonreír y se dirigió hacia nosotros.

—*Mira, hasta hicimos un poema sobre el fantasma del muro.*

Me tendió entonces un papel amarillento y arrugado, con unas palabras escritas a mano:

*«No es cuento, que es realidad,
no hay que poner pica en Flandes,
la radio y la televisión
son testigos presenciales
y hasta la prensa en Madrid
lo lanzó a los cuatro vientos
y nadie podrá decirnos*

*que todo esto es un cuento.
Otros acontecimientos
han puesto en guardia a la gente.
En una piedra allá abajo
dicen que se ve una cara,
pero, según los expertos,
parece que allí no hay nada».*

El autor fue algún vecino del pueblo que trató de reunir, a modo de curiosa rima, los hechos que habían mantenido en vilo a los vecinos durante aquel verano de 1979.

Pero la magia de aquella aparente historia de fantasmas empezó a disolverse poco a poco hasta llegar a dar con una posible causa. Sin embargo, ningún medio publicó dicho desenlace...

La solución al enigma

Desde el inicio del fenómeno, algunos ya plantearon la posibilidad de que pudiera ser una lechuza que habría anidado entre los muros del convento. Por ello acudió hasta el lugar el equipo de Félix Rodríguez de la Fuente para estudiar los sonidos que salían de allí.

Una noche de finales de agosto alguien vio salir volando un bulto blanco del interior del convento. Aquella era la prueba definitiva. Finalmente, el alcalde mandó construir un andamio para examinar el muro y tratar de encontrar el posible nido de la lechuza. Tras una intensa labor encontraron la causa del misterio y el tema quedó zanjado.

Años después, al rescatar esta historia, decidí que sería buena idea acudir al lugar con una lechuza común para intentar reproducir el fenómeno in situ.

Hasta allí me acompañó José Antonio Alonso, cetrero de León, que había traído una pequeña lechuza para hacer la prueba en el interior del convento. Según él, ese sonido similar a una respiración es propio de la época de apareamiento y, unido a la reverberación del muro, no sería de extrañar que hubiera infundido tanto miedo a los testigos. Lo cierto es que durante aquella noche la lechuza craqueó en diferentes ocasiones, pero nunca llegó a emitir un sonido similar al que originó la congregación de miles de personas a las puertas del lugar.

A mi regreso a Madrid decidí buscar otras historias en que un misterioso sonido podría haber causado un verdadero fenómeno sociológico. Para mi sorpresa, el caso de Las Navas del Marqués no había sido el primero. Ni tampoco el único...

Los otros "agonizantes"

A lo largo de la historia, diversos rincones de la piel de toro se han convertido en protagonistas de hechos similares al ocurrido en Las Navas del Marqués. Algunos de ellos tan próximos tanto en espacio como en tiempo, que han llegado a relacionarse de forma directa con esta historia. Por ejemplo, en 1978, los vecinos de Robledo de Chavela se encerraban en sus casas llegada la madrugada por el miedo a un terrible estertor que emanaba del muro de la iglesia y que se extendía por una de las callejuelas que llevaba al cementerio. El suceso se convirtió también en un fenómeno social sin precedentes, surgiendo todo tipo de teorías sobre el posible foco de aquel fenómeno. De nuevo los fantasmas y seres de otros mundos se convirtieron en la teoría más aceptada popularmente hasta la desaparición del sonido. Se marchó en sigilo, tal y como había llegado.

El hecho de que unos meses después algo ocurriera algo similar en un pueblo situado a menos de 30 kilómetros de allí hizo que muchos relacionaran ambas historias. Hasta tal punto que, una vez se descubrió que el causante del fenómeno en Las Navas del Marqués había sido una lechuza común, se dijo que podría haber sido el mismo ejemplar que el que habría atemorizado a los vecinos de Robledo de Chavela.

Otro animal fue el causante de escenas de auténtico pánico durante la construcción del monasterio de San Lorenzo del Escorial durante una madrugada de agosto de 1577. Durante la obra del edificio, los constructores empezaron a escuchar un quejido lastimero que parecía proceder de la nada. El sonido llegó a ser tan molesto que los monjes tuvieron que suspender los maitines. El padre Villacastín, siempre perspicaz, hizo un gran ejercicio de audición hasta llegar al punto del que procedía el llanto. Era, precisamente, la habitación de don Pedro Dávila y Córdoba, segundo marqués de Las Navas, que se encontraba de visita en el monasterio y que había dejado allí a su perro. El cánido, de pelaje oscuro como el tizón, emitía aquellos sonidos con ojos lastimeros por extrañar a su dueño, que había pasado el día fuera. Especialmente curioso es que tanto la historia de Las Navas del Marqués como la de El Escorial mantengan como nexo común al segundo marqués de Las Navas y la piedra escurialense como canalizadora de aparentes lamentos y quejidos del Más Allá.

Tras aquella noche en que toda la Corte se mantuvo en vilo, Felipe II mandó ahorcar al perro de Pedro Dávila en el patio de los Evangelistas. Allí estuvo colgado a la vista de todos durante varios días, hasta que su cuerpo acabó descomponiéndose por completo. Cuando el monarca se encontró con el marqués, le comentó: «Supongo que habéis sentido la muerte de vuestro sabueso», a lo que Dávila le contestó:

«Sabéis, Majestad, la estima que le tenía, mas si una muerte llega acallar las lenguas difamadoras del honor de su Alteza y de los Reverendos Padres, me doy por satisfecho». Este relato fue recogido por fray Juan de San Jerónimo, testigo ocular de lo sucedido.

Pronto la leyenda de este cánido empezó a crecer y algunos llegaron a asegurar que el animal era Cancerbero, guardián del averno. Esta teoría cobró fuerza cuando se aseguró que El Escorial era la misma boca del infierno.

Teorías aparte, lo cierto es que en momentos clave de la vida de Felipe II se produjo la aparición de un misterioso perro negro que parecía surgir de la nada. Así lo recogía el cronista Ricardo Sepúlveda en 1888, que aludía a la aparición del cánido en momentos siempre relacionados con la muerte. El oscuro perro apareció en la muerte del príncipe Carlos (1588), en la de la reina de Isabel de Valois (1568), en la muerte de Juan de Austria (1578) y también en la del propio monarca el 13 de septiembre de 1598.

Felipe II fue atormentado por el perro no sólo durante sus últimos 55 días de agonía, sino también tras darle muerte. Así, en una conversación con uno de sus asesores durante su estancia en La Fresneda (Teruel), recogida por Fray José de Sigüenza, se hacía referencia al animal:

—*El perro negro, ¿ha vuelto a presentarse?*

—*Señor, desde que el padre Villacastín le dio caza y V.M. dispuso que le ahorcasen, no se le ha vuelto a ver en el monasterio.*

—*Yo le veo y le oigo en todas las partes, sus ladridos me despiertan. Es preciso hacer conjuros para que no vuelva, me causa miedo.*

La visión del fugaz perro negro por los alrededores de El Escorial ha continuado repitiéndose a lo largo de los siglos a través de los testimonios de todo tipo de personas.

También en la Sierra de Madrid, concretamente en la laguna de Peñalara, existe una historia a medio camino entre la realidad y la leyenda, relacionada con una joven pastora. Ésta había escuchado cómo unos broncos sonidos parecían emerger de lo más profundo de la laguna. Creyendo que podía ser uno de los corderos de su rebaño, la mujer se lanzó al agua sin pensarlo, olvidando por completo que no sabía nadar.

La mujer acabó ahogándose y cuentan que en la noche de difuntos emerge un islote en el centro de la laguna donde aún puede verse el espíritu de la pastora, de color verdoso, emitiendo un bronco sonido similar al que acabó produciendo su muerte.



A lo largo de la historia, los sonidos de algunas aves parecen haber originado auténticos fenómenos sociales por el miedo que infundían a los testigos.

Menos legendario es el fenómeno ocurrido en la Albufera de la Dehesa del Saler (Valencia), en agosto de 1980. Desde hacía varias noches, los pescadores habían dejado de salir con sus botes por el miedo que les producían unos sonidos que salían del agua. Algunos titulares de la época decían: «Se ha dicho que en la zona se oyen extraños y horripilantes alaridos».^[29] Los trabajadores del mar, acostumbrados a todo tipo de situaciones, aseguraban pasar los días esperando pescar algún extraño animal de grandes dimensiones. Otros aseguraban que podría tratarse de rituales, sectas e, incluso, aquelarres. Pasados los días el fenómeno desapareció de forma repentina y nadie volvió a escucharlo. En este caso, nadie consiguió hallar el foco del sonido...

Algo muy similar al suceso de Las Navas del Marqués aconteció en Almonacid de Zorita (Guadalajara) en septiembre de 1986. Esta vez ocurrió en la iglesia de Santo Domingo de Silos, donde desde uno de los muros surgían unos suspiros que

generaban temor y expectación entre los vecinos de la localidad.

Pronto alguien lanzó una posible teoría relacionada con el espíritu del capellán Manuel Ballesteros, que había fallecido a principios del siglo XX y cuyo cuerpo fue trasladado al interior de la iglesia de Santo Domingo, precisamente a los pies del muro de donde procedía el sonido.

El sacerdote había pedido que a su muerte se le dijera una misa al mes, cosa que nunca se cumplió. Para muchos aquélla era la causa por la que Ballesteros parecía estar quejándose desde su sepultura.

Con el tiempo, la historia empezó a deshincharse y algunos aseguraron que el origen podía encontrarse en un elemento mucho más simple: una paloma que habría anidado entre los muros de la iglesia. Los vecinos aceptaron esta última versión por parecer mucho más factible, pero lo cierto es que, aún después de mucho tiempo, algunos vecinos todavía seguían relacionando el suceso con el capellán Ballesteros. Como si la teoría de una protesta del Más Allá tuviera suficiente fuerza como para seguir siendo popularmente aceptada décadas después de haberse producido...

Expediente 6:

La reencarnada de Autol

«JETTE TOFT MADSEN LLEGÓ LA SEMANA PASADA A AUTOL, ACOMPAÑADA POR UN EQUIPO DE STRIX, EL SEGUNDO CANAL DE TELEVISIÓN MÁS VISTO DE DINAMARCA. POR TRES DÍAS, REVOLUCIONARON LA LOCALIDAD RIOJABAJEÑA TOMANDO IMÁGENES Y BUSCANDO LAS LOCALIZACIONES DESCRITAS POR JETTE EN SUS SUEÑOS DE OTRA VIDA. SÍ, DE OTRA VIDA...»

La Rioja, MARZO 2003.

Recuerdos de otra vida

Caía la noche sobre el pequeño cementerio de Autol. Había acudido allí hacía unas horas en busca de un apellido: Beamonte. Un apellido aparentemente inexistente. Al menos, durante las horas previas no había hallado ni rastro del mismo.

La silueta de varios ángeles custodios se recortaban contra un horizonte de plomo, mientras varios cristos redentores me observaban en silencio desde la lejanía. Me había posicionado en lo alto de la pequeña escalinata de un mausoleo señorial, con grandes cúpulas y vidrieras, para tomar notas en mi cuaderno de varios pensamientos al azar.

La historia que había ido a cubrir me hizo reflexionar, precisamente allí, sobre el último instante de la vida. El gran enigma; ése que nos acompaña desde tiempos inmemoriales. Los hombres de las cavernas ya alzaban la vista a los cielos mientras se preguntaban por el último destino, la última aventura. Aunque cada cultura ha dado un sentido a ese instante de exhalación final, lo cierto es que nadie ha vuelto jamás para contarnos qué ocurre después del tránsito.

La verja de hierro se balanceaba mecida por un frío viento que parecía arreciar por momentos hasta golpetear con fuerza la puerta contra la pared de ladrillo de forma repetida, formando, junto a su chirriar, una anárquica y estruendosa melodía. ¡Plum! ¡Plum! ¡Plum! Mientras, continuaba pensando en la historia que me había llevado hasta allí. La de una mujer que había soñado con aquel mismo pueblo, con sus callejuelas y sus plazas, con sus balconadas, portezuelas y molinos, con sus tejados, fuentes y ventanucos, salvo que en la actualidad allí no existían molinos ni muchos otros elementos que ella mencionaba. La cuestión es: ¿habrían existido alguna vez? Aquella señora, Jette Toft, había soñado con un pasado lejano del pueblo y lo había hecho desde una distancia de más de mil quinientos kilómetros: desde Dinamarca.

Ya casi en la penumbra del camposanto leía el recorte de prensa que el periódico *La Rioja* había publicado en marzo de 2003 sobre la curiosa visita de aquella danesa. Iluminado por la tenue luz anaranjada y titilante de una farola cercana, en él se citaban nombres que la mujer había dado casi en estado de trance: Gerardo González, Beamonte... «En su sueño, Jette habló de olivos, de un antiguo puente con un molino a su vera o de la Virgen de la Nieva», continuaba el artículo escrito por Ernesto Pascual.

Lo más extraño es que Jette aseguraba haber vivido en Autol más de cien años atrás, en otra vida. Concretamente a principios del siglo XX. Como si se tratara de una reencarnación, de alguien cuyo espíritu, tras su muerte, vuelve a encarnarse en otro cuerpo, recordando después vivencias de otra época como si fueran flashazos de

una película antigua.

En los días previos había conseguido localizar al alcalde que en 2003 recibió incrédulo la visita de Dinamarca. También a la traductora que había ayudado a Toft a conversar con los habitantes del pueblo y al historiador que corroboró los datos de la supuesta reencarnada a través del Registro y de los textos de cronistas de la zona.

Pero lo más importante: había conseguido localizar a la mismísima Jette Toft a través de una importante red social. Sólo hacía unas horas que le había escrito unas palabras, explicándole que estaba completamente interesado en su experiencia personal y pidiéndole algún teléfono de contacto donde poder charlar personalmente.

Divagando en aquel lugar sobre la muerte y sobre el destino de todas las personas que habitaron, con sus ilusiones y preocupaciones, los mismos lugares que hoy nosotros transitamos, mi teléfono emitió un pitido mientras vibraba en el interior de mi bolsillo. Un sobre iluminado en la pantalla me alertaba de haber recibido un nuevo correo electrónico. Al abrirlo, la sorpresa de lo inesperado me hizo quedar inmóvil durante unos segundos.

Estaba escrito en inglés por lo que fui traduciéndolo mentalmente mientras lo leía. Era la respuesta de la protagonista de aquella historia: Jette Toft.

De: Jette Toft Madsen <xxx@teliamail.dk>;

Para: Javier Pérez Campos <javier.perez.mp@gmail.com>;

Fecha: 11/04/12, 20:17

Estimado Javier:

Gracias por tu mensaje, que recibí esta mañana. Me ha hecho muy feliz porque pienso a menudo en Autol y en la gente que tuve el placer de conocer allí. De hecho, me encantaría volver en algún momento.

Aún hoy me pregunto por mi vivencia y qué pasó con la familia Beamonte.

Lláname cuando puedas, estaré encantada de hablar contigo.

Mis teléfonos son 0045 497XXXXXX y 0045509XXXXX.

Recibe un cálido saludo,

Jette.

Aquél era el último asunto pendiente, que llevaría a cabo en Madrid. Tenía que hablar con la testigo principal de una historia sorprendente.

Entonces, de forma casi inconsciente, me retrotraje al origen de todo aquello...

Febrero de 2003.

El alcalde perplejo

Valentín Jiménez ejercía con eficacia su labor de alcalde en el pequeño pueblo riojano de Autol desde 1995. Aquella mañana de febrero todo transcurría con tanta tranquilidad que era imposible siquiera sospechar lo que estaba a punto de suceder. El teléfono sonó en la sala más próxima y, unos minutos después, la secretaria instó a Valentín para que cogiera el teléfono. Alguien parecía insistir desde el otro lado para hablar con él.

Mantuvo entonces una breve y extraña conversación en inglés con una señora que llamaba desde Dinamarca. Ella le explicaba que quería acudir hasta allí con un programa de televisión del canal Strix (uno de los más importantes del país nórdico), que estaba realizando un especial sobre la reencarnación. Según afirmaba, ella había vivido en aquel pueblo en otra vida, cientos de años atrás. Ante las dificultades lógicas que supone una conversación telefónica en un idioma extranjero, ambos prefirieron continuarla personalmente y concertaron una cita para días después.

Tras la despedida, el alcalde, perplejo, se preguntó si había entendido bien aquella conversación. Acto seguido, comenzó a organizar la visita de la mejor forma posible. Lo primero fue contratar a un intérprete. Fue Maite Martínez, profesora de inglés de la localidad, quien llevó a cabo la labor de traducción. Cuando la llamaron nadie parecía dispuesto a contarle demasiado. Sólo que tenía que traducir las palabras de una señora danesa. Como si tuviera miedo a que, al contarle la realidad del asunto, Maite decidiera no aceptar el trabajo. Pero, tras varias peticiones formales, la traductora consiguió que se le diera más información acerca de su trabajo. Pese a todo, aún faltaban varios cabos sueltos que sólo podrían aclararse una vez la protagonista llegara a Autol.

Pasaron las semanas ante las dudas lógicas y la incertidumbre que produce el desconocimiento más absoluto, hasta que llegó el día. Fue durante la última semana de febrero cuando un misterioso coche con los cristales tintados apareció en el pueblo. Al principio lo recorrió casi en sigilo, desorientado, hasta localizar el edificio del ayuntamiento. Allí bajó la redactora del programa de Strix, para avisar a las autoridades de su llegada y para explicar con más detalle el porqué de su visita.

Según contó a Valentín Jiménez a través de la labor de Maite Martínez, el programa de Strix iba a abordar un especial sobre la reencarnación, razón por la cual se ofrecieron vías de contacto para que cualquier persona que creyera haber vivido otra vida pudiera comunicarse con ellos. Jette fue uno de los casos más interesantes que llegó; ella aseguraba soñar con unos padres que no eran los suyos desde que tenía uso de razón. También con otras calles, con otras caras e incluso con otras costumbres. Como una constante sensación de *déjà-vu*.^[30]

Tras someterla a diversos experimentos de regresión hipnótica, la señora Toft empezó a hablar, casi en trance, de olivos, de un molino, de un recóndito pueblo de la península ibérica y de un alcalde llamado Gerardo González. Por si fuera poco, también aseguraba recordar el apellido que tenía en esa supuesta otra vida: Beamonte. Con dichos datos, el equipo de televisión danés empezó a buscar la localidad en Andalucía. Pasaron semanas llamando a distintas localidades, pero ninguna parecía corresponderse con los datos que Jette había ofrecido estando casi en trance.

Finalmente, en una nueva sesión de hipnosis, la protagonista ofreció un último dato que sería decisivo para encontrar la localidad: habló de la Virgen de Nieva y de haber vivido allí en torno a 1850. Además, dibujó un mapa esquemático donde, desde el centro de la localidad, donde se encontraba la iglesia principal, se extendían las calles en radios paralelos. Aquellos datos fueron suficientes para que en cuestión de 3 días el equipo localizara la villa de 4.000 habitantes.

Con aquella insólita carta de presentación, todos salieron impacientes a recibir a Jette con sanos gestos de incredulidad en sus ojos. Curiosamente, los mismos con los que miraban los propios miembros del equipo de Strix, que realizaban su trabajo con absoluto escepticismo.

Se abrió entonces una de las puertas del coche y de allí salió una mujer encapuchada. Al parecer, le habían puesto dicha protección para que no viera absolutamente nada del pueblo y evitar así que pudiera acceder a ninguna clase de información externa. Además, las cámaras querían registrar siempre los gestos producidos en su faz por la primera impresión. Creían que ahí debía estar la verdadera clave para conocer si Jette estaba equivocada o si quizá, incluso, pudiera estar mintiendo.

La figura de Jette se correspondía con el prototipo de mujer nórdica; de gran altura —más de 1,80 metros—, con largos cabellos grisáceos que llegaban a media espalda y vidriosos ojos azules capaces de transmitir una serenidad muy especial. Si en algo estaban de acuerdo todos los que la acompañaron durante aquellos días es que irradiaba una paz fuera de lo común. Algo que yo mismo podría comprobar días después a través de una conversación telefónica...

La casa de las gárgolas

Tras las presentaciones y palabras de rigor, el equipo, acompañado por el alcalde y otras autoridades de Autol, se puso manos a la obra. Valentín era el encargado de acompañarlos a los puntos más importantes, para captar las reacciones de Jette. Los acompañaba Víctor Soldevilla, cronista de la localidad, para corroborar los datos que pudieran surgir en relación a 1850.

Primero acudieron a lo más alto de Autol: una gran explanada en lo alto de la montaña desde la que se divisaba todo el pueblo. Nada más retirarse la capucha, Jette se sintió bastante emocionada. Con lágrimas en los ojos, entró en el interior de una vieja casucha ya abandonada y medio derruida que parecía haber sido construida siglos atrás. Por suerte, pude corroborar el testimonio de quienes la acompañaron a través de las imágenes que grabó el canal Strix, que ellos mismos nos enviaron semanas después de mi visita al pueblo riojano. En ellas, Jette tocaba las paredes lentamente, como si el tacto la ayudara a recordar. Además, miraba de un lado a otro con la perplejidad del que corrobora haber estado en un lugar que no recordaba. Minutos después, Jette se colocó al borde del precipicio donde, mirando al pueblo, se llevó una mano a la frente y respiró profundamente. Asimismo, desde hacía unas horas repetía que en una casa con gárgolas en la fachada había pasado momentos muy felices de su antigua vida.

Después acudieron a la iglesia principal, donde la protagonista caminó junto al párroco señalando los capiteles, retablos e imágenes religiosas. También recordaba el lugar, aunque había algo que no le cuadraba del todo. Al parecer, ella echaba en falta una parte de la estructura de la fachada y una barandilla que había cerca de la puerta. Víctor Soldevilla confirmó que esas partes habían existido tiempo atrás, pero que habían acabado retirándose durante unas obras relativamente recientes. Para sorpresa de todos, en un momento determinado, Jette sacó el mapa que había realizado en Dinamarca y que se correspondía a grandes rasgos con la estructura de la aldea.

Ese mismo día se desplazaron a otra iglesia, en la que se encontraba la Virgen de la Nieva. Allí ocurrió algo similar; Toft aseguraba recordar el lugar, salvo con una diferencia: esta vez le extrañaba un porche con arcos que había sido colocado en la fachada de la ermita. Curiosamente, dicho elemento había sido añadido unos años atrás.

—Precisamente muchos de esos elementos a los que ella aludía porque no los recordaba habían sido añadidos o eliminados años atrás. Pero, en fotografías históricas, a las que sólo hay acceso desde el Archivo, pudimos corroborar que la información que ella ofrecía era correcta —me había explicado Soldevilla en el interior de su casa.

Una de las técnicas que el equipo llevaba a cabo para comprobar la veracidad del testimonio era dejar a Jette caminando a solas unos metros delante de ellos, para cotejar así su orientación. Para su sorpresa, la mujer se ubicaba con pasmosa facilidad, hasta llegar a caminar por las calles con la decisión del que ya ha vivido allí antes.

Minutos después ascendió una calle en soledad hasta plantarse frente a una emblemática construcción de Autol: la panadería de la familia Cuevas, que conserva la fachada del edificio original. Con la mirada alzada hacia el tejado, Jette se emocionó de forma muy especial... Estaba observando unas gárgolas de piedra que se recortaban contra el cielo desde cada lado de las balconeras que coronaban la portada. Quizá las mismas a las que se había referido horas atrás como las que marcaban el lugar en que tan buenos momentos había pasado. Como una X sobre un mapa del tesoro.

Maite Martínez, que hizo la labor de intérprete, se referiría en nuestra entrevista a ese momento como uno de los más especiales de la visita:

—Fue el momento que a mí más me impresionó... Cuando me di cuenta de que aquella mujer no mentía. O, al menos, no estaba intentando engañarnos. Aquellas lágrimas eran profundas, eran lágrimas de emoción desbordante. Una persona no puede engañarte así, a no ser que fuera una gran actriz...

También Víctor Soldevilla coincidía con ella en lo impactante de ese momento para todos. Además, habló de molinos que ya no existían pero que sí habían estado allí cientos de años atrás.

—Otra cosa que me llamó la atención —me confesaba Víctor— es que, en un momento determinado, Jette me habló de que recordaba haber ido al colegio en domingo. Lo hizo casi con vergüenza, porque sabía que era casi ridículo ir a la escuela un domingo. Sin embargo, pude corroborar que, en el siglo XIX, los maestros aprovechaban las horas de catequesis del domingo para, de paso, educar a los niños que no podían ir a clase durante la semana y enseñarles cosas básicas de lengua o matemáticas.

Por si fuera poco, Toft ofreció nombres propios cuya existencia pudo ser corroborada tiempo después de su visita y que nadie recordaba ya en la localidad.

—Ella habló de un tal Gerardo González y, en el Archivo parroquial, pudimos comprobar que efectivamente ese hombre había existido en Autol y había sido su alcalde, tal y como ella había asegurado. Sobra decir que nadie lo recordaba aquí —me contaba Víctor, aún asombrado al recordar todos los detalles.

—Por si fuera poco, habló de su propio apellido... ¿Pudisteis corroborarlo? —le pregunté.

—Eso fue de lo más sorprendente. Ella aseguraba recordar su apellido: Beamonte. Pasaron unos días desde que se marchó hasta que pudimos corroborarlo,

ya que pasamos largas horas en el Archivo revisando una a una las actas de bautismo. Hasta que dimos con esto...

Víctor me tendió una fotocopia que guardaba en una polvorienta carpeta azul. Empecé entonces a leer el acta de bautismo que el cronista acababa de tenderme como el que llega expectante a la última página de una novela de ficción...

En el día 10 de enero de 1826, yo, don José Manuel López, presbítero con licencia del señor cura propio de su iglesia parroquial de San Adrián, bautizo solemnemente a una niña que nació el mismo día, entre doce y una de la tarde, según declaró la comadre, a quien puse por nombre Nicanora, hija legítima de Luis Beamonte y María Pascual. Abuelos paternos Antonio Beamonte, natural de la villa de Vozmediano, y Josefa Borbón, natural de la ciudad de Alfaro, obispado de Tarazona, como también lo es el padre de la niña, maternos Juan Manuel Pascual y Josefa Pérez, naturales de las villas de Quel. Fue el padrino José Martínez, de esta vecindad, a quien advertí del parentesco espiritual y demás obligaciones de que damos fe.

Jose Man^l Lopez

(Maria Beamonte) En la Villa de Autol a doce de Septiembre de mil ochocientos
 y Pasqual. Veinte y ocho, Yo Dⁿ Jose Man^l Lopez Presb. con licencia del Sr
 Cura propio de su unica Paredia parroquial de Sⁿ Adrian, bautizo
 338, solemnem^{te} a una Niña q^e nacio en el dia trece de este Mes, entre una y
 de la tarde segun declaro la comadre y puse por Nombre Maria hija legitima
 de Luis Beamonte y Juana Pasqual. Abuelos paternos Antonio Beamonte
 y Josefa Dorado, los y el Padre de la Niña Naturales de Albas; Materna
 Juan Manuel Pasqual y Josefa Perez, estos y la Madre de la Niña Natu
 rales de las Villas de Juel, fue su Padrino Pedro Martinore Natural de
 esta Paredia Villa, aqui en, adverti el parentesco legitimo y demas
 obligaciones de q^e damos fe. #
 Jose Maria Calvo Jose Man^l Lopez

(Hipriana Enandora) En la Villa

(Nicanora Beamonte) En el dia diez de Enero de mil ochocientos veinte y seis, Yo
 y Pasqual Dⁿ Jose Man^l Lopez Presb. con licencia del Sr Cura pro
 pio de su unica Paredia parroquial de Sⁿ Adrian, bautizo solemnem^{te}
 579, mt^e a una Niña q^e nacio el mismo dia, entre doce y una de la tarde se
 gun declaro la comadre, aqui en puse por Nombre Nicanora hija legi
 tima de Luis Beamonte y de Maria Pasqual. Abuelos paternos Antonio
 Beamonte Natural de la Villa de Yarnediano y Josefa Dorado Natural
 de la Ciudad de Albas Obispado de Paazona como tambien lo es el Pa
 dre de la Niña, Materna Juan Manuel Pasqual, Josefa Perez Natural
 de las Villas de Juel, fue su Padrino Jose Martinore de esta Paredia
 aqui en adverti el parentesco legitimo y demas obligaciones de q^e
 damos fe. # Jose Maria Calvo Jose Man^l Lopez

(Benita Tonacia) En la Villa de Autol a doce de Enero de mil ochocientos veinte y
 y Erce y Gonzalez seis, Yo Dⁿ Jose Man^l Lopez Presb. con licencia del Sr Cura
 propio de su unica Paredia parroquial de Sⁿ Adrian, bautizo so
 580, llemnem^{te} y ungi con los S^{ts} oleos a una Niña q^e nacio el dia
 once del presente entre doce y una de la tarde segun declaro la comadre,
 aqui en puse por Nombre Benita Tonacia hija legitima de Antonio Erce
 y Antonia Gonzalez. Abuelos paternos Juan Jose Erce y Antonia Cuebar,
 Materna Dⁿ Antonio Gonzalez y Dⁿ Manuela Fernandez, todos Natu

Partidas de bautismo de Nicanora Beamonte y de María Beamonte, en la misma época en que Jette Toft aseguraba haber vivido en Autol con dicho apellido.

Además, el 14 de septiembre de 1828, el mismo presbítero firmaba otra partida de bautismo; la de María Beamonte, hermana de Nicanora. Dichos miembros de la familia eran los únicos que mantenían el citado apellido en dicha localidad riojana. Tras ese primer y último documento se pierde la pista a la familia Beamonte. No

aparecen registros de defunción ni ninguna otra crónica referente a ellos. Como si hubieran acabado emigrando del lugar tiempo después. Ésa podría ser la razón por la cual dicho apellido jamás haya vuelto a aparecer registrado en Autol.

Aquello pareció ser la prueba definitiva que necesitaban los vecinos del lugar para descartar, al menos, la teoría del engaño.

—Ten en cuenta que estábamos en el año 2003. Autol aún no tenía ni página Web y apenas había información de la localidad. Mucho menos a la que pudiera accederse desde Dinamarca —me explicaba Valentín Jiménez, ex-alcalde de la villa riojana—. A aquella información sólo podía accederse desde el Archivo parroquial y nos constaba que nadie había acudido allí en los últimos meses. Suponiendo que alguien hubiera extraído la información, nos habríamos enterado.

Parecía como si todos los que estuvieron presentes durante aquellos días hubieran acudido a la cita con una actitud de absoluto escepticismo y terminaron llenos de dudas. Dudas que, diez años después, aún no han conseguido responder.

Algo que se repetía en todas las entrevistas que realicé era la sensación de haber vivido algo excepcional; algo que había derrumbado todos los prejuicios y había dejado al descubierto los vacíos que a veces se esconden en la lógica. Aunque en aquellos momentos yo veía la historia desde el punto de vista del periodista apasionado, aún faltaba un último punto de mayor implicación: hablar con la protagonista de la historia.

Al habla con Jette Toft

La noche parecía haber caído de golpe mientras caminaba por la madrileña calle Arenal. Había dejado atrás el Teatro Real y las estrechas callejuelas del Madrid castizo para adentrarme en el bullicio de la plaza de Sol. Me dirigía al edificio de Gran Vía 32, donde se encontraban los estudios de Cadena SER. Allí, en el programa *Milenio 3*, íbamos a contar toda la historia de la reencarnada de Autol.

El mítico reloj de la torre de Correos indicaba con su cantinela que nos encontrábamos a dos horas de la medianoche. Aceleré el paso mientras subía la cremallera de mi abrigo para resguardarme del frío cortante que parecía cabalgar impúdico entre el gentío de la noche.

Mediante un agradable intercambio de correos electrónicos había concretado con Jette Toft una entrevista para ese día. En mi inseparable cuaderno había anotado varios puntos importantes que no podía dejar pasar, pero intuía que íbamos a mantener una interesante conversación en lugar de un cuestionario común. Aunque en ese momento sólo era un presentimiento, aquella madrugada comprobaría su certeza.

Minutos después llegué a mi destino. Ya en la redacción, casi solitaria, saludé a los compañeros rápidamente y me metí en uno de los estudios de grabación.

Entregué al técnico los datos de contacto y me coloqué los auriculares en la penumbra de la estancia. Segundos después se produjo el instante mágico de la comunicación. El halagüeño sonido de la línea indicaba que se había establecido la comunicación. Al tercer tono, sonó una especie de crujido al otro lado...

—*Buenas noches, soy Javier Pérez, de España. Me gustaría hablar con Jette Toft* —le dije desoxidando mi inglés de forma improvisada.

—*Buenas noches, Javier. Soy Jette. ¿Cómo estás?* —contestó una voz afable y pausada desde miles de kilómetros de distancia.

Mantuvimos entonces una breve conversación habitual para generar confianza a través de presentaciones y experiencias propias. Tras varios minutos, decidí entrar en materia preguntándole por el principio de todo...

—*¿Cuándo te diste cuenta de que tenías recuerdos de un pueblo de España?*

—*Desde muy pequeña. Cuando tenía sólo tres años recordaba a unos padres que no eran los míos y un pueblo que no era el mío. Era muy extraño. Casi desasosegante, incluso...* —Jette hablaba con voz calmada y apacible, generando así un ambiente positivo y cálido.

—*¿Llegaste a comentárselo a alguien?*

—*La verdad es que tenía miedo de que me tomaran por loca. Mi hermana al principio así lo hizo. Pero, con el tiempo, fueron tomándome en serio, pues iban*

demostrándose cosas de las que yo hablaba.

—Imagino que debió ser casi un respiro poder demostrar que no mentías...

—Así fue, Javier. De hecho, ésa fue una de las razones por las que decidí someterme a la experiencia de regresión que me ofrecía el canal Strix. Nunca tuve miedo porque sabía que no mentía.

—¿Ése fue el momento en que los supuestos recuerdos parecieron surgir con más fuerza? —pregunté mientras apuraba el último trago del café que me mantendría despierto tras una agotadora semana.

—Sin duda; fue como abrir un grifo y dejar salir un torrente de agua... Hasta entonces sólo había visto cosas, escenas que después había dibujado. Pero en ese momento, vinieron nombres a mi cabeza. Nombres que apuntamos y que después pudimos comprobar...

—¿Cuál es tu reacción cuando, después de tu visita, alguien te llama desde España y te explica que ha comprobado la existencia de esas personas que mencionaste?

—Fue un momento muy emocionante. Uno de muchos. Recuerdo que las lágrimas brotaron de mis ojos, porque fue la manera de comprobar la veracidad de lo que había contado.

—Tras varias indagaciones encontráis el pueblo de Autol... ¿Qué sentiste cuando llegaste allí?

—Fue el momento más emotivo de mi vida. Era como estar en un lugar en el que ya había estado antes, pese a que nunca había viajado siquiera a España. Recordaba las calles, me orientaba con facilidad y me quedaba pasmada bajo algunos edificios que recordaba. Recordaba los fríos inviernos en una casa al lado del río, incluso el emplazamiento de molinos que habían sido derribados pero que sí aparecían en fotos antiguas de Autol, que sólo estaban en el archivo.

—Yo he podido hablar con todas las personas que te conocieron en el pueblo y algunos recordaban especialmente cómo acariciabas los olivos...

—Sí, de hecho, fue otro momento importante, porque, al tocar esos olivos, sentía una calidez muy especial. Era como estar más cerca de mis recuerdos. Quizá porque esos mismos árboles eran los que tocaba en mi otra vida —respondió mientras, presentí, esbozaba una sonrisa en el interior de su hogar.

Continuamos hablando de su experiencia, logrando con cada una de sus palabras que me adentrara aún más en la misma espiral de incertidumbre en que entraron los vecinos de Autol. Aquella mujer se emocionaba recordando su experiencia diez años después de que ésta hubiera sucedido y se refería a ella como si hubiera cambiado su vida por completo. Al resto, a los testigos que observaron atónitos aquella historia propia de otro tiempo, se les cayeron todos los esquemas. Muchos de los vecinos repetían el mismo planteamiento de Maite Martínez: «Me pregunto cómo podía saber

todos esos detalles que ninguno sabía siquiera en Autol. No sé cuál es la naturaleza de esa experiencia, pero sé que Jette no mentía. Quizá vivimos algo de mayor trascendencia de la que cabe en nuestra mente».

Cuando terminé la llamada y me despedí de Toft prometiendo mantener el contacto, me di cuenta de que había pasado casi una hora. Así lo indicaban las manillas del reloj, aunque yo tenía la sensación de no haber pasado ni treinta minutos en el interior del estudio. El tiempo, siempre tan relativo, parecía haber jugado conmigo a su antojo mientras cerraba precisamente una historia que parecía ir más allá de cualquier concepción espaciotemporal. Como algo inasible que escapa a toda lógica y, sin embargo, existe a través de las pruebas, de las fotografías y de los documentos parroquiales. Como una de esas historias que acaban cambiando la concepción de la vida de las personas que, involuntariamente, asisten perplejas a su desarrollo...

Tercera Parte: Lugares marcados

«¿Es posible que toda una ciudad esté embrujada? ¿Embrujada como se supone que lo están algunas casas? No digo un edificio de esa ciudad ni la esquina de una calle ni una pista de baloncesto en un parque, con el aro sin red sobresaliendo hacia el crepúsculo, como algún oscuro y sangriento instrumento de tortura. No digo sólo una zona, sino todo. Todo lo que hay allí. ¿Es posible?»

It, Stephen King.

«Los misterios no son problemas insolubles, sino realidades no objetivables, pero que al estar inmersos en ellas nos iluminan»

Gabriel Marcel.

Expediente 7: El edificio maldito

«UN HALO DE MISTERIOS Y FATALIDADES RODEAN AL PECULIAR EDIFICIO DE OCHO ALTURAS EN VALENCIA. DESDE EL AÑO 1968, LA FINCA PARECE TENER UNA ATRACCIÓN FATAL POR LAS CAÍDAS MORTALES, LOS DELITOS DE SANGRE Y LOS DELINCUENTES. EL NÚMERO 1 DE LA CALLE TRES FORQUES, EN TIEMPOS PASADOS EL 78 DE LA CALLE CUENCA, HA SIDO ESCENARIO DE SIETE TRUCULENTOS SUCESOS. SIETE MUERTES EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS»

Las Provincias, 04/03/12.

Una extraña noticia

¿Puede matar un lugar? Aquella pregunta reverberaba con fuerza en mi cabeza mientras ascendía la escalinata del edificio maldito de Valencia. Así lo había bautizado la prensa de toda España.

La historia había surgido sólo unos días atrás, concretamente el 2 de marzo de 2012, cuando una prostituta brasileña de 32 años había sido asesinada en el interior del número 1 de la avenida Tres Forques, antigua calle Cuenca, 78.

Aquella noche Edilene Oliveira, la víctima, acudió a una cita con la muerte. Su trabajo en el mundo de la prostitución era sólo temporal y tenía pensado dejarlo en muy poco tiempo, por miedo al peligro al que se enfrentaba cada noche, cuando se quedaba a solas con completos desconocidos. Ésa era la razón por la que había decidido ocultar a su pareja, Simone M., con la que mantenía una relación desde hacía cinco meses, que trabajaba dentro de ese mundo. De hecho, iban a casarse en Roma pasados unos días. Sin embargo, la siempre inesperada fatalidad iba a cercenar por completo cualquier plan futuro para aquella mujer.

En la madrugada del 1 de marzo, Camila Rodrigues, nombre virtual que adoptaba Edilene para ocultar su verdadera identidad, recibió una llamada para acudir a un servicio en la avenida Tres Forques, 1. No sabía que, al cruzar las puertas del edificio, jamás volvería salir de él con vida...

Su cliente, Javier O., de 40 años, sería también su verdugo.^[31] Vivía de alquiler en la puerta 10, junto a otros dos compañeros. Aquella noche uno de los inquilinos se fue a trabajar y el otro decidió marcharse a dormir. Sin embargo, Javier O. aprovechó para contratar los servicios de la prostituta, tras haber ingerido una botella de vino y cocaína.^[32] Aquél fue el núcleo común de dos historias aparentemente inconexas, pero finalmente unidas por un trágico azar.

Tras una grave disputa entre Edilene y Javier, éste acuchilló repetidas veces a la prostituta con fiereza, hasta hacerla caer por el hueco de la escalera desde el quinto piso. Sin embargo, la mujer trató de aprovechar su último aliento para escapar de su agresor, intentando llegar a la puerta principal mientras se arrastraba por el suelo.

Algunos vecinos, como Benito Grande, escucharon los gritos desgarradores de la víctima, pidiendo ayuda de forma agónica. Fueron ellos quienes llamaron a las autoridades de manera inmediata, mientras intentaban atisbar algo a través de las mirillas de sus puertas.

Javier O. abandonó rápidamente el edificio, cuchillo en mano y con la ropa totalmente ensangrentada. Diez minutos después, fue detenido por la Policía en la calle Balmes, a escasos metros del lugar.

Hasta el portal acudió rápidamente una ambulancia del SAMU, aunque era

demasiado tarde. El cuerpo de Edeline fue hallado sin vida en un viejo trastero, donde los vecinos guardaban utensilios de todo tipo. El asesino había intentado ocultar allí el cadáver. Minutos después, los médicos de urgencias dejaron paso a la Policía Científica, que llevó a cabo una minuciosa investigación en el edificio para recabar pruebas del crimen. Fueron las manchas de sangre las que condujeron a los agentes al piso de Javier O., como una guía oculta por una dantesca senda.

El bolso de la mujer apareció destrozado, como otra víctima inerte de la furia asesina. Al día siguiente, el juez de guardia decretó el ingreso en prisión, comunicada y sin fianza, para el presunto homicida.

Albert Arnau, de Canal 9, fue uno de los primeros periodistas en llegar al lugar de los hechos. La primera imagen que se encontró fue la habitual para un periodista de sucesos como él: un cordón policial rodeaba el edificio, mientras algunos fotógrafos se arremolinaban a su alrededor. Algunos agentes de la Policía Científica estaban ya terminando su trabajo y varios vecinos observaban la escena con la incredulidad del que se cree viviendo una pesadilla de la que estuviera a punto de despertar.

Albert empezó a hacer su trabajo, tomando imágenes de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor y llevando a cabo una primera toma de contacto con algunos vecinos del inmueble. De repente, algo llamó la atención de aquel periodista; pese a lo truculento del crimen, los vecinos no parecían demasiado asombrados, aunque sí afectados, como es de esperar. Entonces sin nadie esperarlo, aquella noticia dio un giro de 180 grados. Varios vecinos comenzaron a hablar de que precisamente allí se habían producido ya siete muertes en extrañas circunstancias, llegando a declarar que, de forma interna, habían dado al edificio el marchamo de maldito.

De hecho, su propio bautismo fue ya trágico, pues se construyó en 1957, año en que tuvo lugar la gran riada valenciana que acabó con la vida de 81 personas. Para muchos, aquél fue tan sólo el primer mal agüero...

Gracia Imperio: la primera víctima

La silueta del «edificio maldito» se recortaba contra un cielo oscuro y plomizo. Sus ocho plantas lo hacían erigirse como una gran torre en medio de una de las avenidas más transitadas de Valencia. En el centro sobresalía un enorme ventanal opaco que cortaba en dos aquella imponente figura. Como un gigante de ladrillo cuyas fauces pudieran devorarlo a uno sin la menor complicación. Como si un monstruoso corazón lo dotara de vida al caer la noche.

Había conseguido permiso para pasar la noche en el interior de uno de sus inmuebles, concretamente en el de la primera víctima que falleció en el lugar: Gracia Imperio. La mujer de los ojos musulmanes, como la había bautizado la prensa de la época, era una importante *vedette* que había debutado ya en La Zarzuela de Madrid y se codeaba con estrellas como Antonio Machín, además de haber triunfado en ciudades como Madrid, Barcelona o Valencia. Su nombre real era Emilia Argüelles y fue así como firmó el contrato de alquiler que acabaría llevándola a la tumba.

Mercedes Viana, dueña de un importante club de *cabaret* valenciano llamado Mogambo y de la mayoría de los pisos del edificio de la entonces calle Cuenca, le ofreció uno de sus inmuebles para los meses en que la *vedette* iba a actuar en Valencia.

Mientras ascendía la extraña escalera del edificio, cuya forma hacía un triángulo perfecto, sentía que me adentraba en las entrañas de un monstruo agonizante. Aquellos peldaños eran testigos mudos de la fatalidad más absoluta: aquélla que rompe todos los esquemas y desorbita las cifras de las estadísticas objetivas. Tras cada puerta se escondía una historia; algunas amables y habituales, otras más propias de la historia negra del edificio. Como en una atracción de feria cuyas puertas ofrecen distintas sorpresas a quienes se adentran en ellas.

Por fin, me encontraba frente al inmueble donde iba a pasar la noche. Introduje la llave en la cerradura y tiré de la puerta para poder hacer girar el mecanismo. Una vuelta... Dos vueltas. Se abrió emitiendo un sordo graznido que se perdió en la oscuridad del pasillo.

Frente a mí se encontraba un pequeño recibidor con dos puertas; a la izquierda, un pequeño pasillo que se abría paso hacia el salón, el baño, la cocina y dos dormitorios. Todo en la más absoluta penumbra. Pude imaginar entonces el modo en que se desarrollaron los trágicos hechos en aquella noche de Todos los Santos de 1968...

Gracia Imperio había quedado a cenar con su modisto y con un antiguo novio, Vicente Alberto Artal. La cena se desarrolló con normalidad y, pronto, el sastre decidió marcharse a casa, dejando a solas a la *vedette* y a su ex pareja, sin saber que se convertiría en la última persona que los vería con vida...

A la mañana siguiente, el mismo modisto intentó entrar en la vivienda, pero nadie contestaba al otro lado. Nervioso por lo extraño de la situación pidió al portero del edificio que le acompañara al interior del hogar con una llave de la que él mismo disponía. Al entrar, lo primero que notaron fue un enorme olor a gas.^[33] «¿Emilia?», la llamaba el modisto. Pero nadie contestaba. Un silencio sepulcral reinaba en la casa... Minutos después encontrarían los cuerpos sin vida en el interior del inmueble.

Caminaba haciendo el mismo recorrido que debieron hacer aquellos dos hombres. Sin embargo, toda la historia se encuentra llena de puntos no aclarados. Por ejemplo, el lugar del hallazgo. Hay quien habló de que sus cuerpos fueron encontrados en la cama y abrazados. Otros dicen que aparecieron en la bañera. Lo cierto es que el secreto de sumario silenció la respuesta.

Algunas habitaciones no tenían luz, por lo que era el haz de la linterna mi única guía en el escenario de aquella añeja tragedia. Me introduje en el cuarto de baño, de baldosines marrones, donde un fuerte olor a cerrado impregnaba la estancia, y corrí la puerta de la bañera, que crujió como si llevara meses sin ser abierta. Todo resonaba con especial fuerza en la soledad de aquel inmueble. El suelo de parqué también parecía quejarse ante algunas de mis pisadas, sobresaltándome y sacándome de la historia en que iba ensimismado. Por fin llegué a la cocina, el lugar donde fueron halladas abiertas las espitas del gas. Ante mí se encontraba la causa mortal de las primeras víctimas. El periódico *Las Provincias* fue uno de los primeros en cubrir la información, con un titular rotundo y directo como pocos: «Gracia Imperio, muerta por intoxicación de gas».

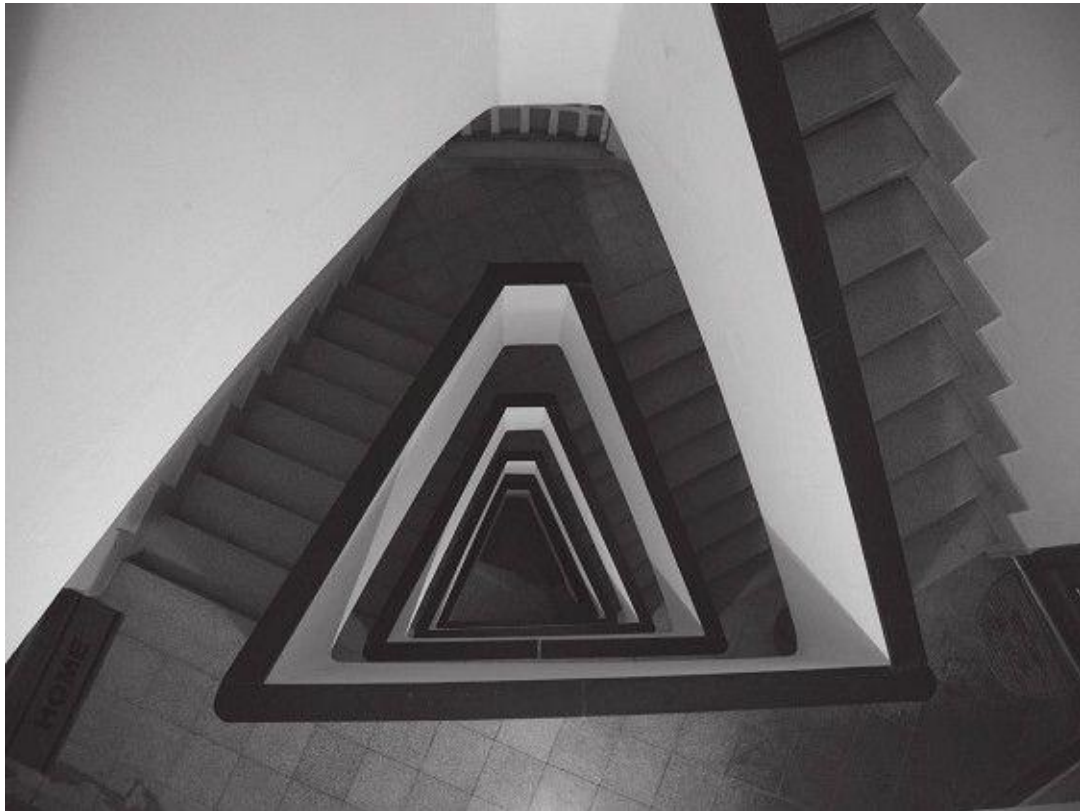
Se barajaron entonces tres vías de investigación para un misterio que, más de 40 años después, sigue sin resolver. ¿Suicidio, accidente o crimen? De tratarse de un accidente, era bastante extraño, pues el olor habría sido un buen aviso del descuido mortal. En cuanto a la hipótesis del suicidio, tampoco parecía cuadrar demasiado debido al buen momento profesional por el que estaba pasando la *vedette*. ¿Y la posibilidad del crimen? Parecía la única que se sostenía con mayor firmeza, aunque jamás pudo ser probada.

Seguí andando por la casa, como si allí fuera a encontrar las claves del misterio. Linterna en mano, era capaz de sentir un aislamiento muy especial, pese a encontrarme en el centro de una importante arteria valenciana. El edificio parecía completamente abandonado; los vecinos no daban señales de vida al otro lado de sus puertas.

Llegué entonces a una habitación llena de cajas, viejos muebles y libros esparcidos por el suelo. Como un improvisado trastero. Mi corazón dio un gran vuelco cuando, repentinamente, la linterna alumbró la cara de un payaso que me miraba fijamente desde el otro lado de la estancia. Su sonrisa, más como una mueca desencajada, parecía burlarse de mí con una enorme dentadura amarilla, mientras me

mostraba las cuencas vacías de sus ojos. Su peluca naranja y su pálido rostro resplandecían en la oscuridad. Con el corazón aún galopante, me di cuenta de que sólo era una máscara enganchada a un caballete de madera. El ensimismamiento en que iba absorto me había jugado una mala pasada.

Retrocedí y volví a adentrarme en el oscuro pasillo, mientras mi mente viajaba por un túnel del tiempo cuyos altos eran las víctimas del edificio maldito...



La escalera de la «finca maldita» tenía una forma totalmente extraña para las construcciones de la época: un triángulo perfecto que han atravesado, cayendo al vacío, algunas de las víctimas del edificio.

Seis nuevas tragedias

La siguiente víctima fue el cuñado de Mercedes Viana, la propietaria de 11 viviendas del edificio, que se arrojó al vacío por el hueco de la escalera. Al parecer, sufría problemas mentales, pero las causas de la muerte volvieron a quedar en el aire. ¿Accidente o suicidio?

Después llegó la muerte de un adolescente que acababa de cumplir la mayoría de edad. Para celebrarlo, aprovechando que sus padres no estaban en casa, había reunido a sus amigos en una fiesta mortal. Presuntamente fue el consumo de drogas lo que acabó con la vida del joven.^[34]

Años después se produjo la muerte de una niña de 2 años que jugaba a saltar en la cama con su hermano, cuando se precipitó al vacío por la ventana que había al lado. Su hermano, que la agarró de la mano para intentar salvarla, también acabó cayendo por la ventana.

Eran ya cinco las víctimas, pero la lista continuaba engrosando... El siguiente habitaba en la puerta 15. Se trataba de un hombre trabajador y educado, según lo recordaban algunos vecinos. Su madre llevaba varios días sin poder contactar con él por teléfono, por lo que pidió a una propietaria de Tres Forques 1 que entrara en la casa para comprobar que su hijo estaba bien. Fue Carolina López, dueña de un piso en el ático, una de las primeras personas en entrar. Al parecer, un desagradable olor parecía campar por el edificio desde hacía varias semanas. Pero, cuando Carolina abrió la puerta del inmueble, el olor se expandió con fuerza desde el interior, como una imparable avalancha invisible. Pronto halló la respuesta a aquel desagradable hedor que parecía emerger de la habitación al final del pasillo. Al abrir la puerta descubrió un amasijo de piel y huesos que yacía inmóvil en la cama. Era el cuerpo en descomposición de la víctima número 6.

Aparte de estas muertes que aparecieron en la prensa, Carolina me habló de algunas otras que habían pasado desapercibidas por no haber sangre de por medio. Sin embargo, me aseguraba, eran muertes producidas por la tristeza y la depresión. Una de ellas fue Marina, otra *vedette* valenciana, con la que ella misma había entablado una gran amistad tiempo atrás y que «murió de pena», según me contaba. Otra fue una mujer mayor cuyo nieto de sólo 13 años «le daba muy mala vida». Como la misma Carolina me comentó: «Parece que aquí hay una fuerza que cambia a la gente».

Aquello no fue lo único. Carolina había sido protagonista de auténticos fenómenos inexplicables que le habían provocado un pánico tan atroz que tuvo que poner el piso en alquiler y marcharse de allí cuanto antes...

Sombras en el dormitorio

Eran las 3 de la madrugada cuando abandoné el antiguo piso de la *vedette* por unos minutos para dirigirme a la octava planta, donde se encontraba el ático del que Carolina era dueña, pero en el que ya no vivía.

Lo habitó durante varios años con normalidad, pero pronto empezó a escuchar sonidos dentro de su hogar. Desde pisadas hasta puertas que se abrían solas. Una noche, mientras dormía, volvió a escuchar esos pasos que hacían crujir el parqué. Se incorporó entonces en la cama y fue testigo de cómo una sombra negra cruzaba el dormitorio hacia el pasillo principal. En un primer momento, asustada por si alguien hubiera entrado en casa, encendió las luces y corrió en pos de aquella figura. Sin embargo, cuando llegó al recibidor, allí no había absolutamente nadie. Como si aquel personaje se hubiera diluido con la oscuridad de la noche.

A la mañana siguiente Carolina colocó rejas en las ventanas por lo que pudiera pasar, y puso una pequeña luz de seguridad en la puerta del baño, por el miedo que le produjo la experiencia. Desde entonces no volvió a dormir sin tener encendida esa luz.

Durante otra noche, en pleno mes de agosto, la propietaria notó cómo una enorme corriente de aire frío se colaba en la habitación sin motivo aparente, mientras en el exterior las temperaturas rozaban los 25 grados. Aquella noche se marchó de casa.

Todo ello, unido a otra serie de percepciones, como la de sentirse vigilada permanentemente o notar presencias que parecían errar por la casa, le hicieron poner el piso en alquiler y marcharse a vivir a un pueblo a las afueras de Valencia. «Era como si el edificio durmiera de día y por la noche cobrara vida... Como si lo que hubiera dentro despertara al anochecer», me había dicho Carolina durante la entrevista.

Me desplazé entonces hacia la pequeña escalinata que lleva hasta la azotea del edificio. Justo allí se encuentra una pequeña sala: los contadores de la luz. Exactamente en ese punto, otro vecino tuvo una experiencia similar a la de Carolina.

Él vivía en el último piso, donde cuidaba de su gato. Una noche el felino se escapó de casa, por lo que tuvo que salir en su busca por todo el edificio. Me era fácil imaginarlo deambulando por aquellos pasillos blancos que ascendían firmes como en una inmensa chimenea. Finalmente, encontró al animal en la sala en la que yo me encontraba. Al entrar notó una sensación muy extraña, una incomodidad como nunca antes había notado en su vida. Su gato yacía inmóvil en un rincón de la sala, en posición defensiva, como si estuviera asustado por algo. En ese momento, algo recorrió la espalda de aquel hombre (¿sugestión o un ancestral e inconsciente mecanismo de defensa?) hasta ponerle el vello de punta. Una alarma interna saltó en

su interior, haciéndole coger a su mascota y salir de allí corriendo hasta llegar a su casa. Las sensaciones que el testigo vivió en aquella habitación fueron suficientes para no regresar jamás a aquel punto.

El haz de la linterna iluminaba tenuemente aquel cuartucho. Lo cierto es que, aunque no era capaz de notar nada similar, el recuerdo en mi cabeza de aquella historia parecía querer obligarme también a abandonar el lugar lo antes posible. Decidí no desobedecer a mi fuero interno y regresé a la puerta 9. El lugar donde todo empezó...



Fachada del edificio maldito de Tres Forques, en cuyo interior se han producido, al menos, 7 muertes trágicas.

Un triángulo maldito

Aquella mañana, antes de acudir al edificio, había estado en la redacción del periódico *Las Provincias*, donde el periodista Javier Martínez me había hablado de la repercusión de aquella historia que él había titulado en su reportaje como «La finca maldita de Valencia». Pero, antes de empezar la entrevista, Martínez recordó que algo muy similar había tenido lugar muy cerca de allí sólo unos años atrás...

—*Creo que ya hubo otra casa, muy cercana a ésta, que titulamos «La finca del crimen», porque también se habían producido varias muertes en su interior. Déjame ir a buscarlo un momento...* —dijo, mientras me dejaba sorprendido por el último dato. Minutos después, el periodista de *Las Provincias* regresaba a la sala donde habíamos desplegado nuestro equipo, con un recorte en la mano.

—*¿No me digas que lo has encontrado?* —le pregunté, expectante.

—*Así es* —respondió mientras me tendía el artículo.

Era la edición del 4 de abril de 2010. Casi en las mismas fechas que el artículo actual y el titular decía: «La finca del crimen». El artículo, también escrito por Javier Martínez, continuaba: «Un vecino murió de una paliza en el rellano, otro agredió con un hacha a su pareja y en dos pisos residieron una banda de ladrones de casas y un atracador de bancos».^[35]

—*¿Y dónde ocurrió todo esto?* —le pregunté, impresionado.

—*A escasos 100 metros del otro edificio... Concretamente en el número 1 de la calle Callosa d'En Sarrià.*

Mientras escuchaba las palabras de aquel periodista de raza, continuaba leyendo el artículo: «Una finca de Valencia tiene un desencanto especial. Como la fuerza magnética de un imán, el edificio atrae los sucesos, los delincuentes y los delitos de sangre».

—*Recuerdo haber cubierto los hechos y fue un caso parecido al de Tres Forques, aunque a menor escala. También a escasos metros del edificio ha habido otras muertes extrañas, como un hombre al que le prendieron fuego y otra persona que apareció muerta en el lugar.*

Estaba totalmente noqueado, cuando me ofreció un último dato...

—*Pero es que también a escasos metros de allí se produjo el accidente de metro más grave en muchos años... Fue en la Estación de Jesús. Ocurrió en el año 2006 y acabó con la vida de 43 personas.*

—*¿Y se determinaron las causas del accidente?*

—*Parece que pudo ser un exceso de velocidad, pero ¿causado por qué?*

Era como si el perímetro que rodeaba a aquel edificio atrajera a la fatalidad de forma casi constante. Un macabro goteo de sucesos propios de la España negra que

habían acabado formando un charco en torno a la avenida de Tres Forques...

Enterramientos medievales

Rafael Solaz es una de esas almas inquietas que siempre, sin excepción, propician datos más que interesantes a las investigaciones. Por ello, cuando decidí acudir a Valencia para cubrir el caso de la «finca maldita», lo primero que hice fue llamarlo para ponerle tras la pista de este asunto.

Tras acudir a la entrevista con Javier Martínez, nos dirigimos a la casa de Solaz. Horas antes me había dejado caer que había conseguido corroborar unos datos que me dejarían helado. No esperaba menos...

La casa del director de la Sociedad Bibliográfica Valenciana no podía ser de otra forma: grandes estanterías almacenaban enormes tomos, registros antiquísimos y legajos ya inencontrables. Libros auténticos del siglo XVII sobre exorcismos se apilaban junto a los diarios de antiguos cronistas de la tierra. En algunos soportes, extrañas esculturas talladas en madera parecían observarnos sigilosas, como queriendo conocer el porqué de nuestro encuentro, para después guardarlo en secreto durante siglos.

Solaz había investigado a fondo varios de esos tomos con resultados sorprendentes. El primero de ellos tenía que ver con una gran epidemia de peste que asoló Valencia en 1647. Podemos imaginar a los vecinos de la ciudad, completamente atemorizados ante aquella amenaza invisible que procedía del norte de África y que llegó a acabar con el 20% de la población de algunas ciudades.

La enfermedad, altamente contagiosa y letal, producía fiebres, dolores de cabeza, hinchazón de ganglios linfáticos y la aparición de manchas azuladas o negruzcas en algunas partes de la piel causadas por trombos con áreas isquémicas. Producía, además, una terrible agonía porque afectaba también al sistema respiratorio al originar importantes neumonías.

El contagiado, al principio inconsciente de que algo aniquilador y nefasto había empezado a habitar dentro de su cuerpo, empezaba a notar los primeros síntomas pasados tan sólo 3 días. Para entonces ya era tarde, no había cura efectiva. Aquellas manchas en la piel eran una tarjeta de embarque sin retorno. Una marca para un funesto destino.

Los muertos se apilaban a las puertas de las casas, sumidos en una niebla absoluta producida por la quema de hierbas como el romero. Se creía que este humo ayudaba a acabar con la epidemia. Los hospitales no daban abasto; las iglesias acogían a miles de fieles que se encomendaban a todos los santos y confesaban sus pecados, por lo que pudiera pasar. Tras las puertas de los cementerios no había hueco para un solo enterramiento más.

Fruto de una masiva danza macabra, muchos se vieron obligados a enterrar a sus

familiares a las afueras de las ciudades, para evitar los contagios.

En aquella época se instaló un hospital de campaña en la zona de Patraix, antiguamente en la periferia de Valencia, pero que, con el crecimiento de la ciudad, llegó a acoger, entre otras, a la avenida de Tres Forques. Allí fueron enterradas más de un centenar de víctimas de la virulenta plaga.

El dato no procedía de elucubraciones absurdas, sino de un libro de registros de la época, donde un cronista narraba en primera persona aquellas dantescas imágenes. No conforme con este dato, el cronista Rafael Solaz fue más allá y continuó investigando en los viejos legajos de su archivo. Como suele ocurrir cuando uno se sumerge a fondo en una historia, los datos nos dejaron petrificados. En el siglo XIX Valencia fue azotada por seis epidemias de cólera. El pánico más absoluto volvió a desatarse, imparable, por la ciudad. Aquellas buenas gentes eran conscientes de la facilidad de acierto en aquella terrible lotería macabra: sólo uno de cada tres infectados era capaz de sobrevivir a la enfermedad. La guadaña podía sesgar la vida del infectado sólo 24 horas después del contagio, mediante fuertes diarreas que acababan produciendo una mortal deshidratación. En esta ocasión, el mal vino del Ganges, río que nace en el Himalaya occidental. Aquel jinete del Apocalipsis sesgó la vida de casi 5.000 valencianos.^[36] De nuevo, la casualidad o la atracción de la tragedia (juzguen ustedes mismos): un hospital de campaña fue a colocarse en el barrio de Patraix.

Recientemente se hallaron varias fosas comunes con centenares de huesos de aquellas víctimas del cólera, la mayoría en el barrio de la Fuensanta, que limita al este, como no podía ser de otra forma, con la avenida de Tres Forques.^[37] La noticia corrió por los medios de toda España y, pronto, se ofrecieron nuevos detalles, como que aquellos cuerpos habían estado bañados en cal.^[38]

Aunque nadie más relacionó aquellas informaciones, fue Rafael Solaz quien, con sus palabras, volvió a sorprenderme una vez más: «Desde luego, estos datos son objetivos. Que estén relacionados o no, cada uno lo juzgará. Pero a mí me parece una muestra de que es un lugar propicio en sucesos negativos».

¿Puede matar un lugar?

La pregunta seguía sonando con fuerza en mi cabeza, mientras descendía casi a oscuras las escaleras de la finca maldita. Eran las 6 de la madrugada y un silencio sepulcral se extendía, denso, por el edificio.

Fuera amanecía y, mientras la ciudad empezaba a cobrar vida, parecía como si el edificio volviera a sumergirse en un letargo diurno. Tal y como había descrito Carolina López, como si el edificio durmiera de día y despertara de noche...

Al día siguiente tenía otra entrevista muy especial que, en parte, respondería a mis preguntas sobre si un enclave puede influir en la gente. Psicólogo y presidente de la Asociación de Hipnosis Profesional, Jesús Genaro vive muy cerca de Tres Forques y había conocido de primera mano el ambiente enrarecido de aquella semana en que los medios de toda España llenaron sus páginas con la «finca maldita». Aparte de describirme aquellos días de sentimientos encontrados entre los vecinos de la comunidad, me habló de cómo en psicología se distinguen casi a la perfección 3 tipos de lugares. Esta clasificación se conoce desde los primeros asentamientos en Europa y, con el paso del tiempo, ha dejado de ser tan clara para la población. La primera clase son los lugares relajantes, especialmente distinguidos por los pastores, ya que allí el ganado estaba más tranquilo y no se desbocaba. Incluso, estaba comprobado que las ovejas daban allí las mejores lanas por el estado de apaciguamiento que alcanzaban. Con el tiempo, esos lugares empezaron a ser aprovechados para erigir santuarios, templos y, posteriormente, lugares de relax como balnearios.

El segundo tipo son los lugares eufóricos, que transmitían alegría y entusiasmo a quienes los poblaban, y se utilizaron como centros de reunión social: plazas, mercados, centros de ocio, etc.

Finalmente, existe un tercer tipo de lugares que nadie parecía dispuesto a habitar: los centros depresivos. Sitios donde los animales iban a morir y los suicidas acudían para cumplir su último deseo. Allí, las peleas, trifulcas y agresiones tienen lugar con más asiduidad. El entorno produce sensaciones negativas, como abatimiento, desánimo, hastío, incluso, a la larga, depresiones. Al carecer de cualquier utilidad positiva para el hombre, estos lugares fueron quedando en el extrarradio de las ciudades, hasta que el valor del suelo anuló cualquier otro factor decisivo para la construcción que no fuera el dinero. Es curioso, porque el barrio de Patraix estuvo a las afueras durante siglos.

El encargado de ofrecer los últimos datos sobre este tema fue el criminólogo Vicente Garrido, también profesor titular en la Universidad de Valencia. Para él, la estadística de crímenes y tragedias en el edificio es absolutamente desorbitada: «Imaginemos que en España ocurren, al año, una media de 200 crímenes. De todos

ellos, sólo un 5 por 100 tienen lugar dentro de algún edificio. Piensa ahora cuántos millones de viviendas hay en nuestro país y reparte por ellos ese puñado de tragedias anuales. ¿Cuál es, entonces, la posibilidad de que un mismo lugar acumule siete tragedias de ese tipo? Más aún cuando no es un barrio marginal ni delictivo. Si lo piensas, en el 99,99 por 100 de las viviendas nunca ha ocurrido ningún homicidio. Esto nos habla de que, al menos, se trata de un edificio con una tradición verdaderamente sorprendente».

Touché.

Otros lugares marcados

El traqueteo del tren me devolvió a la realidad. Durante el viaje de regreso a Madrid iba recordando algunos datos y anotándolos en mi Moleskine. Recordé entonces que llevaba conmigo unos viejos recortes de prensa sobre otros lugares que habían sido bautizados como «malditos» mucho tiempo atrás.

El más sonado fue el número 3 de la madrileña calle de Antonio Grilo, donde se cometieron hasta ocho homicidios en diferentes épocas de su historia.^[39] El primero de ellos ocurrió en 1945, cuando un camiserero del primer piso fue asesinado por unos ladrones que entraron a robar. El 1 de mayo de 1962, un sastre asesinó a su mujer y a sus cinco hijos para después descerrajarse un tiro y poner fin a su propia vida. Aquel hombre aseguró haber escuchado voces que le habían obligado a hacerlo. De hecho, llegó a asomarse al balcón, con el cuerpo de uno de sus hijos en los brazos, gritando: «¡Tenía que hacerlo! ¡Tenía que hacerlo hoy!».

Por si esto fuera poco, dos años más tarde, una mujer estranguló a su bebé y escondió su cadáver en un cajón del armario. Diarios y semanarios de toda España, como *El Caso*, dedicaron varios especiales al trágico suceso, con titulares como «La casa de los crímenes» o «La casa maldita».

Esta serie de tragedias sólo suelen ser relacionadas por los propios vecinos de la zona, pero, desde hace unos años, el Observatorio de Seguridad del Ayuntamiento de Madrid está creando, en colaboración con otras ciudades europeas, un software que, a modo de mapa, avisaría de las incidencias que han ocurrido en cada lugar y pondría en alerta de otros que pudieran producirse atendiendo a rasgos como el número de sucesos que se han producido allí, el momento del año en que se produjeron y otra serie de factores que pudieran influir. Sin embargo, es posible que estos «mapas del crimen» nunca se hagan públicos. Como explicaba Manuel Correa Gamero, director del Observatorio de Seguridad del Ayuntamiento de Madrid, esto podría tener repercusiones directas sobre el mercado inmobiliario, provocando una depresión en zonas donde hubiera una alta criminalidad. Sin embargo, para Felipe Hernando, vicedecano de la facultad de Geografía e Historia de la Complutense, que lleva cartografiando el crimen en Madrid desde 1983, son datos que deberían hacerse públicos porque están directamente relacionados con la seguridad del ciudadano: «Además, estos mapas desmontan tópicos, como la criminalización del extranjero, ya que los barrios inmigrantes son también víctimas de muchos más crímenes, o el miedo de las mujeres a los parques, la mayoría de las violaciones se cometen en el entorno del hogar».^[40]

Algo más fruto del azar que de la fatalidad ocurrió en la calle Bravo Murillo, 353. El semanario *El Caso* la bautizó como «La casa que atrae a la muerte». El periodista

comenzaba el relato totalmente conmocionado, porque en 1961 recibieron una llamada a la redacción diciendo: «Vengan inmediatamente al número 353 de Bravo Murillo porque ha ocurrido algo importante». En la noche del 8 de junio de 1956 recibieron una llamada similar, diciendo que en ese mismo número había ocurrido algo terrible. Cuando llegaron allí en 1956, encontraron una escena dantesca. Entre escombros, polvo y sirenas de ambulancia, pronto descubrieron que se acababa de derrumbar un edificio. El balance de la tragedia fue de 16 víctimas y 30 heridos.

Años después, en ese mismo lugar, se abrió una tienda de electrodomésticos. Fidel Moreno Calvo y su familia vivían encima de la misma. De nuevo, casi a la misma hora, 1.45 de la madrugada del 10 de febrero de 1961, el piso volvió a temblar, como lo había hecho 5 años antes. Parecía que iba a volver a hundirse. Todos salieron corriendo de allí, atemorizados. Ya fuera, cuando miraron la fachada, descubrieron que un autobús se había empotrado con el edificio. La escena volvió a llenarse de ambulancias y policía. Por suerte, esa vez no hubo muertos, pero el conductor, Manuel Gómez Castresana, que realizaba un trayecto fácil y al que estaba habituado, no supo explicar las causas del accidente, porque sufrió una grave conmoción cerebral. El artículo habla de «la casa maldita», porque desde hacía años los vecinos ya la conocían así.

Fuera de España estos casos ocurren también con asiduidad, aunque no suelen traspasar nuestras fronteras. El 3 de octubre de 1983, José Galvez Denegri degolló en su domicilio de Perú a una bailarina y a su hijo de 8 años, para después descuartizarlos y esparcir sus vísceras por todas las estancias de la casa. Tras aquel suceso atroz, nadie quiso comprar el inmueble por razones lógicas, por lo que meses después un sacerdote de la parroquia de Antón acudió al lugar para exorcizarlo y «alejar de él la mala suerte». Semanas después del ritual, aquel hombre fue asesinado en extrañas circunstancias, alimentando así la leyenda negra del lugar.

El 18 de noviembre de 1990, la fatalidad volvió a marcar con sangre aquel edificio. Un hombre asesinó a su mujer de un disparo, para después suicidarse. Aquél fue el detonante de que muchos vecinos vendieran sus hogares para mudarse muy lejos de allí.

Al llegar a Madrid, las dudas seguían resonando en mi cabeza, con más fuerza que antes. Ya no se trataba de un caso aislado, sino de otros muchos y en diversas partes del mundo. En Alemania, por ejemplo, existe un parque propicio en tragedias sangrientas, al igual que en Japón existe un «bosque de los suicidios»: el de Aokigahara, donde cada año casi un centenar de personas acude para quitarse la vida.

Por tanto, ¿puede un crimen incitar a que se produzcan otros, tiempo después, aun sin conocerse lo que ha ocurrido allí antes? ¿Puede existir una fuerza capaz de atraer a la fatalidad más absoluta e incierta? Lo más razonable es pensar que no. Pero ahí están los casos y las estadísticas para demostrarnos que, en ocasiones, lo razonable se

torna absurdo.

Expediente 8:

La plaza de los aparecidos

«EN ALBACETE, VARIOS VECINOS ASEGURAN QUE SE REGISTRAN FENÓMENOS PARANORMALES EN UN EDIFICIO DE LA PLAZA PERIODISTA ANTONIO ANDÚJAR. PIENSAN QUE LA CAUSA ES QUE EL INMUEBLE ESTÁ CONSTRUIDO SOBRE UN CEMENTERIO»

RTVCM, 02/11/10.

Un lugar concurrido

La plaza del Periodista Antonio Andújar se encuentra escondida del barullo de Albacete. Aquella tarde de noviembre un frío seco helaba los pulmones, mientras las tenues farolas parpadeaban, tiñendo de una luz amarillenta los muros de ladrillo y hormigón de los edificios. Varios niños jugaban en un pequeño parque infantil sin saber que, bajo sus pies, se hallaba un viejo cementerio con más de un centenar de huesos humanos. Sus risas sonaban secas, huecas, como cortadas por el gélido viento invernal. Ese pequeño rincón albaceteño, con forma trapezoidal, escondía un secreto. En realidad, un secreto a voces entre los vecinos.

Durante mis investigaciones anteriores había dormido en parajes abandonados aparentemente tocados por el misterio, había pasado horas en hoteles donde los huéspedes habían vivido noches de auténtico pánico y había tenido cara a cara a testigos que me contaban, aun con el vello de punta, escenas imposibles en el dormitorio de sus hogares.

Sin embargo, este caso no se parecía a nada de lo que había investigado anteriormente, entre otras cosas porque los fenómenos no sólo ocurrían en el interior de un piso, ni tan siquiera de un edificio. Ocurrían en todos los bloques de una plaza. Algunos vecinos llegaron a asegurarme que incluso algunos locales del entorno también habían sido escenario de fenómenos extraños.

Al igual que ocurre tantas otras veces, fue la actualidad la que sacó estos hechos a la luz. Aquellos testigos, vecinos de la plaza del Periodista Antonio Andújar que callaban por miedo a ser tomados por locos, empezaron a hablar de unos extraños moradores que parecían pulular por los eternos pasillos de sus hogares...

Para entrar a vivir

Gracias a la hospitalidad de Carmen García, una de las vecinas de la zona, pude acceder al interior de uno de los edificios. Me recibió un enorme y moderno portal que parecía derribar por completo el tópico del palacio victoriano como escenario de fenómenos extraños. Un lugar que, a simple vista, nunca haría pensar en una historia como ésta...

Fue a finales de 1980 cuando varios inquilinos acudieron ilusionados a habitar sus nuevas viviendas situadas en esta plazuela de Albacete. Sobre el solar había descansado, durante años, un cuartel militar. Los nuevos bloques habían conservado su estructura exacta; alrededor de un patio central, un largo y estrecho pasillo lleno de ventanas, comunicaba con las 4 habitaciones de la casa. A su vez, el recibidor ofrecía acceso al cuarto de baño, la cocina, y a un amplio salón.

Las familias fueron acomodándose hasta que, con el paso de las semanas, todos terminaron la mudanza.

Sin embargo, con el ajetreo habitual de los muebles, cajas, y desembalado de enseres personales, aquellas personas pasaron por alto algo que fue determinante tiempo después en su convivencia. Las casas parecían estar habitadas por unos extraños inquilinos...

—*Al principio* —me comentaba Carmen García, una de las vecinas de la plaza, en el interior de su casa—, *notábamos respiraciones, corrientes de aire o la sensación de que había alguien en el pasillo.*

—*¿Pero no veíais a nadie?* —pregunté.

—*Absolutamente a nadie. Al menos los primeros días. Pero escuchábamos ruidos en el pasillo, como pisadas de alguien que camina por aquí. Íbamos al pasillo pero allí no había nadie...*

Carmen me acompañó a ese lugar, un angosto pasillo de varios metros de largo. Teníamos que caminar en fila india para poder avanzar los dos juntos. Llegamos al fondo, donde se encontraba una de las habitaciones.

—*Tiempo después de la mudanza nos ocurrió algo en esta habitación, que es la de mi hija. Intentaba entrar pero no podía. Era como si alguien la empujara con fuerza desde el interior. Vinimos a empujar, pero era imposible. No cedía. Ese día salimos corriendo de casa, muy asustadas, y nos bajamos al supermercado.*

—*¿Qué ocurrió entonces?*

—*Pues allí mucha más gente nos contó que ellos también habían vivido cosas así en sus casas. Pero no sólo en mi bloque. En los de enfrente también y en los de al lado.*

—*¿Y cuando subisteis de nuevo a casa...?*

—*Volvimos cuando se nos pasó el susto. Ya en casa volvimos a intentar abrir la puerta y lo hizo a la primera, sin esfuerzo ninguno.*

Estábamos en el interior de esa habitación. Una puerta de madera oscura, un tirador dorado y nada más. Ni tan siquiera un pestillo. Una puerta normal y corriente. Fue entonces cuando entró su hija en la habitación para ofrecerme nuevos datos...

—*Esta habitación es el sitio donde más cosas ocurren. Por las noches escucho pasos, siento corrientes de aire, como que alguien pasa rápido al lado de mi cama. Y se escuchan susurros.*

—*¿Pero cómo puedes dormir?* —pregunté asombrado, sin ningún atisbo de ironía.

—*Pues al principio no dormía. Pero con el tiempo me he ido acostumbrando...*

Éste era un detalle que puede chocar la primera vez que se escucha, pero se repite, casi como un patrón, en la mayoría de casos. La gente aprende a convivir con el fenómeno y son pocos (aunque también existen) los que acaban desistiendo y marchándose de un lugar por miedo.

Carmen García volvió a llevarme al salón, de donde colgaba una pequeña lámpara que, alguna noche, había llegado a moverse completamente sola, como si danzara al son de una inexistente sinfonía. Exactamente en ese lugar habían empezado a crecer los fenómenos.

Una tarde Carmen se encontraba viendo la tele cuando algo llamó su atención. Había una figura en el pasillo. Una sombra de pequeño tamaño.

—*Al principio no le di importancia porque creía que era mi marido. Pero cuál es mi sorpresa cuando miro al otro lado del salón y veo los pies de mi esposo, en el sofá, que estaba echando la siesta. ¡Lo desperté, asustada! Le dije: «¡Que hay alguien en casa!».* Él se levantó y me dijo: «*¿Cómo va a haber aquí nadie, si estamos los dos solos?*». Le conté lo que había ocurrido, pero no me creía. Él es muy escéptico, pero aun así también ha visto cosas...

Parecía como si, después de los ruidos y otras percepciones más subjetivas, el fenómeno se fuera retroalimentando, creciendo. Generando otro tipo de visiones mucho más terribles...

Carmen Simarro, otra de las vecinas de la plaza, me comentaba cómo hacía varias semanas, mientras dormía en su cuarto, había visto pasar otra figura caminando despacio tras de la puerta de su dormitorio, al final del pasillo. Lo más curioso de la visión es la descripción que hizo Carmen: se trataba de una figura espigada, completamente oscura, que se movía de forma extraña, «como si fuera un robot». De nuevo una de esas descripciones de lo absurdo que se repiten sin que los testigos sean conscientes de ello. Fue entonces cuando Carmen Simarro me contó uno de los fenómenos que acudirían a mi cabeza durante aquella misma noche, en el interior de la habitación del hotel en que me hospedaba...

—Hace tiempo trajimos un espejo a casa, de un viaje al extranjero. A mí me gusta mucho acostarme tarde, suelo quedarme aquí cuando todos se han ido a la cama. El caso es que, a partir de las 23.00, empecé a ver a una mujer que me miraba desde dentro del espejo. —Mi cara debió ser un poema, porque Carmen golpeó mi hombro con insistencia—. ¡La veía como te estoy viendo a ti! Era siempre a partir de esa hora. Una señora vestida de negro, como de luto. De pronto miraba al espejo y decía: «Ya está ahí» —su voz adquirió entonces un tono despectivo, propio de alguien irritado por la angustia—. ¿Sabes lo que me daba más miedo?

—Cuéntame...

—Su cara. Su expresión. No sonreía ni me hacía ningún gesto. Sólo me miraba... ¡Y me tenía que acostar! Pero es que mi hija también la vio varias noches...

—¿Y qué hicisteis con el espejo?

—¡Lo tiramos! Mira que me costó porque era un regalo. ¡Pero es que me daba un miedo...!

—¿Y qué fue lo siguiente, Carmen? —pregunté.

—Que los vecinos también empezaron a hablar...

Niños en el pasillo

Al parecer la mayoría de los vecinos estaban viviendo fenómenos parecidos y, en ocasiones, incluso peores. Algunos llegaron a ser «agredidos» por aquellas sombras. Sin embargo, nadie se atrevía a hablar por miedo a quedar como un loco. Pero algo inevitable en una comunidad de vecinos es que ciertas «anécdotas» acaben saliendo a la luz. Con el paso de los años, a raíz de un primer testimonio, la mayoría acabó hablando de verdaderas noches de horror en el interior de sus inmuebles...

Ana González Gómez vivía en el primer piso, desde donde tenían acceso al patio. Toda la familia se juntaba allí muchas noches para cenar al aire libre. Alrededor del patio se extendía el largo pasillo con grandes ventanales que comunicaba, a su vez, con los dormitorios. Durante varias noches la familia vivió una escena propia de otro tiempo. Mientras cenaban en un ambiente agradable, se dieron cuenta de cómo las cortinas de las ventanas empezaban a moverse desde el interior. Entonces, observaban cómo tras los cristales, dentro de su propia casa, un grupo de niños de unos 8 años correteaba por el pasillo...

—Siempre los veían como en dos dimensiones; parecían planos y no se les veía la cara; la tenían como negra. Los veían además como en blanco y negro —me contaba Carmen García—. Entonces empezaban a golpear los cristales, como si estuvieran haciendo una travesura. Los golpeaban con fuerza. Y cuando la familia corría al interior de la casa los veían desplazarse por el pasillo y se metían en la última habitación. Cuando llegaban allí, los niños habían desaparecido. No había ni rastro.

Lo más curioso es que el testimonio de Ana González sobre la visión de «infantes de otro tiempo» en su hogar no era único en el edificio. Pero ella no lo sabía. Al parecer, en el bloque de pisos de enfrente habían tenido lugar fenómenos similares. La familia en cuestión acabó poniendo el piso en venta a raíz de una última visión.

Los padres se habían marchado de viaje y, aprovechando el momento, uno de los hijos decidió hacer una fiesta en casa. La gente fue llegando a la hora estipulada, pero de repente ocurrió algo. Cuando uno de los amigos se dirigía a la cocina vio un grupo de niños sin piernas, como flotando en mitad del pasillo. Aquellos niños sonreían ingrátidos, sin hacer ningún otro gesto, como observando desde otra dimensión. El joven empezó a gritar y salió corriendo de la casa. Cuando el resto corrió al pasillo para ver qué ocurría fueron también testigos y echaron a correr despavoridos. La casa quedó abierta de par en par. La música seguía sonando en medio de aquel ambiente enrarecido. Los niños quizá siguieron allí en completa oscuridad, mirando al vacío durante horas... Porque los jóvenes no volvieron para recoger sus pertenencias. Semanas después, la familia puso la vivienda en venta. Se marcharon de allí y nunca más volvieron.

Los monjes del dormitorio

Para el testigo que vive una experiencia que le supera por lo inexplicable, conocer a otros que se han enfrentado también a lo imposible es como una forma de terapia. Al menos sienten que no están tan solos, que otros han vivido lo mismo, que la incertidumbre que les aqueja no es única. De esa forma, Carmen García se convirtió en portavoz de otros muchos vecinos del edificio. Intentaba indagar en su tiempo libre y preguntaba a unos y a otros si también habían notado algo extraño en sus inmuebles. En definitiva, hizo una admirable investigación por cuenta propia, recogiendo diferentes testimonios.

Uno de ellos le contó cómo una madrugada, al ir a acostarse, notó que algo le observaba desde el final del corredor. Al acercarse descubrió una sombra de más de dos metros de altura que parecía observarlo en silencio, para segundos después desaparecer al final del pasillo. Otros hablaban de una figura espigada a la que llegaba a distinguírsele una túnica marrón y una capucha del mismo color. El testimonio más terrible es el de una pareja que se ocultaba mutuamente este tipo de visiones para no sugestionarse. Pero ambos las veían de forma habitual. «Por ejemplo en más de una noche, el marido —aseguraba Carmen García—, al acudir al aseo, lo había visto allí, en mitad del pasillo, como aguardándolo. Después de mirarlo, se iba». Una de las noches la esposa no pudo reprimir el grito cuando volvió a verlo agazapado en el pasillo. Fue entonces cuando hablaron el uno con el otro, como ocultándose un enorme secreto, y confesaron haber visto aquella figura en más de una noche. Curiosamente, a partir de ese día, el fenómeno pareció volverse mucho más agresivo. En ocasiones, ambos se desvelaban con una fuerte presión en el pecho, para darse cuenta de que la gran sombra se cernía sobre ellos en el dormitorio. Aquello fue el punto de inflexión, el momento en que decidieron que no podían continuar con aquello que estaba llegando a afectar a su propia salud. También pusieron el piso en venta días después. Huelga decir que ellos tampoco regresaron a su antigua vivienda.

El hallazgo

La Biblioteca Pública de Albacete se encontraba a escasos minutos de mi hotel. A la mañana siguiente acudí hasta ella para conocer más a fondo algo que había ocurrido en 2010 y que parecía dotar de una profundidad especial a toda esta historia. Rellené tres pequeñas tarjetas, solicitando varios periódicos locales de agosto de aquel año. Minutos después, la bibliotecaria, con una holgada bata blanca, me trajo varias cajas polvorientas llenas de información y sucesos que, posiblemente, ya habían sido olvidados a causa del bombardeo diario de noticias al que estamos sometidos. La sobreinformación como forma de desinformación.

Divagando en esas teorías hallé la portada que andaba buscando. *El Día de Albacete* mostraba una inquietante fotografía. En el suelo un enorme socavón sacaba a la luz varios huesos y cráneos que se apilaban y se escondían entre la tierra. El titular decía: «Las obras destapan un yacimiento arqueológico en pleno centro».^[41] El hallazgo tuvo lugar durante las obras de soterramiento de unos contenedores de reciclaje. La periodista Teresa Roldán, que cubrió la información para *La Tribuna de Albacete*, me explicaba que el descubrimiento fue fruto de la casualidad. Nadie parecía haberse dado cuenta (o no querían darse cuenta) de los huesos que yacían enterrados y amontonados hasta que un arqueólogo que pasaba por allí decidió echar un vistazo. Qué sorpresa se llevó cuando vio aquellas tibias, costillas, cráneos y otros restos óseos, asomando en el socavón.

Al día siguiente la prensa continuó ofreciendo datos sobre el hallazgo: «Las obras que estaban realizando en la plaza del Periodista Antonio Andújar tuvieron que detenerse hace un par de días por un hallazgo inesperado con el que se toparon mientras realizaban los trabajos de excavación para incorporar unos contenedores soterrados».^[42]

Carmen Oliver, alcaldesa de Albacete en aquel momento, hizo unas declaraciones asegurando que iban a recogerse muestras para analizar su origen y que, por supuesto, se paralizarían las obras. Se llevó a cabo un pequeño análisis de los restos y otros medios como *El Pueblo de Albacete* continuaron informando con los resultados: «Los restos de la plaza Periodista Andújar son humanos».^[43]

Fue al surgir aquella noticia cuando algunos vecinos se acercaron a los medios de comunicación para hacer una valiente declaración: en sus casas estaban ocurriendo fenómenos paranormales. La periodista Amparo Aguilar fue quien sacó a la luz aquellos testimonios, ni más ni menos que en los informativos de Radio Televisión Castilla la Mancha: «La prueba definitiva apareció bajo tierra el pasado mes de agosto [...] Varias personas han presenciado los *poltergeist*. Son fenómenos eléctricos, voces y apariciones de niños pequeños que pudieron ser inquilinos de un

viejo hospicio». ^[44]

Todo el mundo en Albacete quedó muy sorprendido por el extraño giro que había dado aquella historia. Bueno, no todo el mundo. En la plaza del Periodista Antonio Andújar muchos ya esperaban algo así. «Yo sabía que aquí tenía que haber algo de eso, porque sino no es normal. No es normal todo lo que pasa, las apariciones de niños, los monjes y las voces...», me había dicho Carmen García. Y no se equivocaba; el tiempo le dio la razón.

El convento de San Francisco

Para confirmar el dato que habían ofrecido algunos medios de comunicación, también algunos vecinos, sobre el posible origen de aquellos huesos, acudí al Archivo Histórico de Albacete. Allí me recibió muy amablemente su directora, Elvira Valero, que había dispuesto sobre una mesa todos los mapas de la ciudad durante diversas épocas. Auténticas joyas históricas que no harían más que cerrar esta historia como si de un círculo perfecto se tratara, como un engranaje en el que todas las piezas encajaban a la perfección, como en una película de terror con estructura básica de presentación-nudo-desenlace. Sobre un mapa amarillento de 1767, justo en la zona donde actualmente se sitúa la plaza en cuestión, aparecía dibujado un gran edificio con la letra B debajo. En la referencia, junto a la letra B aparecía escrito: «Convento de San Francisco».

—*Efectivamente, allí había un convento de monjes franciscanos. Era del siglo XV y duró hasta el siglo XVIII, cuando se cerró por falta de monjes. Entonces se convirtió en una lonja y después en el Cuartel Militar de San Francisco* —me aclaraba Elvira.

—*¿Y qué parte exacta del convento es la que daba a la actual plaza?*

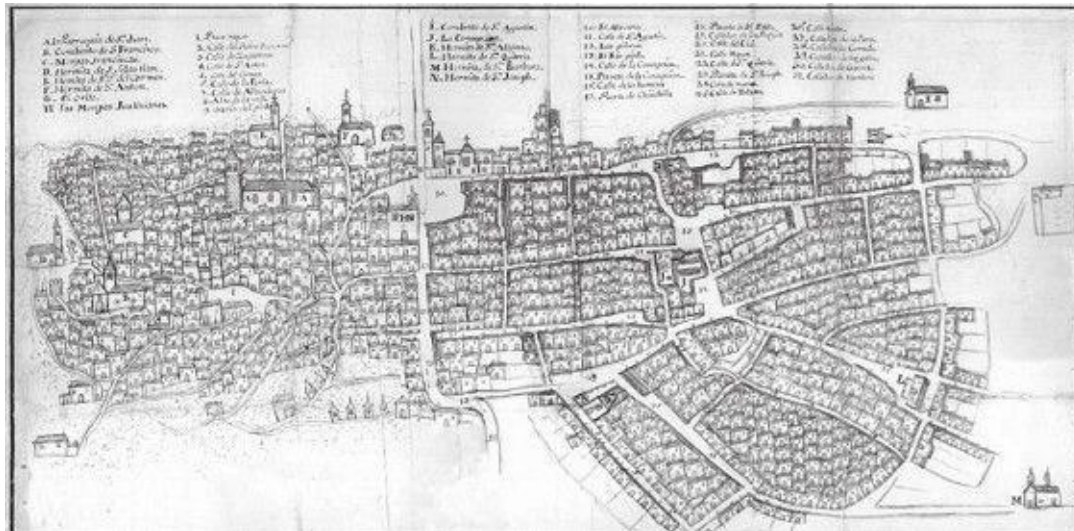
—*Pues según esto* —dijo extendiendo sobre la mesa otro antiquísimo plano— *era la iglesia. Justo el lugar donde enterraban a los monjes. No sólo a ellos. He encontrado un testamento en el que don Pedro Dávila pide ser enterrado en la capilla portando el hábito de los monjes franciscanos. Es decir, también los pudientes pedían ser enterrados allí.*

Aquello fue como un puñetazo en el estómago. ¿Los vecinos de un bloque de viviendas empiezan a ver figuras con túnicas marrones en el interior de sus casas sin saber que, bajo sus cimientos, hay más de un centenar de huesos pertenecientes a monjes franciscanos? Pero aún quedaba un último detalle...

—*Elvira, ¿es posible que hubiera niños enterrados en ese lugar?*

—*Más que posible. Ten en cuenta que antes no había cementerios y eran las iglesias las que servían de lugar de enterramientos. Pero no sólo eso. Justo enfrente existía un convento de monjas franciscanas que en los mapas del siglo XX vemos que se ha convertido en un hospicio infantil...*

Aquello fue el último golpe. Un enorme vértigo se extendió por mi interior, tambaleando mis esquemas y alimentando aún más mis dudas. ¿También había hueco para los niños en la historia? ¿Acaso no era algo propio de una novela de Edgar Allan Poe o de Henry James? Sin embargo, ahí estaban los testigos que, 30 años antes de la aparición de los huesos, hablaban precisamente de apariciones espectrales de niños y monjes. Precisamente allí, en el lugar en que estaban enterrados sus huesos.



Mapa de Albacete en el siglo XVII en el que aparece el convento de San Francisco justo en el lugar en que hoy se asienta la plaza del Periodista Antonio Andújar.

Kilómetro trágico

Al día siguiente regresé al hogar de Carmen García para darle las copias de aquellos mapas que había obtenido en el Archivo Histórico como prueba definitiva de aquellas teorías sobre el origen de los huesos. Fue entonces cuando Carmen me ofreció nuevos datos que yo no conocía y que tenían que ver con la sangre, la tragedia y la fatalidad...

—Curiosamente en esta zona está demostrado que hay un índice altísimo de sucesos. Las llamadas al 112 son mucho mayores aquí que en todo el resto de Albacete. Como si hubiera una energía muy negativa...

—¿A qué te refieres? —le pregunté, sin saber muy bien lo que quería decirme.

—Verás, justo en este bloque ha habido un intento de suicidio y otro caso de suicidio de una persona joven que se disparó en la boca con la escopeta de su padre. Fue horroroso... También ocurrió el accidente de un niño de 7 años que cayó por la ventana de un cuarto piso mientras hacía la cama. Pero si salimos del bloque, en esta misma manzana, ha habido otro suicidio, en el Mercado de Villacerrada, de un carnicero que apareció colgado en su propio establecimiento, otro suicidio de una mujer sudamericana en la residencia Cervantes, un hombre que da 20 puñaladas a su novia y después se suicida también...

Recuerdo que, pese a que mi grabadora estaba recogiendo todos los datos, no pude parar de anotar cada uno de los detalles que me ofrecía, totalmente impresionado. Si aquello era cierto se trataba de un dato realmente sobrecogedor...

A mi llegada a Madrid acudí rápidamente a la Biblioteca Nacional. Quería rastrear todos los periódicos de Albacete, para poder contrastar los datos. Fuera llovía con fuerza y la Biblioteca ejercía de cápsula del tiempo; un lugar de reposo y sosiego en medio del gran bullicio de la capital. Sus bóvedas y pinturas espiaban silenciosas en medio de un silencio sepulcral quebrado a veces por los truenos de un cielo que parecía retorcerse de dolor. Allí, también rodeado por el agonizante sonido de los viejos procesadores, corroboré el dato ofrecido por Carmen García. Los periódicos pasaban ante mí a través de la pantalla del lector de microfilm. Imprimí casi un centenar de recortes sobre sucesos que habían tenido lugar en la localidad de Albacete.

Cuando llegué a casa, ya de noche, contrasté aquellos lugares de tragedia sobre un mapa. Para mi sorpresa, la mayoría de ellos habían tenido lugar, efectivamente, en calles limítrofes a la plaza o en un radio de escasos kilómetros a la redonda. El 1 de junio de 2007, *La Verdad de Albacete* recoge: «Fallece una mujer en Albacete, presuntamente apuñalada por su cónyuge», en la calle del Rosario. Ese mismo periódico, el 12 de septiembre recoge otra noticia: «Fallece un hombre tras ser

atropellado por un todoterreno cerca de la Feria». El 11 de noviembre de ese mismo año, titula: «Un hombre de 69 años, atropellado en un paso de peatones en la calle Martínez Gutiérrez». También un extraño incendio en la calle de la Feria y un coche que choca sin motivo aparente contra los juzgados. Y una niña de 18 meses que fallece tras caer al vacío desde un segundo piso en la calle Torre Quevedo. Como si, al igual que ocurría con la avenida Tres Forques de Valencia, el lugar tuviera una especial atracción por los acontecimientos trágicos. Una última píldora a una historia llena de testigos y también de datos que parecían corroborar cada uno de sus encuentros con lo imposible...

Expediente 9:

La casa del crimen

«POCOS SUCESOS HAN MARCADO TANTO A LA CIUDAD COMO EL OCURRIDO EN EL INTERIOR DE UNA VIVIENDA DE SAN MILLÁN EL 30 DE MAYO DE 1892. EL ASESINATO DE SUS MORADORES A MANOS DE TRES RATEROS DISPARÓ LOS MIEDOS DE UNA SOCIEDAD EN DECADENCIA Y MUY ACOSTUMBRADA A ESTE TIPO DE SOBRESALTOS»

El Norte de Castilla, 12/06/05.

El crimen de «El Francés»

El 30 de mayo de 1892 la muerte llamó a la puerta de Alejandro Bahín Masson. Mejor dicho, saltó sin escrúpulos la tapia trasera de su casa. Apodado «El francés» por sus orígenes, a sus 73 años Bahín era un hombre introvertido, extraño y profundamente misterioso. Nunca hablaba con nadie y apenas tenía vida social, razón de más para pensar que disponía de gran capital, pues tenía arrendadas varias casas a algunos vecinos de Segovia. Si no gastaba ese dinero, debía disponer de él en algún lugar de su enorme vivienda del número 5 de la calle Carretas.

Aquel viejo caserón había sido construido en el siglo XV y habitado durante años por la familia Ayala Berganza, hasta que fue ocupado por Bahín y su sirvienta, Isabel García Benito, de 67 años. Aunque don Alejandro había quedado viudo dos años atrás, algunos especulaban con que mantenía una relación con la sirvienta, que había seguido el ritmo de vida de aquel antiguo concejal del Ayuntamiento. Ella tampoco salía de casa y dedicaba gran parte de los días a su mantenimiento. Debajo de su colchón guardaba algunas monedas de oro y plata que, tras largas jornadas de trabajo, había conseguido ahorrar sin dificultad. Pero aquella rutina fue quebrada por la avaricia de tres rateros que creyeron —de forma equivocada— que podrían enriquecerse a costa de los ahorros de Bahín...

La mañana del 30 de mayo fue la última vez en que Alejandro fue visto con vida. Horas más tarde lo encontrarían tendido en el suelo de su casa con la cara ensangrentada y con restos de cal en las uñas, señal de un último y desesperado esfuerzo por salvar su vida...



La «casa del crimen» se encuentra en pleno barrio de San Millán, también conocido como «barrio de las brujas».

Un robo sin sangre

Aquella era la premisa de los tres rateros que sesgaron sin pensarlo la vida de Alejandro Bahín y su criada: llevar a cabo un robo sin sangre, evitando a toda costa que nadie saliera herido. Pero las garras de la ambición, siempre afiladas, tiraron por tierra cualquier complicación que pudiera alejarlos de su objetivo final: el dinero.

Aquilino Velázquez, Enrique Callejo, alias «Lobo» y Emeterio Salinas, alias «Bonete», rondaban los cuarenta años de edad. El primero mantenía una estrecha relación con la víctima, ya que éste le arrendaba una de sus casas, que el criminal pagaba religiosamente cada mes.

Pese a todo, los tres ladrones llevaban tiempo queriendo asaltar aquel gran caserón como posible solución a la pobreza que estaban viviendo en aquellos días y, tras varias ocasiones pospuestas, señalaron una fecha en el calendario y acordaron que aquél tendría que ser un robo sin sangre.

Aquella noche los tres rateros saltaron la tapia del patio trasero y se colaron en el palomar. Una vez allí, aguardaron toda una noche en su interior, esperando el momento más propicio para llevar a cabo su hazaña. Cuando amaneció se introdujeron sigilosos en la casa para iniciar sus tropelías. Pero algo debió truncarse, pues lo que iba a ser un robo discreto acabó convirtiéndose en un crimen atroz.

Primero mataron a doña Isabel, cuyo cadáver fue encontrado en el pajar. Le habían embutido en la boca el velo que ésta solía llevar en la cabeza. Había sido estrangulada sin piedad. Lo más probable es que en ese momento ella se encontrara sola en la casa. Cuando Bahín regresó del trabajo a mediodía no sabía que iba a convertirse en la víctima número dos. Pero no sería la última; antes de marcharse, los malhechores acabarían también colgando al gato de una viga.

El cuerpo de Alejandro fue encontrado en el rellano de la escalera, en posición supina y con la cara completamente ensangrentada. Tenía claros síntomas de haber sido estrangulado. Un detalle terrible es que, dentro de sus uñas, encontraron importantes restos de cal, señal de haber intentado asirse a las paredes con todas sus fuerzas, tratando de sobrevivir.

Tras registrar la casa se llevaron algunas pertenencias de Alejandro, como un reloj de oro que, posteriormente, se convertiría en el señuelo que acabaría llevando a las autoridades tras la pista de estos asesinos.

Finalmente, antes de marcharse, los tres hombres se dieron cuenta de que la comida que Isabel había estado preparando durante toda la mañana seguía aún en la cocina. Sin reparo y con los cuerpos de las víctimas aún calientes, los tres bandidos se sentaron a la mesa y degustaron un delicioso plato de cocido junto a medio queso y una botella de vino.

Cuando la policía encontró la escena del crimen horas más tarde, todo estaba sumido en el más absoluto caos. Los cajones estaban desperdigados por el suelo, las camas y los armarios habían sido revueltos y las cómodas y baúles se encontraban abiertos de par en par.

Junto a la tapia del pajar seguía extendida la escalera de mano que había ayudado a entrar a los tres bandidos. Todo parecía apuntar a que el móvil del crimen había sido el robo. Pese a todo, no encontraron el taleguillo de monedas de oro y plata que doña Isabel guardaba bajo su colchón.

El miedo se expandió entonces como la pólvora. Al fin y al cabo, aquellos desalmados estaban en libertad y nadie tenía ni una sola pista para averiguar quiénes eran los culpables. El asesino, o los asesinos, podían estar al acecho a la vuelta de la esquina. Aunque se sentara en la barra de la taberna más concurrida, uno no podría reconocerlo.

En aquellos días, pese a que la inquietud provocaba reacciones muy distintas entre los vecinos de San Millán, había una pregunta que parecía haber sido imbuida a nivel colectivo por alguna entidad superior: «¿Quién puede ser el siguiente?». Nadie parecía tener la respuesta. Tan sólo la sospecha, como un poso amargo, de que pronto alguien se convertiría en nueva víctima...

Las revelaciones de Bonete

En aquellos días la prensa de toda España se hacía eco de aquella noticia, bautizada ya como «El crimen de Segovia» o «El crimen de la calle Carretas». La resolución del crimen tuvo lugar gracias a la colaboración entre detectives y periodistas; cada uno, con sus medios, fueron presionando a los criminales hasta conducirlos a declarar todo lo sucedido.

Antes de que ese momento llegara, el reputado inspector de vigilancia Tomás Martínez pidió a un amigo de confianza que solía frecuentar tabernuchas de los bajos fondos segovianos, que pusiera especial atención a cualquier movimiento extraño que pudiera divisar. Él estaba convencido de que los criminales pertenecían al hampa local. No iba tan desencaminado, pues días después recibió el chivatazo de que en una sucia tasca de las afueras de Segovia un tal Aquilino Velázquez, desempleado y sin oficio, había mostrado un reloj de oro, vanagloriándose de que en casa tenía otros dos iguales.

Camuflándose bajo una identidad falsa, el inspector Martínez entró en contacto con el sospechoso y consiguió que le confesara su participación en el asesinato de Bahín y su asistenta. En un intento de sobornar al policía, Aquilino, le entregó veinticinco duros a cambio de su silencio para poder escapar a Bilbao. Pero el 11 de julio de 1892 los miembros de la Guardia Civil, que ya habían sido informados, acudieron raudos a la detención del criminal en la plazuela del Alcázar.

A raíz de sus declaraciones se detuvo también a sus dos cómplices: Emeterio Salinas, también conocido como Bonete y Enrique Callejo, «Lobo».

Como ocurre en otros casos, Bonete (quizá de ahí venía su apodo) intentó dar la imagen de bonachón y confesó que, pese a haber participado en el robo, él no había cometido ninguno de los crímenes. Alegó además que se le había prometido un robo sin sangre, razón por la que aceptó ofrecer su colaboración.

Pero la teoría se fue por la borda y, ante la imposibilidad de robar once mil reales y varios relojes de oro sin causar alguna víctima, tuvieron que actuar sin pensarlo dos veces. Tras el robo los criminales huyeron a Madrid, desde donde siguieron todo el proceso de investigación según era narrado por la prensa.

Además, quizá en un último intento por humanizarse ante los medios y las autoridades, Bonete declaró que, al ver salir el ataúd con el cuerpo de Alejandro Bahín de la casa del crimen, una lágrima recorrió su mejilla y la tristeza se apoderó de él.

El juicio, celebrado en la Audiencia Provincial, acaparó la atención de los periódicos y semanarios de toda España, hasta la culminación del proceso en febrero de 1893. La sentencia fue clara: muerte a los tres reos a garrote vil.

Así, el 9 de enero de 1894 tuvo lugar en Segovia la última ejecución pública. Miles de personas llegaron de todas partes a presenciar la muerte de Emeterio, Enrique y Aquilino. Según publicó la prensa, cuando los verdugos, procedentes de las Audiencias de Madrid y Burgos, voltearon con fuerza la manivela del garrote, «un ¡ay! angustioso y terrible puso la nota de agonía de aquellos desgraciados».



El cuerpo de Alejandro Bahín fue hallado en el rellano, junto a la actual habitación 101.

Las brujas de San Millán

Tras los terribles acontecimientos nadie parecía dispuesto a habitar la ya para siempre bautizada como «casa del crimen». Como publicaban algunos diarios: «Las gentes timoratas, las gentes apocadas que pasan por delante, bajan la vista para no mirar la casa del infortunio». También me incidía en este hecho Mariano Gómez de Caso, actual Archivero del Museo Ignacio Zuloaga. Con más de 70 años a sus espaldas, aquel hombre lleva a cabo una labor encomiable: organizar todo el archivo y la documentación del pintor vasco Ignacio Zuloaga. Fue dicho pintor quien se convirtió en el siguiente inquilino de la casa tras el crimen, aunque para ello tuvieran que pasar seis años desde los asesinatos. Vivió allí dos años, desde 1898, y el propio Gómez de Caso me contaba los serios problemas que el pintor Zuloaga tenía para encontrar modelos que quisieran posar para sus cuadros. Dichos problemas tenían que ver con que los vecinos de Segovia no querían entrar en el caserón.

—*Cuando querían* —me contaba Mariano Gómez en el interior de su casa—, *Zuloaga tenía que ir a buscarlos hasta la puerta. Ten en cuenta que era una casa bien grande y el pintor sólo ocupaba algunas estancias, el resto estaba abandonado.*

Por tanto, cuando alguna gitanilla o trabajador de rostro curtido (lo que él necesitaba para sus pinturas) golpeaba con los nudillos en el portón de la casa del crimen, el pintor recorría el caserón en penumbra para recoger a sus modelos.

Sin embargo, el momento de mayor inquietud se produjo durante la mudanza, cuando el buen amigo (y también pintor) de Zuloaga, Pablo Uranga, recorrió el caserón en soledad para comprobar si respondía a las necesidades de su amigo.

Cuando descendió al sótano, la onírica visión que presencié lo marcaría de tal forma que quedaría después plasmada en uno de los cuadros más importantes de Ignacio Zuloaga: *Las brujas de San Millán*.

Cuando descendió el último peldaño y empujó la portezuela oscura y polvorienta, se convirtió en testigo de una escena digna de un cuadro de Goya. En el interior del sótano, junto a la chimenea, varias brujas enlutadas y desdentadas, con el pelo enmarañado, parecían estar llevando a cabo alguna especie de aquelarre. Reunidas junto al fuego, según algunas versiones, las viejas estarían invocando al mismísimo Satanás. Cuando éstas se dieron cuenta de la presencia de Uranga, escaparon apresuradas por el interior de la chimenea, para no volver a ser vistas.

Parecía como si los asesinatos, quizá la propia casa, hubieran producido cierta atracción en los ámbitos más oscurantistas de Segovia.

Años más tarde Ignacio Zuloaga presentaría su famoso cuadro *Las brujas de San Millán*, un óleo sobre lienzo donde aparecen seis ancianas enlutadas, y que actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Buenos Aires.

Cabe la posibilidad de que, además, este episodio sea la causa de que en la actualidad el barrio de San Millán, el mismo en el que descansa la casa del crimen, sea también conocido como el barrio de las brujas.

Los fantasmas de Ayala Berganza

El viento aullador golpeaba con fuerza los postigos de la ventana mientras las manillas del reloj me conducían sin remedio hacia la madrugada. Había estado repasando apuntes y releendo los artículos de prensa que había recogido durante la mañana en el Archivo Histórico de Segovia. Me había acompañado uno de esos periodistas de raza, Carlos Álvaro, que me había confesado que, en un momento de su vida, llegó a sentir una sana obsesión por la vieja casa y su historia. De niño transitaba con frecuencia la calle Carretas y, bajo la sombra de la enorme mole gris que era la casa, se preguntaba sobre las historias y secretos que guardaban sus paredes.

Pero aquella tarde, justo antes de la cena, había mantenido una interesante conversación con el director del actual hotel en que se había convertido el caserón. Luis Miguel Segovia me había relatado varios sucesos que habían tenido lugar en el interior de la habitación donde me encontraba. Uno de los que parecía repetirse con mayor frecuencia era el sonido de unos llantos que parecían proceder del interior de la habitación cuando no se encontraba nadie en su interior.

—Desde que estoy aquí, me ha pasado un par de veces —me explicaba Luis Miguel en el interior de una de las habitaciones— que los huéspedes de esa habitación se han despertado de pronto, muy inquietos. En ninguna de esas dos ocasiones me han contado qué les pasó, sólo que algo los despertó entre las 3 y las 4 de la madrugada. Uno de ellos, llevado por la curiosidad, se metió en Internet y descubrió lo del crimen. A la mañana siguiente me recriminaron no haberles contado lo que había pasado y no haberles avisado de que podía haber fenómenos paranormales.

Con el recuerdo de los casos aún vivo en mi cabeza y resonando con más fuerza por momentos, decidí levantarme del escritorio y pasear a solas por el hotel. Salí al corredor principal y eché la llave de mi habitación. El silencio y la tranquilidad propios de la apacible hostería reinaban ahora por cada uno de sus pasillos. Mientras caminaba con el único sonido de mis pasos como acompañantes, recordé otros fenómenos que Luis Miguel me había contado unas horas antes. Al parecer, todos los que han trabajado allí de noche lo han pasado relativamente mal —algunos peor que otros—. La mayoría coincide en escuchar sonidos que no son demasiado normales; desde pasos en habitaciones que no están ocupadas hasta el sonido de una ducha que se abre en alas del hotel que están completamente desocupadas.

—De hecho, una de las chicas que estaba aquí trabajando decía: «Joder, siempre que entro a limpiar en esta habitación tengo unas manos marcadas en la cama» —me había contado el director.

En aquellos momentos de la noche, el estrecho y angosto pasillo de la última planta se encontraba tenuemente iluminado por las luces de emergencia. Al fondo, tan sólo oscuridad y silencio. En esa última puerta, al final del corredor, se había producido otra experiencia con una de las señoras de la limpieza que mientras ponía en orden la habitación, había escuchado varios golpes procedentes del interior de un enorme armario de madera maciza. Con el corazón en un puño abrió la puerta de aquella cómoda para descubrir, como ya temía, que allí no había nada ni nadie. Dicha experiencia se repetiría en otras ocasiones, siempre en ese mismo armario.

Finalmente, decidí volver sobre mis pasos. El reloj marcaba las tres y media de la madrugada. La hora aproximada en que algunos huéspedes se habían despertado inquietos. Yo, que ya estaba despierto e inquieto, preferí volver a mi habitación.

Por suerte o por desgracia, aquella noche descansé sin sobresaltos. Pero, antes de caer rendido, recordé, entre las sombras del dormitorio, las últimas frases de mi entrevista con Luis Miguel Segovia...

—*Siempre puedes pensar que en esta casa ha vivido tanta gente... Quizá pueda ser incluso alguien de la familia Ayala Berganza, que eran todos diáconos de la catedral. ¿Quién sabe?*

Eso mismo me preguntaba yo... ¿Quién sabe?

Cuarta Parte: Enigmas inéditos

«Tal vez hubo mundos paralelos. Tal vez la nieve de las cumbres fue perpetua, arreciaron las lluvias y el invierno mostró que tal vez lo mejor será soñar con lo imposible»

Manolo García.

«La cosa más hermosa que podemos experimentar es el misterio. Es la emoción fundamental que soporta la cuna del arte verdadero y la ciencia verdadera»

Albert Einstein.

Expediente 10: Expediente Miranda

«EN MIRANDA, ESTOS DÍAS NO SE HABLA DE OTRA COSA: DE LOS FENÓMENOS PARANORMALES QUE ESTÁN SUCEDIENDO EN CASA DE UNA JOVEN PAREJA Y QUE LES TIENEN ATEMORIZADOS [...] PUERTAS DE ARMARIOS ABIERTAS, FALLOS EN EL SUMINISTRO ELECTRÓNICO, PEQUEÑAS MANCHAS DE SANGRE EN PAREDES Y, EN EL SUELO, SU PERRA SE ALTERA SIN RAZÓN... LO MÁS SORPRENDENTE DE TODO, QUE ELLA, LETICIA, HA COMENZADO A SUDAR SANGRE»

Diario de Burgos, 27/10/12.

Sangre y misterio

Desde siempre ha existido una sutil conexión entre sangre y misterio; algunos lugares, como grandes cajas de resonancia, parecen gritar que en su interior se cometieron terribles crímenes. En otras ocasiones el líquido vital ha llegado a brotar de las paredes de algunos inmuebles como ocurrió en la bautizada como «casa sangrante» de Arroyo de la Luz (Cáceres).

El «Expediente Miranda» comenzó durante la tarde de un sábado de octubre, con el característico sonido de mi iPad que me indicaba haber recibido un nuevo correo electrónico. Era del investigador Enrique Echazarra, que desde Vitoria me reenviaba una sorprendente petición de ayuda que él mismo había recibido en su correo electrónico.

Buenas noches, sin más dilación, paso a relatarles el caso que ocurre desde hace unos días en nuestra casa donde vivimos mi pareja y yo. Todo empezó hace unos días con extraños apagones y subidas o picos de tensión eléctrica que han terminado por estropear algunos electrodomésticos, como un disco duro reproductor, la consola y creo que la televisión está también tocada.

Ayer jueves 6 de octubre la intensidad de los acontecimientos subió [...] y aparecieron por la casa manchas de sangre con la forma de gotas que yo achaqué en un principio al inicio del celo de nuestra perra. Pero esa idea se me fue de la cabeza cuando nos encontramos todas las puertas de los armarios de la cocina abiertas. Nos fuimos de casa [...], pensando incluso en poner el apartamento en venta si me encontraba lo mismo al volver.

Cuando regresamos, retiramos el espejo que cubre los fusibles eléctricos para comprobar si alguno pudiera estar flojo y ser el causante de los apagones, y nos encontramos también ahí manchas de sangre.

La cosa siguió normal pero a las 2:47 [...] saltó el térmico general del cuadro eléctrico y nos tuvimos que quedar a dormir todos en el salón.

Hoy viernes 7 de octubre, sobre las 16 horas, he hablado con Leticia desde mi trabajo y me ha dicho que se había ido de nuevo la luz y se habían vuelto a abrir las puertas de todos los armarios de la cocina, así que se ha ido a casa de sus padres.

Al llegar yo y entrar en la cocina estaban todos los armarios abiertos de nuevo, así que les he buscado a ustedes ya que les conozco por haberles visto alguna vez en algunos programas de Iker Jiménez y me he decidido a

escribirles ya mismo para pedirles ayuda encarecidamente.

Les dejo mi dirección de correo electrónico y mi teléfono:

Soy Alberto XXX XXXX, tengo X años.

XXX@hotmail.com

Mi teléfono es 6XXXXX.

Gracias por toda la ayuda que sean capaces de prestarnos.

No podía apartar la mirada de aquel texto. Describía una conjunción de fenómenos que parecían más propios de una película de terror juvenil que de una historia real: aparición de manchas de sangre, muebles que se abren solos y alteraciones eléctricas. Pero aquella persona nos dejaba su número de teléfono y su dirección de correo electrónico, junto a su nombre y apellidos. No podía tratarse de una broma.

Sin pensarlo dos veces, cogí mi teléfono y marqué el número adjunto al final del correo electrónico. Cuando su voz temblorosa sonó al otro lado del teléfono supe que había en él cierto grado de preocupación. Desde la primera presentación.

Le expliqué diciéndole que era investigador y reportero del programa *Cuarto Milenio* y que sus palabras me habían dejado muy sorprendido.

—Pues imagínate nosotros. Yo soy muy escéptico y al principio me tomaba esto a risa, pero ahora mismo estamos muy preocupados. Te diría que tengo hasta miedo de dormir en mi piso —me dijo muy seriamente.

—Leía que incluso te habías planteado vender tu domicilio...

—Pues sí, también hemos ido a dormir a casa de mis padres y de los de Leticia, pero ésa no es la solución.

Le expliqué entonces que tenía interés en conocer su caso más detalladamente y le pregunté si podríamos vernos en Miranda de Ebro dentro de unos días.

—Por supuesto —contestó—, sólo te pido una cosa: queremos mantenernos en el anonimato. No queremos ganar dinero ni ser reconocidos. Pero tampoco quiero que nadie nos relacione con este tema; mis padres, sin ir más lejos, se han reído de mí al contarles lo que nos estaba pasando.

—Tienes mi palabra —afiancé.

Tras colgar, la sensación de desconcierto fue aumentando progresivamente. En la voz del testigo podía notarse aún el miedo que produce lo desconocido, de lo que se escapa a la lógica y te golpea con fuerza hasta dejarte noqueado. Apenas podía imaginar aquella tarde que durante la investigación yo también acabaría sufriendo daños colaterales.

Testigos de lo insólito

Días antes de acudir a Miranda de Ebro, recibí en mi teléfono las fotografías que Leticia, la protagonista de los fenómenos, me había enviado. Eran instantáneas del momento clave en que lo insólito había cobrado forma a través de las rojizas gotas de sangre que emergían de su cuerpo sin motivo aparente. Sin cortes ni heridas. En un primer momento, las imágenes me provocaron cierta desconfianza, como si aquello no pudiera ser cierto por el mero hecho de suceder tan claramente.

Llegué a Miranda una semana después de charlar con Alberto. Habíamos mantenido contacto durante los días previos, en los que me había explicado que el fenómeno de la sangre seguía produciéndose en el cuerpo de su mujer, mientras que también aparecían pequeñas gotas en el suelo de toda la casa y, en ocasiones, también en las paredes.

Caminaba ansioso por conocer el lugar de los hechos, pero, sobre todo, por conocer a los testigos. El caso me había mantenido intrigado desde que llegó a mi buzón de correo. Un viento gélido y cortante mantenía solitarias las callejuelas del barrio donde me encontraba. En mi libreta había apuntado la dirección; la misma que debía mantener en secreto por las cuestiones lógicas de privacidad que ellos mismos me habían pedido.

Me acompañaba Enrique Echazarra, el mismo que me había puesto en contacto con aquella pareja. Él ya había podido conocerlos e, incluso, había sido testigo del misterio.



Una de las fotografías que Leticia, la testigo, envió a mi teléfono móvil. En su cuerpo aparecían manchas de sangre sin motivo aparente.

—*Al terminar de hablar con ellos, cuando estaba a punto de marcharme, vi que había unas gotas de sangre en el suelo, junto a la puerta de la cocina. Ellos parecían no haberse dado cuenta* —me había contado Enrique horas antes, durante la comida en un restaurante de Vitoria.

Sus palabras habían ayudado a crecer la expectación que aquella historia

despertaba en mí.

Pasado unos minutos llegamos al portal de un bloque de pisos de reciente construcción; nada de casas victorianas ni castillos abandonados. En definitiva, un hogar como el de cualquiera. Subimos al piso en cuestión. Allí nos esperaba Leticia, una joven de 30 años y agradable sonrisa que me tendió la mano nada más salir del ascensor. Nos acompañó hasta el interior de su casa, un lugar moderno y apacible, donde nos recibió Alberto.

Sentados ya en el salón, el mismo donde noches antes habían dormido junto a sus mascotas por miedo a estar en el dormitorio, Leticia empezó a contarme desde el principio aquella historia de sobresaltos y noches en vilo.

—Primero nos dimos cuenta de que la videoconsola se había roto, no se encendía. Parecía que se había quemado. Pero, al día siguiente, empezamos a encontrar sangre por toda la casa: por el pasillo, por el edredón, por el suelo...

—¿Y qué hacéis en ese momento?

—Pues lo achacamos al celo de nuestra perra, así que las limpiamos. Pero, cuando fui a la cocina a por papel, me las volví a encontrar en otro sitio. La inquietud empezó cuando nos dimos cuenta de que la perra no tenía el celo y de que, además, las manchas empezaron a aparecer en sitios como las paredes, donde lógicamente el animal no puede llegar.

—Ese mismo día —intervino Alberto— cuando fui a la cocina a por papel para limpiar otra mancha, me encontré todos los armarios de la cocina abiertos. Fui cerrándolos hasta que Leticia apareció por el pasillo y me preguntó si no tenía más armarios para abrir. Cuando le dije que yo no había abierto nada, ella se quedó muy sorprendida, pues tampoco lo había hecho.

—Unas horas después —continuó Leticia— fuimos a comprobar que el cuadro eléctrico estaba bien, así que descolgamos el espejo que tenemos a la entrada, y nos dimos cuenta de que había otras dos manchas de sangre en el interior.

—¿Qué hicisteis entonces? —pregunté mientras tomaba nota aceleradamente de cada detalle.

—Nos fuimos a la calle muy asustados. Hablamos, nos calmamos un poco y decidimos subir —me explicó Leticia, rememorando las semanas previas—, pero, al llegar, nos dimos cuenta de que se había ido la luz de nuevo. Cuando encendimos los plomos vimos que los armarios de la cocina estaban abiertos una vez más. Además, la tele estaba encendida, en el modo nieve.

—Esa noche nos fuimos de casa. Dormimos en casa de mi padre. Recuerdo que, en su casa, me pudo el nerviosismo y el miedo que tenía y rompí a llorar, diciéndole: «Papá, si esto sigue así, vendo el piso. Pierda el dinero que pierda» —añadió Alberto.

En ese preciso instante ocurrió algo absolutamente inesperado para todos. A lo

largo de mis investigaciones siempre he acudido a los lugares cuando ya ha ocurrido el suceso. Pero esta vez iba a ser testigo del mismo... «¡Mira, mira, mira!», me dijo Leticia mientras extendía su brazo hacia arriba.

De su muñeca izquierda brotaba una pequeña gota de sangre, del tamaño de una moneda de céntimo que iba resbalando lentamente hasta caer por su mano. El asombro me hizo enmudecer. Empecé a buscar, incrédulo, si podía tener algún alfiler o pequeño instrumento con que se hubiera producido un pequeño corte. Mi compañero Enrique Echazarra observaba igualmente, tratando de verificar si estábamos siendo víctimas de una tomadura de pelo. Sin embargo, no parecía tener absolutamente nada en sus manos. Fotografié aquella mancha y la observé de cerca. A su alrededor no existían siquiera muestras de irritación. «¿Y qué ocurre si te limpias la sangre?», le pregunté, tratando de despejar mis dudas. Cogió entonces una servilleta que había sobre la mesa y la pasó por su muñeca. El líquido espeso quedó impregnado en el papel, dejando despejada la zona de la piel de donde había surgido. Acerqué la vista a su brazo, tratando de encontrar algún minúsculo agujero, acaso el origen de aquel fluido. No había absolutamente nada. Le pellizqué entonces el brazo, como el que intenta hacer manar la sangre de una herida, pero no ocurrió nada, ni una sola gota más, como si la hemorragia se hubiera cortado repentinamente.

No sería la primera vez que ocurriría; llegamos a presenciar aquel fenómeno durante al menos en una veintena de ocasiones. En ninguna de ellas Leticia llevó a cabo algún movimiento sospechoso. De hecho, en ocasiones aparecían sin que ella se diera cuenta, llegando a tener que avisarla nosotros porque se estaba manchando la blusa. A veces ocurría fuera de su casa, mientras cenábamos.

Generalmente empezaba como una pequeña rojez que iba extendiéndose. Entonces, de su contorno iban saliendo casi microscópicas gotas de sangre que, al juntarse, acababan formando una gota más grande, en ocasiones densa y, en otras, de apariencia mucho más acuosa.

—Suelen salirme en las muñecas y en las clavículas, aunque aparecen por todo el cuerpo y cuando menos me lo espero —explicaba ella ante mi atónita mirada.

—¿Y no sientes nada? —pregunté.

—Nada de nada. No me duele. Pero, en ocasiones, noto un poco la humedad y es al mirarme cuando me doy cuenta.

—¿Y por qué no has ido al médico?

—Pues porque no me gusta nada ir al médico. Además, tengo miedo de llegar allí, contarle lo que me pasa y que no me crea. Objetivamente, parece una cosa de locos... —me dijo.

—Yo le he dicho que vaya, que la acompañe, que enseñamos las fotos —añadió Alberto—, pero no quiere. Así que intento quitarle hierro al asunto, le digo que se limpie y como si no hubiera pasado nada. Pero si la cosa sigue así iremos, sin más

remedio.



Durante la investigación presencié en más de veinte ocasiones cómo del cuerpo de la testigo emergían gotas de sangre sin causa aparente.

Investigación científica

Durante la tarde siguiente volvimos a encontrarnos con los testigos en el interior de su casa. Íbamos a hacer algunas pruebas para intentar resolver algo más del caso. Las principales serían llevadas a cabo por el equipo científico del profesor Aitor Curiel, médico especialista en Medicina Legal y Forense, doctor en Criminología y vicepresidente de la Sociedad Española de Criminología y Ciencias Forenses (SECCIF).

Llegó al domicilio con otras tres personas que portaban grandes maletines metálicos, donde guardaban todo el despliegue técnico que iban a utilizar para intentar arrojar algo más de luz sobre este complicado caso. Algunos se enfundaron en trajes especiales para no contaminar las pruebas que estaban a punto de tomar. La idea era utilizar unos hisopos para recoger unas muestras de las manchas de sangre de la pared y también del ADN de Leticia —a través de la saliva— para, de esta forma, poder comprobar si las manchas de sangre que aparecían en la casa eran de la propia testigo.

Tras dicha recogida de muestras, Curiel decidió hacer tres test presuntivos para conocer in situ si la sustancia que impregnaba algunas de las paredes era sangre u otra sustancia. Utilizó bastoncillos de algodón humedecidos para recoger restos de la mancha rojiza que se encontraba junto al cuadro eléctrico, para después ir aplicándole diversas sustancias químicas. Si cambiaban de color, era señal de que la sustancia era sangre. Así, en dos de las tres pruebas, el líquido pasó de ser transparente a adquirir un color rosado. El otro se transformó despacio y de forma ligera. Había, por tanto, dos positivos y un negativo. Faltaba entonces la prueba del luminol; si se introducía sangre en dicho derivado del ácido ftálico, ésta produciría un llamativo efecto luminoso como el que tantas veces había visto en películas y series de investigación científica y criminal.

Nos encontrábamos en el pasillo, completamente a oscuras, esperando el resultado de la última prueba. Pasados unos minutos, la sustancia del interior del matraz aforado adquirió un tono fluorescente que iluminó la estancia ligeramente. Un tercer positivo.

—*Esto nos indica que la sustancia es sangre casi con seguridad, antes incluso de hacer las pruebas de laboratorio* —resumió Curiel.

—*Perdonad que os interrumpa, pero mi mano tiene una mancha ya* —dijo Leticia, mientras salía adelante para que el equipo científico pudiera ser testigo.

Todos tenían cara de asombro; la misma que se nos había quedado a nosotros cuando fuimos testigos por vez primera. Surgía de su muñeca. Esta vez de la mano derecha.

—*¿Tomamos una muestra para el laboratorio?* —preguntó Aitor.

—*Sí, es una buena idea.*

Tomó entonces otro hisopo y recogió la muestra, que guardó en un pequeño tubo de ensayo perfectamente etiquetado.

En todo momento, Leticia y Alberto mostraron disposición absoluta, tanto para la autorización de recogida de muestras como para dejar ser observados por el equipo científico de Curiel. La perfecta actitud del que busca ayuda sin esconder absolutamente nada...

Noche de transistores

Aquella noche de sábado íbamos a realizar una conexión en directo con el programa de radio *Milenio 3*, de Cadena SER. Pero lo que iba a ser una pequeña conexión para avanzar un poco del caso acabaría convirtiéndose en un programa de tres horas dedicado al caso de Miranda de Ebro.

Durante la retransmisión, Leticia volvió a sangrar, esta vez por su antebrazo y también por su pecho. Parecía como, si en momentos de nerviosismo o estrés —el producido por una retransmisión en directo—, fuera más fácil que se produjera el fenómeno.

Eran las 2 de la madrugada cuando Iker Jiménez, desde el estudio, propuso que nos quedáramos solos Leticia y yo en el interior del inmueble. Habíamos colocado dos detectores de movimiento que producirían un peculiar sonido en caso de que algo circulara por su entorno. Emplazamos uno en la cocina, por ser el lugar en que se habían abierto los muebles, y otro en el dormitorio, el otro punto de la casa donde los testigos sentían más intranquilidad. Para evitar que la luz pudiera hacerlos saltar, bajamos todas las persianas y cerramos las puertas.

Nos encontrábamos entonces en el salón, ante la única luz de la mesita de noche, esperando a que el equipo de radio nos diera paso tras los servicios informativos, cuando un sonido nos aceleró el pulso por completo. Era la estridente melodía de uno de los detectores, que llegaba con fuerza desde la cocina.

Leticia y yo nos miramos con los ojos como platos. Inmediatamente cogió el teléfono.

—*Alberto, acaba de saltar el detector de la cocina...* —dijo con la piel literalmente de gallina.

—*Cálmate* —le dije, tratando de serenarla mientras fingía aplomo—. *Vamos a la cocina a ver qué lo ha podido hacer saltar.*

—*Javi, no. Yo no me muevo de aquí* —respondió temblorosa.

En el pasillo reinaba la oscuridad y el silencio. Sólo fueron unos metros hasta llegar a la cocina, pero se hicieron eternos. Giré el pomo y pulsé el interruptor de la luz, que llegó parpadeando azulada. Leticia había decidido acompañarme, sin separarse un metro de mí. Apagué el sensor de movimiento mientras buscaba la posible causa que habría accionado el aparato. Fue entonces cuando un nuevo sonido estuvo a punto de producirnos un paro cardíaco. Era el detector del dormitorio, que rompía escandaloso el silencio desde el final del pasillo. «¡Yo me voy de aquí!», gritó Leticia.

Con el vello de punta y el corazón en un puño eché a correr hacia la habitación. Encendí rápidamente la luz, creyendo que en ese instante algo me tocaría el brazo

desde la oscuridad. Pero no ocurrió nada, salvo que la máquina siguió sonando. «Javi, me voy de aquí», determinó la mujer, inmóvil, desde la puerta de la cocina.

La situación estaba poniéndose tensa por momentos, por lo que decidimos hacer una última prueba: quedarme completamente solo en la casa, mientras Leticia se marchaba a la calle, donde la aguardaba el resto del grupo.

Cerré con llave por dentro, y coloqué de nuevo los sensores de movimiento. Iker me pidió que apagara las luces y dejara grabando las cámaras de visión nocturna. Durante unos minutos, el visor verdoso de la cámara fue mi única vista. Las sombras parecían cobrar vida a través de la pantalla. Cuando me encontraba en el interior del baño, observando una nueva mancha de sangre que acababa de descubrir en la pared, el sonido de un detector volvió a dejarme paralizado. Esta vez procedía del salón, pero sentí la necesidad de correr en dirección opuesta. El nerviosismo hizo que la casa en tinieblas me produjera opresión y desasosiego.

Pasados unos segundos acudí hasta allí guiándome por la pantalla de la cámara. Pero no había nada ni nadie, ningún movimiento anómalo en el interior. Sentí como si alguien me estuviera tomando el pelo.

Minutos después encendí la luz y apagué las cámaras. Llamé a Leticia y al grupo de compañeros para que subieran cuanto antes. No estaba dispuesto a pasar solo más tiempo en el interior de aquel domicilio.

¿Objetos malditos?

Aquella noche, en el hotel, fui víctima de inquietantes pesadillas y de la sugestión. Sentía que alguien me acechaba desde el interior del cuarto de baño, cuya puerta entreabierta dejaba ver las sombras de su interior. Decidí encender la luz de la mesita de noche y leer alguno de los libros que siempre llevaba conmigo. Apenas pasaron dos horas cuando la luz del día se abrió paso entre las cortinas de la estancia. Sólo entonces pude conciliar el sueño...

Aquella noche de radio uno de los oyentes había propuesto una solución que, aunque en principio podía parecer absurda, tenía alguna lógica. Fue a través de uno de los mensajes de texto que podían enviarse durante la emisión para contactar con el programa. El texto decía: «¿Han hecho recientemente algún viaje exótico? ¿Han comprado allí algún *souvenir*?». Leticia respondió que el sitio más exótico donde habían estado recientemente había sido Estambul. Allí habían comprado los típicos amuletos de tonos azulados para el mal de ojo, un Corán de bolsillo y un *tasbih*, de aspecto similar a un rosario cristiano.

Se les propuso entonces que los sacaran de casa, para ver si así remitían los fenómenos. Tan sólo como una prueba. Así, la mañana siguiente al programa, Alberto salió de casa con los objetos en una bolsa para donarlos a una mezquita cercana.

Cuando me llamó, una semana después, me dejó altamente sorprendido. Los fenómenos habían remitido de forma radical. De la noche a la mañana todo parecía haber regresado a la normalidad. Aquellos días consulté a varios expertos de diversos ámbitos de la medicina, como Mariano Betés de Toro, médico psiquiatra de la Universidad de Alcalá, el doctor Manuel Moros Peña o el doctor Justo Hernández, catedrático de Medicina de la Universidad de La Laguna. Algunos de ellos no tuvieron pudor en reconocer que desconocían aquellos síntomas, que no los habían visto jamás a lo largo de sus carreras de medicina. Otros apuntaron hacia una teoría: hematidrosis, sudoración de sangre. Una extraña respuesta fisiológica a situaciones de estrés máximo que ha sido registrada menos de cien veces a lo largo de la historia de la medicina.

—¿Y por qué al sacar los objetos de la casa pueden haber remitido los fenómenos?

—Teorizando que la hematidrosis pudiera ser producida inconscientemente por la protagonista, quizá al haber focalizado el problema en los objetos y al haber sacado éstos de casa, se haya producido en ella una mayor relajación que ha acabado con el problema —contestó el doctor Betés de Toro en el interior de su despacho.

Era, sin duda, una de las posibilidades más coherentes. Pero aún faltaba una

última respuesta, esta vez objetivable...

Últimas hipótesis

Los resultados de laboratorio llegaron dos semanas después de haber sido enviados. Aitor Curiel me había llamado unas horas antes para avisarme de que a lo largo de la mañana los recibiría en mi correo electrónico. Al llegar a casa encendí rápidamente el ordenador para leer cuanto antes las conclusiones del análisis. No hizo falta aguardar demasiado. En mi bandeja de entrada tenía un correo electrónico de los laboratorios Lorgen, de Granada. Los mismos que habían estudiado las muestras.

Código Lorgen: 11P00124

Fecha de registro: 03/11/2011

Fecha de informe: 10/11/2011

Determinaciones solicitadas: Estudio biológico del perfil de las muestras enviadas.

Investigaciones realizadas:

—Extracción con digestión proteolítica seguido de purificación con Fenol-Cloroformo y posterior cuantificación del ADN obtenido.

—Técnica de la Reacción en Cadena de la Polimerasa (PCR) utilizando el kit comercial Identifiler de Applied Biosystems seguido de electroforesis capilar en un analizador genético ABI 310.

Conclusiones: El perfil genético obtenido a partir de las cuatro muestras analizadas es idéntico entre sí para los marcadores estudiados.

Por tanto, las muestras de sangre recogidas de la pared del domicilio pertenecían a Leticia. Tenía cierta lógica si pensamos que la testigo no se daba cuenta del momento en que empezaba a sangrar. Ella, sin percatarse, manchaba suelo y paredes al rozarlos con las partes manchadas de su cuerpo.

Por otro lado, el hecho de que sudara pequeñas gotas de sangre sólo podía haberlo provocado una situación de estrés anormal, quizá el pavor que le producían los extraños fenómenos, como la apertura de los armarios de la cocina.

Fueron largas horas pensando en las posibilidades, pero la conclusión final es que cualquier respuesta al «Expediente Miranda» sería una mera hipótesis, salvo por la ayuda del equipo científico de Aitor Curiel.

También, al menos en este caso, la investigación pudo dar solución al sufrimiento de una pareja, aunque aún hoy sigamos sin saber por qué cesaron los fenómenos.

Código Lorgen: **11P00124**

Fecha de registro: 03/11/2011

Fecha de informe: 10/11/2011

MUESTRAS RECIBIDAS:

Código	Tipo de muestra	Parentesco	Referenciada como
11P00124-A	HISOPO BUCAL		LETICIA
11P00124-B	HISOPO BUCAL		MANO MANCHA
11P00124-C	HISOPO BUCAL		MANCHA HALL
11P00124-D	HISOPO BUCAL		MANCHA HALL

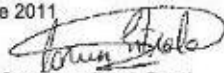
CONCLUSIONES:

CONCLUSIONES:

- El perfil genético obtenido a partir de las cuatro muestras analizadas, es idéntico entre sí para los marcadores estudiados.


Fdo. Dra. Estimar Martínez Espín
Analista Laboratorio Lorgen GP.
Nº COB: 01903

Granada 10 de noviembre de 2011


Fdo. Dra. Carmen Entrala Bernal
Directora Laboratorio Lorgen GP.
Nº COB: 01688

Extracto del análisis de los laboratorios Lorgen sobre el origen de las manchas de sangre que habían aparecido en una casa de Miranda de Ebro.

Expediente 11:

El monstruo de Sabadell

«AYER, A PRIMERA HORA DE LA TARDE, EN UN ÚLTIMO INTENTO POR DESATASCAR UNA DE LAS TUBERÍAS DEL DESAGÜE DE SU BAR, DON JOSÉ CAMARGO SE DECIDIÓ A INTRODUCIR SUS MANOS POR LAS MISMAS, ARRANCANDO DE CUAJO LA CABEZA DE UN EXTRAÑO SER VIVO DE MÁS DE TRES METROS DE LONGITUD INCLASIFICADO EN NINGUNA DE LAS FAMILIAS DE ANIMALES»

Diario de Sabadell, 23/09/81.

El interior de una cloaca

El sonido de la tapa de alcantarilla chocando contra el suelo me sacó del ensimismamiento. Fue un golpazo seco y metálico que provocó que varios pájaros echaran a volar desde la rama de un árbol cercano, generando un pequeño manto celeste de colores marrones y blancos. Los rastros amarillentos del descampado se clavaban en mis pies descalzos. Me había quitado las zapatillas para enfundarme en unas pesadas botas negras que llegaban hasta mis rodillas. Era un calzado especial para descender hasta el subsuelo de Sabadell. Antes me había colocado un traje blanco de protección junto a un casco con una linterna frontal para poder vislumbrar en la penumbra de las galerías.

Nos acompañaba un equipo de trabajadores de los pozos que conocían los recorridos al milímetro. Frente a mí se encontraba la entrada: una boca redonda sobre la que habían colocado un sencillo mecanismo de polea para asegurar el descenso a través de un arnés. «Aunque parece simple, hay gente que ha tropezado por la escalerilla de mano, incluso quien se ha agobiado a mitad de camino porque el túnel es bastante estrecho y ha pedido que lo suban», me había explicado uno de los trabajadores minutos antes.

Me coloqué los guantes y enganché el mosquetón a mi cinturón para después sentarme en el suelo e iniciar el descenso. Puse un pie en el saliente metálico de la pared y después hice lo mismo con la mano. Continué bajando, con un movimiento casi robótico: mano izquierda, pie izquierdo, mano derecha, pie derecho... Así, al cabo de unos minutos, llegué al fondo del túnel. Un lugar oscuro atravesado por una pequeña corriente de agua sucia. El ambiente denso de la cloaca dificultaba la respiración durante los primeros minutos, hasta que uno acababa acostumbrándose al sofocante calor de los corredores. A lo lejos se escuchaba el golpeteo de una cascada desde el interior de un minúsculo recoveco preparado especialmente para la recepción de aguas fecales.

Comenzamos a caminar por la estrecha senda de hormigón. Por las paredes correteaban pequeñas cucarachas y arañas de patas largas, quizá extrañadas y con actitud revolucionada ante nuestra presencia. De vez en cuando el sonido del agua cayendo desde lo alto se hacía audible en la lejanía mientras nuestros pasos reverberaban por el angosto corredor.

Había descendido allí para conocer el germen de una historia bizarra como pocas. Precisamente, en esas mismas galerías, había surgido un extraño ser que mantuvo en vilo durante meses a toda la localidad de Sabadell. Algunos llegaron a decir que los subterráneos de la ciudad podrían estar plagados de esas criaturas y los más mayores llegaron a contar que algunas habían salido desde el interior de sus retretes. Miedo,

inseguridad y alguna sonrisa incrédula se dieron la mano durante las semanas en que aquel «bicho», como lo llamaron, copó las portadas de los diarios locales y nacionales.

Treinta años después no parecía existir nada anómalo en el interior de las cloacas. Pero, desde allí, bajo la ciudad industrial, entre aguas residuales e insectos de diversos tamaños, parecía mucho más fácil creer en la existencia del bicho de la calle Brutau...

Un hallazgo insólito

El bar Sans, en el número 17 de la calle Brutau, servía cada mañana cerca de un centenar de cafés y copas de anís a los trabajadores del barrio. Su dueño, José Camargo, llevaba varios días percibiendo un desagradable olor que parecía surgir del interior del fregadero. El hecho de que dejara de tragar agua fue el que le animó desarmar la tubería para tratar de desatascarla. Antes había probado a verter cinco litros de lejía en el interior de la pila sin éxito alguno.

Todo ocurrió durante la tarde del miércoles 23 de septiembre de 1981. José había esperado a las cuatro de la tarde, momento en que gozaba de mayor tranquilidad en el negocio, para realizar la sencilla obra. Cuando desenroscó el tubo de plástico pudo observar que algo de color negro y aspecto viscoso parecía moverse en el interior del agujero. Ligeramente asustado, trató de agarrarlo y tiró de él con fuerza, descubriendo una textura escurridiza. Fue entonces cuando una desagradable masa que parecía tener boca y ojos salió del boquete haciendo un súbito movimiento de cabeza. Asustado, Camargo se echó para atrás y corrió a llamar a las autoridades, que no tardaron en llegar. Una vez allí lo ayudaron a extraer el resto del ser que emergía de la pared generando una escena imposible.

Poco después acudió hasta allí el fotógrafo del *Diario de Sabadell*. Como las fotografías que acompañaban a las informaciones eran siempre en blanco y negro, el operador tuvo la idea de colocar un gran papel blanco bajo el supuesto monstruo para que éste pudiera verse resaltado en las imágenes que el periódico publicaría a la mañana siguiente. La descripción que ofrecería dicho artículo sobre el protagonista de la historia acabaría siendo causa de enérgicos debates populares sobre su posible origen: «[...] El animal, todavía agonizante, tenía cuatro pequeñas patas parecidas a las de un pulpo y numerosas ventosas por todo el cuerpo. Su color era completamente negro, su piel resbaladiza, parecida a la de un calamar o sepia, y medía aproximadamente tres metros de largo, sin contar la cabeza».^[45]

EXTRAÑO «BICHO» EN UNA CLOACA DE BRUTAU

MIDE MAS
DE TRES
METROS

SEGUN LOS
VECINOS, EN
EL AÑO
1973 YA
ENCONTRARON
UNO
SIMILAR

La Policía Municipal midiendo
la «cosa». (Página 3.)



Durante varios días, el Diario de Sabadell dedicó diversas portadas y páginas completas al bautizado como «bicho de la calle Brutau» o «Monstruo de Sabadell».

Además, Camargo declararía al semanario *El Caso* que vio cómo el bicho se mantuvo de pie durante unos minutos para después expulsar un apestoso líquido similar a tinta negra y caer al suelo.^[46]

Se consultó entonces al único especialista de la zona que podía ofrecer alguna teoría: Albert Vila, veterinario municipal. Sus declaraciones no fueron nada halagüeñas, pues aseguró que no podía tratarse de un único animal y que en las cloacas debía existir toda una colonia de ellos.^[47] Sus palabras fueron entonces respaldadas por el director del matadero municipal, que manifestó una opinión similar. Esto dio lugar a que importantes semanarios de tirada nacional utilizaran titulares como: «Una colonia de mutantes se ha instalado en los desagües de un bar de Sabadell».^[48]

Los vecinos estaban revolucionados ante aquella inesperada noticia que dio lugar a la especulación de todos. Incluso varios residentes del lugar aseguraron que en 1973 había aparecido un engendro de similares características en el número 35 de la misma

calle. Parecía como si la historia estuviera condenada a repetirse...

B-2: restos en la nevera

Las autoridades municipales enviaron algunas muestras a distintos organismos de Barcelona que nunca supieron dar respuesta a la naturaleza de aquellos tentáculos. Sin embargo, días después, el doctor Gonzálvez, del zoo de Barcelona, trató de zanjar el tema con una polémica teoría: el monstruo era tripa de caballo.

Completamente ofendido, el dueño del bar volvió a asegurar en los medios que él lo había visto moverse y que incluso le había arrancado la cabeza de cuajo, asegurando: «Aquello era un bicho con vida y no me creo que fuera una tripa de caballo».^[49] Otra de las personas que apoyaron a Camargo fue el sargento Fuentes, el primer miembro de la Policía Municipal que llegó al escenario nada más producirse los hechos: «Parecía una lombriz vacía. No parecía ningún animal conocido».^[50]

Incluso, en los medios, se hablaba de auténtica alarma entre los habitantes de Sabadell.^[51] Muchos temían que empezaran a aparecer en sus casas ante las declaraciones de algunos vecinos, que aseguraban haberlos visto a través de las tuberías. Por ello, el *Diario de Sabadell* se puso en contacto con Josep M.^a Ruiz, encargado de anfibios y reptiles del zoológico de Barcelona, para que ofreciera a los lectores algunas directrices a tener en cuenta en caso de que esto ocurriera: «El sistema habitual en todas estas apariciones es el de capturar al animal y llevarlo, con la máxima celeridad posible, al centro más próximo de zoología, en nuestro caso la Cátedra de Zoología de la Universidad Autónoma de Barcelona».^[52] Entre toda la población existía la creencia de que la teoría de la tripa de caballo no era del todo satisfactoria y podría haberse hecho pública para evitar el pánico colectivo que estaba generándose en la zona.

Cuando el asunto estaba a punto de darse por zanjado, un nuevo ser apareció en el interior del bar de la calle Brutau. La prensa lo llamó «B-2» o «Bicho 2». Escasas horas después del hallazgo se presentó en el negocio el concejal de Sanidad, junto a una zoóloga de Sabadell y a una dotación de Policía, exigiendo la entrega inmediata del ejemplar.

Pero José Camargo había actuado con agilidad y, para intentar dar solución al enigma por su cuenta, cortó a escondidas un trozo de la viscosa criatura y lo guardó envuelto en papel de aluminio el interior de la nevera, tras la barra, donde almacenaba los refrescos y helados. El secreto, una vez compartido con dos o tres personas, llegó a oídos de las autoridades, que realizaron una inspección en el bar. Lógicamente, al encontrar los restos gelatinosos entre los botellines que se vendían a los clientes, se ordenó la inmediata clausura del bar para que el Departamento de Sanidad abriera también un expediente contra el establecimiento.

Una vez más, cuando la historia parecía a punto de acabar, surgió un enigmático

personaje: un vecino anónimo de la ciudad que había logrado conseguir un trozo del «monstruo» para experimentar con él por su cuenta y riesgo.

El enigma del «Señor X»

En la actualidad, en el número 17 de la calle Brutau se encuentra el bar La peña del quinto, aunque los vecinos siguen conociéndolo como «el bar del monstruo». Su estructura es exactamente la misma que hace treinta años; una barra en forma de U preside la parte norte del establecimiento, donde se encuentra también la cocina de donde surgió el ser.

Durante la tarde había preguntado a los actuales propietarios por la historia y me habían asegurado que, aunque llevaban poco tiempo trabajando allí, mucha gente les ha contado todo lo que ocurrió. Parece que, por suerte, no ha vuelto a aparecer nada similar.

Durante mi conversación con el dueño, varios vecinos se unieron para recordar algunos detalles de aquellos días. De repente, sin yo esperarlo, uno de ellos me facilitó una pista que no esperaba siquiera encontrar.

—Cuando la historia estaba dando sus últimos coletazos, nunca mejor dicho —empezó a contarme un hombre que rozaba los sesenta años—, hubo un señor que cogió un trozo del bicho y experimentó con él.

—¡Claro, recuerdo haber leído sobre él! Si no me equivoco, lo llamaron «señor X» —respondí.

—No se equivoca, joven. Lo del «señor X» era un apelativo que le dio la prensa, porque él no quería que se supiera su identidad.

—¿Por cuestiones legales?

—Pues claro. Usted imagínese, en aquellos días la Policía no se andaba con chiquitas. Si se presentaron en el bar a llevarse el segundo bicho y le cerraron el bar por guardar un trozo, ¿qué no le harían a él por intentar dar una respuesta diferente?

—Es decir, que tampoco se creía que fuera tripa de caballo... —deduje.

—En realidad, nadie lo creía. Cada uno decía una cosa; primero, que si un monstruo, luego que un mutante, después que era una tenia y, al final, la tripa de caballo. También dijeron que podían ser restos de suciedad atascada en la tubería. Pero entonces, ¿por qué la Policía, el dueño y otros vecinos lo vieron moverse? —respondió con sonrisa ingenua.

—¿Y usted sabe quién era el señor X?

—No le puedo decir mucho. Pero, si sigue la calle Brutau hacia arriba, encontrará la Asociación de Vecinos de L'Eixample. Hable con Joaquim Vila y dígame que va de mi parte —zanjó, enigmático.

En el bar todo el mundo hablaba ahora de aquellos días de miedos, dudas e inseguridades. Los más mayores recordaban el último tercio de 1981 como una

novela de misterio, donde los periódicos iban generando aún más expectación con los datos que surgían casi a diario.

Salí al exterior; una calle casi desértica en la tarde de un miércoles. El mismo día de la semana en que apareció la también bautizada como «solitaria de la ciudad». De vez en cuando algún coche rompía con el desamparo de la carretera.

Caminé unos metros y encontré, sobre una vieja fachada de hormigón, un letrero metálico que decía: Asociación de Vecinos de L'Eixample. Llamé a la puerta sin pensarlo. Me abrió un señor de aspecto huraño y actitud hostil. Le expliqué que estaba investigando sobre lo ocurrido años atrás en esa misma calle y que necesitaba hablar con Joaquim Vila. Finalmente, accedió a dejarme entrar.

Ya en el recibidor apareció un anciano al que le costaba caminar tanto como hablar. De apariencia frágil y entrañable, por suerte mostró más empatía que su compañero, lo cual fue un alivio.

—Verá, estoy buscando a una persona que en aquellos días cogió un trozo del bicho para analizarlo por su cuenta —empecé a explicarle.

—Ya... Usted busca al señor X, entonces.

—Sí, al menos así lo llamaron los periodistas.

—Pues lo tiene usted delante —dijo con una sonrisa de complicidad.

—¿Usted fue el señor X?

—Así me llamaron, sí. Yo fui al Diario de Sabadell a contarles todo lo que había estado haciendo, pero no quería que saliera mi nombre ni que me metieran en todo el lío. Incluso me hicieron una foto de espaldas, para dar más misterio al asunto.

—Una de las pruebas tuvo que ver con un matadero, por lo que leí...

—Efectivamente. Cogí una tabla de madera y, en un lado, le enganché con un alambre un trozo de tripa de cerdo que había comprado en una carnicería y, en el otro lado, le puse el trozo del bicho. Esa misma noche lo llevé a un vertedero cercano y lo dejé allí hasta la mañana siguiente. Se trataba de observar cómo reaccionaban las ratas.

—Y se llevó una gran sorpresa, supongo...

—Imagínate. Cuando llegué por la mañana vi muchas huellas de rata alrededor de la tabla. Tal y como me temía, se habían comido toda la tripa de cerdo, pero habían dejado entero el trozo de la cosa esa...

El semanario *El Caso* fue el único que, a nivel nacional, habló de este tipo de pruebas. La siguiente consistió en introducirla en un recipiente con ácido. Así, mientras otros tipos de carne acababan casi deshaciéndose por completo, ésta se mantenía compacta.

Pese al esfuerzo, los experimentos del señor X quedaron pronto relegados al olvido y no tuvieron demasiada importancia para el desarrollo de los acontecimientos. Para muchos, la teoría del cúmulo de suciedad en la tubería era

suficiente explicación para el enigma del monstruo y nuevas suposiciones hablaban de un nuevo tipo de vegetal. Otros se conformaron con la hipótesis de la tripa de caballo, aunque tiempo después se demostró su escasez de lógica, pese a haber sido refutada por diversos expertos: para empezar, era poco probable que una tripa de animal fuese a parar hasta allí, ya que no existían siquiera mataderos cercanos. Además, la apariencia del objeto difería mucho de la tripa de cualquier animal. Igualmente, desde Barcelona, nadie pudo dar una explicación al fenómeno ni existe hoy ningún documento oficial donde se explique alguna posibilidad de su procedencia.

Algunos medios continuaron dotando a la historia de aspectos propios de la ciencia ficción, con sorprendentes líneas dedicadas a su posible origen: «[...] A no ser que, como es frecuente en obras de ciencia ficción, se trate de seres vegetales procedentes de otro mundo, que intentan instalarse en la Tierra calladamente, sin que los humanos, absortos en tantos problemas, lleguemos a enterarnos a tiempo».^[53]

Con la llegada del año 1982, las habladurías e investigaciones cesaron de forma repentina, como si el nuevo año hubiera traído otras historias suficientemente importantes para olvidar la que había revolucionado a la ciudad durante semanas.

Poco, más bien nada, se ha vuelto a saber desde entonces del ser que salió de las alcantarillas de la calle Brutau. Ni siquiera en el interior de las cloacas, alejado del bullicio y del arrítmico latido de la superficie, quedaba un solo indicio de aquella historia, como si el tiempo, siempre desconsiderado, hubiera borrado todos los senderos oficiales que podrían habernos conducido a una solución. Pero quizá ahí resida la magia del enigma: en que, en el fondo, cada testigo habrá aceptado su propia solución.

Epílogo: La búsqueda continúa

«SEGÚN LA REVISTA TIME, EN LOS ÚLTIMOS AÑOS SE HAN HALLADO MÁS DE UN CENTENAR DE TUMBAS DE 'VAMPIROS', TODAS ELLAS PERTENECIENTES A HOMBRES DE ORIGEN ARISTOCRÁTICO O CLÉRIGOS A QUIENES HABÍAN APUÑALADO O CLAVADO EN SUS ATAÚDES TRAS MORIR»

El Mundo, 11/06/12.

Escribo las últimas líneas de este libro desde Bucarest (Rumanía). La actualidad, habitualmente ligada al misterio, y la siempre incesante necesidad de búsqueda me han traído hasta aquí.

Hace unos días, en la redacción de *Cuarto Milenio*, se preparaba uno de los últimos programas de la séptima temporada. En el exterior, el asfixiante calor del mes de junio había convertido las calles de la capital en intransitables.

Me encontraba sumergido en la habitual búsqueda de noticias cuando un titular llamó poderosamente mi atención: «El mito del vampiro hecho realidad».^[54] Al parecer, un grupo de arqueólogos búlgaros se había topado por casualidad con la tumba de varios vampiros en la región de Sozopol. La muestra es que sus cuerpos, de 800 años de antigüedad, habían sido amarrados al suelo con clavos ya oxidados. «Estos dos esqueletos apuñalados con barras de hierro ilustran una práctica que era común en algunos pueblos de Bulgaria, hasta la primera década del siglo XX», había explicado el director e historiador del Museo Nacional de Bulgaria, Bozhidar Dimitrov.^[55]

La casualidad quiso que, sólo unos días después, otro grupo de arqueólogos de Bulgaria, esta vez del equipo de Nikolay Ovcharov, encontrara nuevos cuerpos de supuestos vampiros en una iglesia en Veliko Tarnovo. Los cadáveres habían sido enterrados con un puñado de monedas de plata con que poder pagar el viaje al Más Allá y habían sido atados por pies y manos para no poder escapar de sus tumbas.^[56]

Mi fascinación por el tema vampírico me empujó a localizar a Dimitrov y Ovcharov para saber algo más del hallazgo. No fue fácil y tuve que precisar de alguien que pudiera traducirme al búlgaro. Pero, pasados unos días, recibí respuesta de ambos, invitándome a visitar el lugar del hallazgo e, incluso, los cuerpos sobre los que se había practicado el terrible ritual contra la vampirización.

Planteé entonces un viaje, una nueva aventura en busca de lo imposible: la última del presente trabajo. Pero, para partir en busca de los nuevos vampiros, había que hacer una parada previa en el lugar donde se forjó la leyenda: Rumanía. Allí —mejor

dicho, aquí— nació Vlad Drácula, «el hijo del diablo», que con sólo 23 años consiguió el apodo de Tepes, «El empalador», por su macabra afición por la tortura como modelo ejemplar. Al parecer, disfrutaba bebiendo la sangre de sus víctimas, incluso mojando el pan en ella. Si aún faltan motivos para entender su relación con el mundo vampírico, queda un último detalle que sigue siendo motivo de acaloradas disputas hoy en día: tras su muerte se mandó desenterrar su cuerpo, aparentemente localizado en un pequeño islote del lago Snagov. Pero la sorpresa de los arqueólogos que llevaron a cabo la labor de exhumación fue mayúscula al descubrir que el sepulcro de Drácula estaba completamente vacío...

Aunque parezca cosa de siglos pasados, aún hoy siguen siendo habituales en las regiones de Transilvania, Valaquia o Dolj las noticias relacionadas con ritos de muerte que pretenden acabar con los señores de la noche. Así, en 2004, el cuerpo de una mujer fue utilizado para alimentar a los lobos por el miedo que suscitaba a todos los vecinos que ésta regresara de la tumba. Existen, además, señales para saber si un recién nacido es vampiro o no, como que tenga unas orejas extremadamente puntiagudas o la existencia de dos vértebras más al final de su columna, a modo de «rabo».

En resumidas cuentas, el mundo de los vampiros, aparentemente añejo y ancestral, sigue siendo noticia ante el asombro de muchos y el pavor de otros. Por eso he decidido recorrer Rumanía y Bulgaria en busca de uno de los misterios más míticos y universales: el *strigoi*.^[57]

He llegado hace escasas horas pero ya ha habido tiempo para la sorpresa y su consecuente asombro. También la «casualidad» vuelve a jugar un interesante papel a favor de la investigación, como tantas veces me ha ocurrido antes, como un viento siempre a favor de la búsqueda; un motor invisible que ayuda y motiva.

Ha pasado ya la medianoche y fuera una gran luna llena ilumina un cielo sin estrellas como eterno mar en calma. Con la luz del día, la razón incita a sonreír ante ciertas creencias que parecen chocar en esta época de modernidad, escepticismo y crisis de valores. Pero, como escribía Edward Young, «de noche hasta un ateo cree en Dios», más si uno se encuentra en tierra de vampiros.

Por eso, antes de hacer lo propio, me gustaría dedicar mis últimas palabras, casi como agradecimiento, al sentimiento de búsqueda que te absorbe y embulle, que te aleja del mundo y te convierte en lobo solitario. La misma que tantas pesadillas me ha causado, pero también horas de satisfacción. Quizá, tras el puñado de expedientes que han precedido a estas líneas, uno se quede con la sensación de no haber hallado más que dudas. Pero ¿acaso no hay nada mejor que la duda punzante para sentirse vivo?

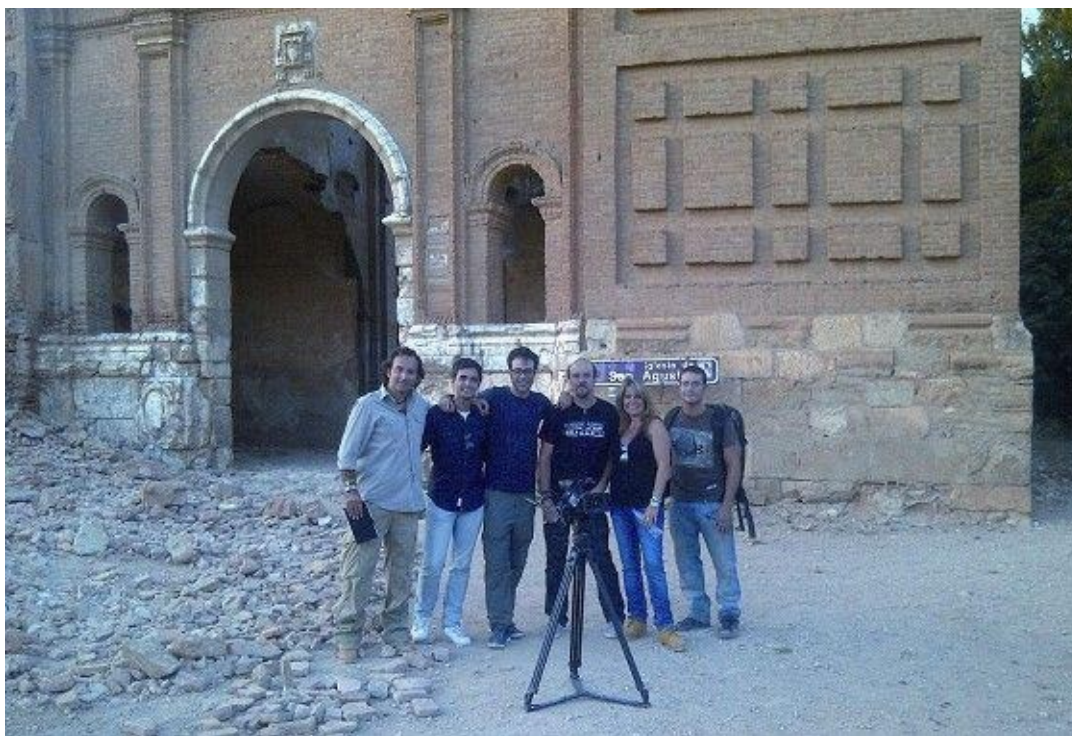
Al fin y al cabo, si conociéramos la respuesta de todo cuanto nos rodea, ¿qué sentido tendría una vida de globalizado hastío? ¿Qué sería de la humildad del que se

sabe ignorante pero pretende serlo un poco menos cada día? y sobre todo, ¿qué sería de nosotros si perdiéramos el brillo propio de los ojos que preguntan sin pretender hallar solución?

Mi última reflexión, por tanto, para terminar una aventura a la par que otra comienza, no puede ser otra: mientras haya misterio habrá búsqueda. Y mientras haya búsqueda, seguirá habiendo esperanza.

En Bucarest (Rumanía),
bajo la primera luna llena de agosto de 2012.

Fotografías



El equipo de Cuarto Milenio frente a la iglesia de San Agustín. De izquierda a derecha: Iker Jiménez, Javier Pérez Campos, José Alberto Gómez, Sergio Fernández de Pinedo, Carmen Porter y Guillermo Seijo.



Sobre la puerta de entrada a la iglesia de San Martín (Belchite), una mano anónima escribió estos versos como breve epitafio que encierra una larga historia de sufrimiento.



El río Nalón ha sido, desde hace años, escenario de terribles tragedias de diversa índole.

EL CASO / VALANCIA, 30 de agosto de 1980 - Pág. 13

ALARIDOS NOCTURNOS EN LA ALBUFERA

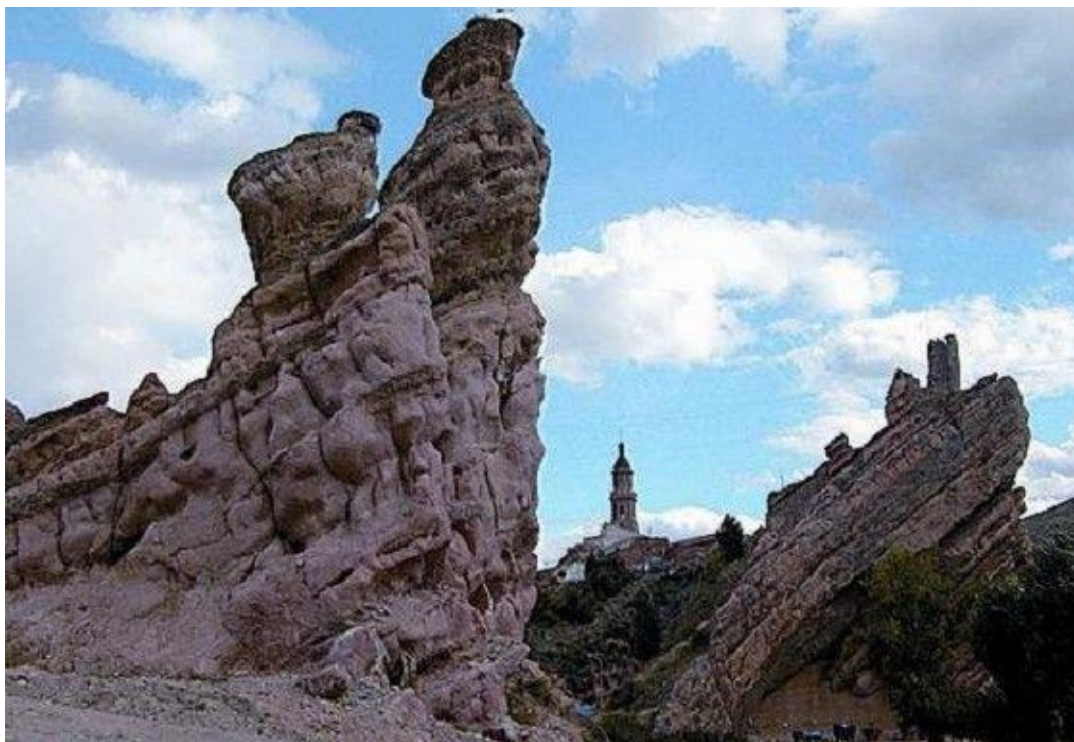
S e ha dicho que en la zona de la Diquesa del Saler, justo al lago de la Albufera, se oyen por la noche "extralidos y horripilantes alaridos"... Nosotros hemos estado allí, pero nadie parece haber oído nada. Los pescadores pasan el día esperando pescar algo, el viejo barquero, que llama a los clientes



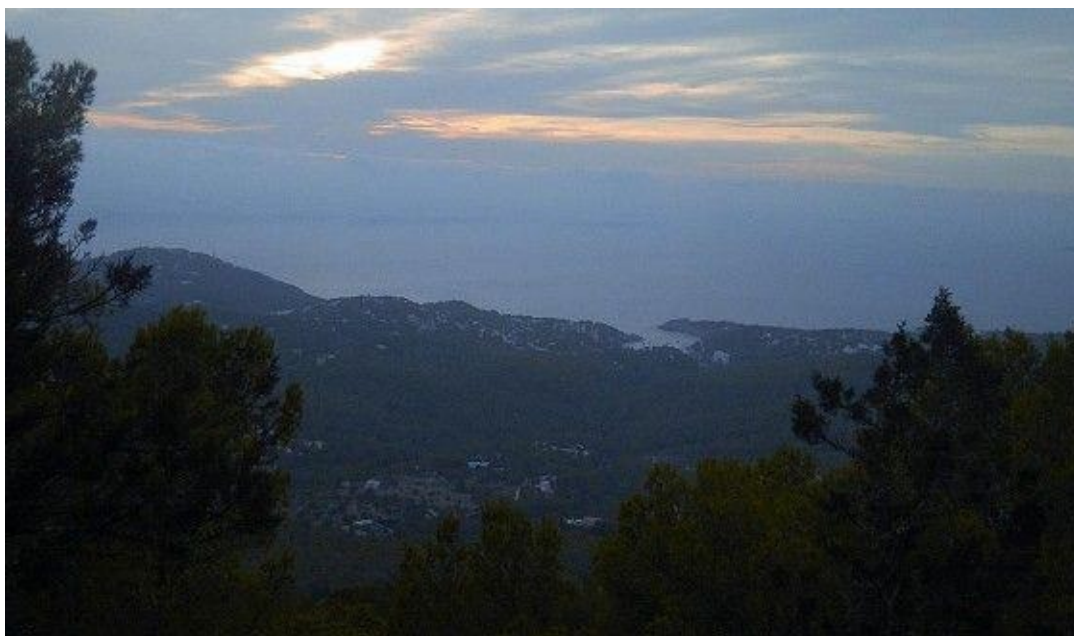
dicando que es "el diu Palau", cuando los aguas van y otra vez. Al acabar la jornada, ya es la noche oscuridad, quedan espectadores, tratando de escuchar esos extralidos ruidos que alguien ha dicho que se deben a "argos de mar, ruidos, celebraciones rituales de extralidos ruidos, apodamos"... ¡Nada!... No, se oye más que el silencio del viento en la arboleda y el leve ruido mortificante de las aguas.



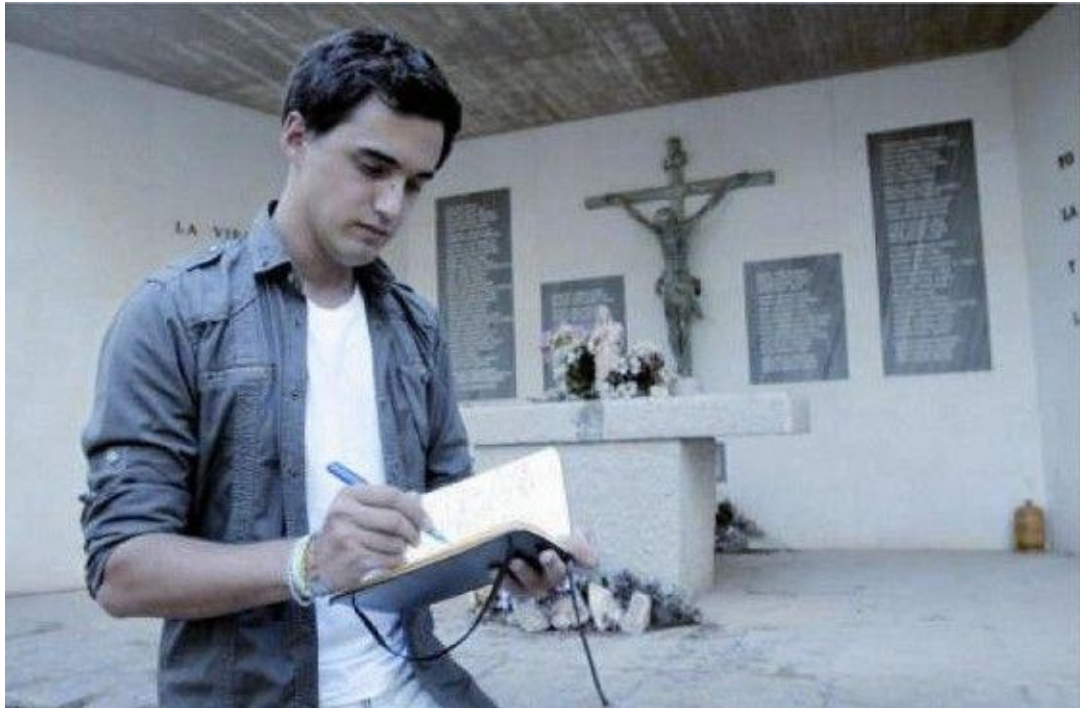
En la Albufera de Valencia ocurrió un episodio similar al de las Navas del Marqués: durante varias noches los pescadores dejaron de salir a faenar por miedo a un misterioso sonido que emergía del fondo del mar.



Los vecinos de Autol quedaron asombrados ante la llegada de Jette Toft, que desde Dinamarca ofreció datos inéditos sobre la historia del pueblo.



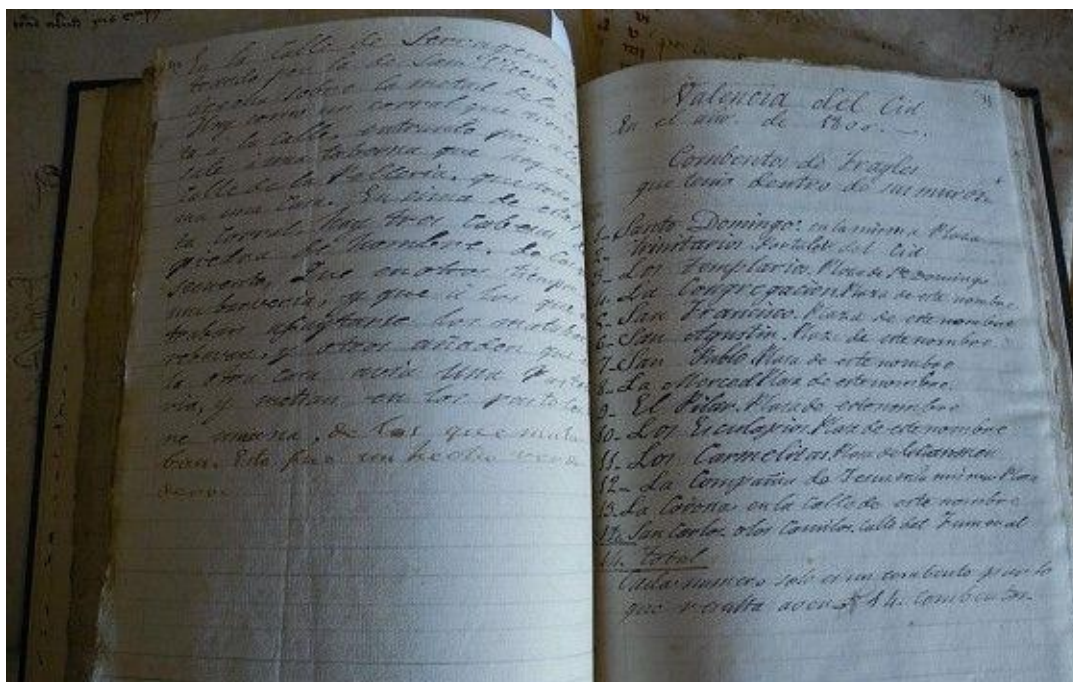
Punto exacto por el que apareció el avión que causó la tragedia el 7 de enero de 1972. Algunas fuentes indican que la niebla pudo ser el origen del accidente.



El autor, tomando notas frente al memorial de Rocas Altas (Ibiza).



En el cementerio nuevo de Ibiza existe un rincón donde se enterró a las víctimas del IB-602. Sobre algunas lápidas yacen imágenes y tallas de distintas creencias y culturas.



Crónicas de la villa de Valencia, donde se destacan los puntos de enterramientos en tiempos de la peste. Uno de ellos es el enclave donde se levanta el "edificio maldito".



Según el testimonio de diversos vecinos, los edificios colindantes a la plaza Periodista Antonio Andújar de Albacete son el escenario de fenómenos paranormales.



Carmen García aseguró haber visto la figura de una sombra negra recorriendo este pasillo hasta desaparecer en la estancia del fondo. Otros vecinos de la plaza del Periodista Antonio Andújar, de Albacete, han tenido experiencias similares.



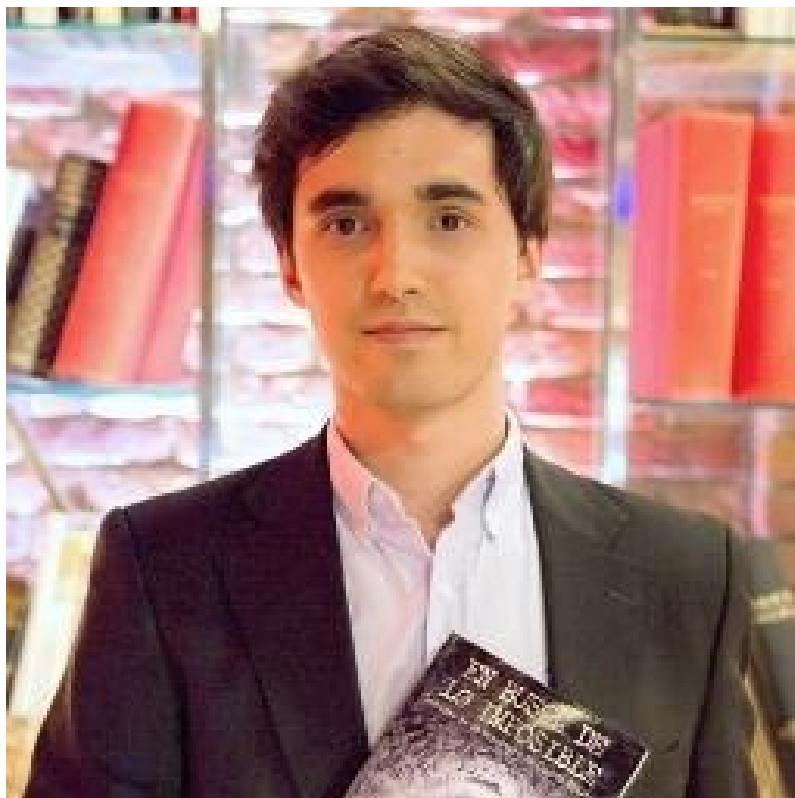
La habitación 101 del segoviano hotel Ayala Berganza se ha convertido en aparente escenario de fenómenos paranormales tras el crimen en su interior de Alejandro Bahín y su criada en 1892.



En escasos minutos, una pequeña marca roja acababa convirtiéndose en una gran mancha de sangre en el cuerpo de la protagonista del Expediente Miranda.



Durante la emisión en directo del programa Milenio3, la protagonista del Expediente Miranda sangró en varias ocasiones sin motivo aparente.



Javier Pérez Campos (Ciudad Real, 1989) joven periodista que desde los 16 años colabora en diversos medios de comunicación divulgando sus investigaciones sobre el mundo del misterio. Ha participado en programas de Punto Radio, Onda Cero o Cadena SER, entre otros, y ha publicado diversos artículos en revistas como Año Cero o Más Allá. Actualmente es redactor del programa Cuarto Milenio (Cuatro TV), que dirige Iker Jiménez, y responsable de una sección en Milenio3 (Cadena SER).

Notas

[1] La teoría de la impregnación hace referencia a que los sentimientos potentes, como una gran cantidad de sufrimiento, pueden quedar atrapados en un lugar concreto, produciendo fenómenos paranormales. Algunos investigadores lo han comparado como una caja de resonancia, donde el sonido sigue repitiéndose aún después de producirse. <<

[2] El Caso (año XXI, n.º 1028. 15-01-1972, p.7). <<

[3] La Vanguardia. Ed. Madrid. 08 de enero de 1972, p. 4. <<

[4] ABC. Ed. Madrid. 07 de enero de 1972, p. 5. <<

[5] El Caso (año XXI, n.º 1028. 15-01-1972, p. 4). <<

[6] Salazar González, Carlos. Sucedió en España: Historia de una década. Tomo I. Cockpit Studio SL. <<

[7] La Vanguardia, Ed. Madrid. 08 de enero de 1972, p. 4. <<

[8] El Caso (año XXI, n.º 1028. 15-01-1972, p. 6). <<

[9] La Vanguardia, Ed. Madrid. 11 de enero de 1972, p. 7. <<

[10] Última Hora Ibiza. 30 de agosto de 2010. <<

[¹¹] La Nueva España, 18/11/76. <<

[12] Diario 16, 18/11/76. <<

[13] La Nueva España, 30/11/76. <<

[¹⁴] «Hallan una momia en San Andrés». ABC, 07/10/10. <<

[15] «La maldición de las momias». El Caso, 29/12/84. <<

[16] «Realidad y leyenda de las extrañas momias halladas en una lóbrega mazmorra». Crónica, julio 1930. <<

[17] «Realidad y leyenda de las extrañas momias halladas en una lóbrega mazmorra». Crónica, julio 1930. <<

[18] El Siglo Futuro, 15/07/30. <<

[19] El Sol, 15/07/30. <<

[20] Crónica, julio 1930. <<

[21] «La maldición de las momias». El Caso, 29/12/84. <<

[22] «Realidad y leyenda de las extrañas momias halladas en una lóbrega mazmorra». Crónica, julio 1930. <<

[23] Extracto de la crónica de Juan Giménez de Aguilar, fechada en julio de 1933. <<

[²⁴] Extracto del documento oficial de cesión de las momias fechado a 4 de julio de 1970. <<

[25] «La maldición de las momias». El Caso, 29/12/84. <<

[26] Extracto del informe emitido por el Obispado de Cuenca el 27 de junio de 1988.

<<

[27] «El muro del agonizante». El Caso, 04/08/79. <<

[28] «Un fantasma anda suelto». Blanco y Negro, 08/09/79. <<

[29] «Alaridos en la Albufera de Valencia». El Caso, 30/08/80. <<

[30] También conocido como paramnesia, experiencia de sentir que ya se ha sido testigo previamente de una situación que, en realidad, es nueva. Este término fue acuñado por el investigador psíquico francés Émile Boirac (1851-1917) en su libro *L'Avenir des sciences psychiques* (El futuro de las ciencias psíquicas), basado en un ensayo que escribió mientras estudiaba en la Universidad de Chicago. <<

[31] «Edeline acudió a una cita con la muerte». Las Provincias (10/03/12). <<

[32] «El edificio maldito». Las Provincias (04/03/12). <<

[33] «Gracia Imperio, muerta por intoxicación de gas». Las Provincias (02/11/68). <<

[34] «La finca maldita», Las Provincias (04/03/12). <<

[35] «La finca del crimen». Las Provincias (04/04/10). <<

[36] «Más de 200 muertos en un solo día». El Mercantil Valenciano (18/06/09). <<

[37] «Un cementerio oculto bajo el asfalto». El País (18/06/09). <<

[38] «Los esqueletos hallados en Fuensanta pueden ser de vecinos fallecidos por una epidemia de cólera en el siglo XIX». Europa Press (17/06/09). <<

[39] «Un punto negro en el mapa». El País (18/05/09). <<

[40] «Un punto negro en el mapa». El País (18/05/09). <<

[41] «Las obras destapan un yacimiento arqueológico en pleno centro». El Día de Albacete (18 de agosto de 2010). <<

[42] «Hallados los restos de un convento del siglo XV». El Día de Albacete (19 de agosto de 2010). <<

[43] «Los restos de la plaza Periodista Andújar son humanos». El Pueblo de Albacete (19 de agosto de 2010). <<

[⁴⁴] Radio Televisión Castilla La Mancha, 02/10/11. <<

[45] [Diario de Sabadell, 23/09/81.](#) <<

[46] El Caso, 23/01/82. <<

[47] Diario de Sabadell, 23/09/81. <<

[48] El Caso, 23/01/82. <<

[49] Diario de Sabadell, 24/09/81. <<

[50] [Diario de Sabadell, 25/09/81.](#) <<

[51] [Diario de Sabadell, 24/09/81.](#) <<

[52] [Diario de Sabadell, 25/09/81.](#) <<

[53] El Caso, enero 1982. <<

[54] «El mito del vampiro hecho realidad». ABC, 05/06/12. <<

[55] «Over 100 'Vampire' Graves Discovered in Bulgaria – Official». Novinite, 04/06/12. <<

[56] «La aparición de nuevos cadáveres alimenta la moda de los vampiros búlgaros». ABC, 12/06/12. <<

[57] En la mitología rumana, strigoi son las almas de los muertos que salen de sus tumbas durante la noche para aterrorizar al vecindario. Cuentan que Bram Stoker, escritor que dio vida a Drácula, no paraba de repetir, en sus últimas horas de vida, la palabra «strigoi», mientras señalaba a uno de los rincones de su habitación. <<